

**EN BUSCA DEL PUEBLO PERDIDO**  
**Diferenciación y Discurso de la Izquierda**  
**Marxista en los Sesenta**

**Adrián Bonilla**

**EN BUSCA DEL PUEBLO PERDIDO  
Diferenciación y Discurso de la Izquierda  
Marxista en los Sesenta**

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES  
FLACSO, SEDE ECUADOR  
Ed. ABYA-YALA**

**COLECCION TESIS/CIENCIAS POLITICAS 1**

**EN BUSCA DEL PUEBLO PERDIDO**

**Diferenciación y Discurso de la Izquierda  
Marxista en los Sesenta**

*Adrián Bonilla*

Co-Edición: © FLACSO  
Av. América 4000 y Abelardo Moncayo  
Casilla 17-11-06362  
Quito - ECUADOR

© Ed. ABYA-YALA  
Casilla 17-12-719  
Quito - ECUADOR

Impreso en el Ecuador  
1ª edición, enero de 1991  
1000 ejemplares  
ISBN: 9978-67-009-2  
ISBN de la colección: 9978-67-001-7

Composición : COMPUEDICIONES  
Telf. 235-746, Quito  
Impresión: Talleres ABYA-YALA  
Cayambe - ECUADOR

Las opiniones vertidas en el libro son de exclusiva responsabilidad del autor y no reflejan necesariamente el criterio institucional de FLACSO

## SUMARIO

PRESENTACION .....	IX
PREFACIO .....	XIII
INTRODUCCION .....	1

### CAPITULO I

#### PERSPECTIVAS TEORICAS ACERCA DEL DISCURSO POLITICO

Introducción .....	5
Lenguaje, poder y proceso político. ....	6
Dos visiones contemporáneas. ....	15

### CAPITULO II

#### LA RUPTURA DISCURSIVA DE LOS AÑOS SESENTA. ANTECEDENTES Y CONTEXTOS

Socialismo y comunismo. Antecedentes generales. ....	26
La diferenciación de los sesenta. ....	36
Conclusión. ....	45

### **CAPITULO III**

#### **LA IZQUIERDA ECUATORIANA EN LOS AÑOS SESENTA Y SUS VERTIENTES**

Introducción. ....	49
El proceso de constitución orgánica de las vertientes. ...	51
Conclusión. ....	62

### **CAPITULO IV**

#### **LOS REFERENTES DE LA DIFERENCIACION DE LA IZQUIERDA MARXISTA PARTIDARIA. LOS PUNTOS DE ESCISION**

Introducción. ....	65
La caracterización de la sociedad. ....	69
Los sujetos del proceso de transformación. ....	78
La vía de la revolución. ....	84
Conclusión. ....	87

### **CAPITULO V**

#### **EL DISCURSO POLITICO MARXISTA COMO EXPRESION DE LA DINAMICA DE PARTICIPACION DE LA IZQUIERDA PARTIDISTA**

Introducción. ....	93
La producción de la creencia en la percepción de la sociedad. ....	95
Una perspectiva desde el sistema interamericano. ....	101
Elementos para la consideración de las expectativas del discurso de contestación y violencia. ....	104
EPILOGO. ....	109

## PRESENTACION

El libro de Adrián Bonilla, *En Busca del Pueblo Perdido: Diferenciación y Discurso de la Izquierda Marxista en los Sesenta*, constituye el primer trabajo de tesis que el Area de Ciencias Políticas de la Sede Ecuador de FLACSO pone a consideración de sus lectores. El texto constituye la culminación del trabajo académico de un destacado ex-almno del Diploma en Ciencias Políticas con Mención en Política Latinoamericana (1987-1988).

El Diploma en Ciencias Políticas constituyó una experiencia docente singularmente rica para la Sede y para los profesores y alumnos que participaron en él. Representó, además, el antecedente inmediato de la primera edición de la Maestría en Ciencias Políticas con Mención en Política Comparada de los Paises Andinos que la Sede actualmente imparte.

Participaron en el Diploma un conjunto de profesionales pertenecientes a centros de investigación nacionales, organismos internacionales, ONGs y sector público que en el transcurso de un año -muy intenso en esfuerzo, dedicación y "descubrimiento" de la disciplina y sus diversos enfoques para el análisis del proceso político nacional y latinoamericano- combinaron estudio y trabajo, ya que el programa docente fue diseñado especialmente para profesionales que trabajan.

Los participantes en el Diploma recibieron un entrenamiento intensivo e importante, impartido por destacados académicos de la región y especialistas en política latinoamericana de fuera de la región. Todos ellos están de alguna manera u otra presentes, por consiguiente, en los trabajos de tesis elaborados por los alumnos que culminaron el Diploma. Especial mención merecen los profesores Bruce Bagley, Santiago Esco-

bar, Ricardo Muratorio, Tomás Moulián y Heinz Sonntag. Los alumnos se beneficiaron, además, de las conferencias especiales impartidas por Julio Echeverría, Fernando Bustamante, Angel Flisfisch, Fernando Cortés y Rafael Quintero, entre otros.

El texto que aquí se presenta constituye un aporte a la reflexión sobre un tema importante para la comprensión del proceso político del Ecuador contemporáneo. El tema de la diferenciación de la izquierda marxista ecuatoriana no ha sido planteado anteriormente por las ciencias sociales como eje de reflexión sobre la naturaleza del discurso político -como ideología y práctica-. El trabajo de Adrián Bonilla es el primero en incursionar en el tema. En ello radica uno de los aportes del estudio.

Por otro lado, se trata de un trabajo que incursiona no únicamente en la indagación archivística y testimonial sobre el proceso de diferenciación de la izquierda ecuatoriana -en una década particularmente importante por constituir y reflejar el inicio de una etapa de creciente complejización del sistema político del Ecuador- sino que, además, enmarca su reflexión en el análisis de las principales vertientes de la teoría política acerca del tema del discurso. En efecto, este trabajo es el primer ejercicio de indagación -provocativo y rico- en el que se examina el proceso de producción de un discurso -como ideología y práctica- a la luz de aportes poco conocidos o aplicados para el análisis político en las ciencias sociales ecuatorianas, tales como los enfoques de Saussure, Barthes, y Foucault, entre otros. En ello radica otro de los aportes de esta obra. En ella se introduce un diálogo permanente entre reflexión teórica e indagación empírica acerca de la constitución concreta de un discurso en un "momento" especial de diferenciación. El estudio representa, en este sentido, un aporte que incorpora al debate los aportes provenientes de nuevas corrientes de la teoría política.

Otro de los aportes del trabajo que aquí se presenta, radica en el esfuerzo del autor por contextualizar el análisis de dinámicas políticas concretas a nivel nacional en el período estudiado, en el ámbito del proceso político latinoamericano. Aquí radica una dimensión del análisis fundamental para la comprensión del tema central del estudio. Por otro lado, la obra incluye, a manera de conclusión, una serie de reflexiones pertinentes para la comprensión de la izquierda y del proceso político ecuatoriano en las décadas de los sesenta y ochenta. En este sentido, el trabajo de Adrián Bonilla representa un esfuerzo sistemático de recuperación analítica de aspectos importantes de la historia del

Ecuador contemporáneo, abordados desde una perspectiva que al mismo tiempo que se distancia del objeto de estudio, adopta una línea argumental que el autor fundamenta recurriendo a la combinación del análisis de una base de información de primera mano con la elaboración crítica de aportes importantes de la teoría política post-estructuralista.

La publicación del trabajo de tesis de Adrián Bonilla constituye un reconocimiento al esfuerzo y dedicación de nuestros ex-alumnos. Es política institucional de la Sede dar a conocer los resultados del trabajo de quienes culminan con excelencia los diversos programas de diplomado superior y maestría que FLACSO imparte en el Ecuador. A este texto, el primero de la Serie Tesis del Área de Ciencias Políticas de la Sede, seguirán otros, que constituyen además, una de las formas en que FLACSO procura contribuir a un debate necesario, desde las ciencias políticas, sobre el proceso político del Ecuador y de América Latina. Ello, a través de la producción no solo de sus profesores-investigadores y académicos asociados a la Facultad, sino de sus propios alumnos y ex-alumnos.

Al juzgar el contenido de la obra, el lector sabrá apreciarla por lo que ella constituye: un primer esfuerzo de análisis académico que, en última instancia, no significa la culminación de una etapa de entrenamiento en ciencias políticas para el autor, sino el inicio de una trayectoria académica altamente promisorio.

No puedo terminar sin expresar que el acompañar a Adrián Bonilla en la producción de este trabajo -como directora de tesis, profesora, y coordinadora del Diploma- ha constituido una experiencia enormemente rica para mí. Agradezco a Adrián por haberme permitido confirmar, una vez más, el aprendizaje permanente que constituye para un docente compartir con los alumnos algunos tramos del camino de su propio aprendizaje.

Es una satisfacción para la Sede, y para su Área de Ciencias Políticas, poner a consideración de sus lectores esta obra.

**Amparo Menéndez-Carrión**  
**Directora**

## PREFACIO

Este trabajo es el resultado de una serie de inquietudes que encontraron un cauce de sistematización en el Diploma Superior en Ciencias Políticas con Mención en Asuntos Latinoamericanos, organizado por FLACSO en los años de 1987 y 1988, que fuera dirigido por Amparo Menéndez Carrión. En este curso, distintos alumnos con diverso origen profesional pudimos confrontar nuestra experiencia previa a una disciplina prácticamente desconocida en el Ecuador. Efectivamente, a veces motivados por usos instrumentales, por realidades adyacentes a cada uno de nosotros, fuimos conociendo una serie de premisas que empezando por enfatizar en la autonomía de lo político, en términos relativos, respecto de la sociedad y, terminando con un proceso colectivo de aprendizaje, sirvió para lanzar puentes entre las distintas especializaciones que portábamos. Sin mis compañeros de postgrado y sin el espacio del curso, este trabajo jamás se habría producido.

Tuve la suerte de recibir clases de profesores destacados, pero también la fortuna de que esta tesis sea dirigida por Amparo Menéndez-Carrión, cuya inaudita prolijidad provocó un universo de sentimientos contradictorios que al final se transformaron en gratitud. Mi reconocimiento también para Bruce Bagley por sus comentarios, sus clases y su confianza.

Agradezco a todas las personas que colaboraron con este trabajo. A quienes generosamente me concedieron entrevistas para desentrañar una época que había sido fundamental en sus vidas, a todos mis profesores de FLACSO, y a los amigos que se interesaron en el trabajo y me proporcionaron datos o ideas; de entre ellos, debo mencionar a Alexei Páez.

Finalmente, sin Esperanza Martínez, quien si no es ahora un Avatar, sin duda ascenderá a los cielos alguna vez, no solo que no hubiese escrito este trabajo, sino que nunca hubiera hecho nada, de lo cual dejo constancia porque a los ángeles no se les agradece.

## INTRODUCCION

La izquierda marxista, en sus diferentes manifestaciones, es un proyecto político que pese a su diversidad, a su historia contradictoria, a su limitada inserción en el seno de la sociedad, tiene una presencia real de más de sesenta años en el escenario político ecuatoriano.

Su influencia vista en esta perspectiva no ha dejado de impregnar huellas en procesos atinentes al Estado y a las instituciones, no solamente desde las dinámicas de cambio en los que intervino, casi desde su fundación: modernización institucional subsiguiente a la revolución juliana, leyes sociales e instituciones de asistencia en las décadas del treinta y del cuarenta, inclusión de sectores sociales periféricos, tales como el proletariado o el mismo movimiento campesino indígena, este último sobre todo a partir de los años sesenta, sino que su presencia puede rastrearse en términos de un hecho relevante y comparable a lo largo de América Latina, admitiendo que existen diferencias de peso social y político en las distintas formaciones sociales de la región.

Podrían señalarse otros elementos que justifiquen la elección de este actor como relevante para la comprensión de nuestro proceso político; algunos culturales, tales como su inserción en la institucionalidad educativa intelectual del Ecuador, o su influencia en la formación de actores directos, independientemente de que muchos de ellos ya no suscriban esta forma de pensamiento; su inclusión en los más importantes sectores subordinados de la población, movimiento sindical, especialmente, aparte de su papel político, a través del discurso, que es el objeto de estudio en este trabajo.

Es precisamente la diversidad de la izquierda, la que da cuenta de un proceso histórico pertinente a nuestras realidades. De hecho las

contradicciones y diferencias de los sectores izquierdistas revelan la interacción de ese pensamiento con los problemas de la sociedad, a través de prácticas concretas. El discurso producido en ese entorno puede ser un puente para indagar esas relaciones porque en sí mismo es una práctica societal, independientemente de que las otras prácticas políticas sean o no correspondientes a los enunciados. Lo que interesa aquí es analizar las condiciones en que se desarrolla el proceso de la enunciación, para inferir las relaciones políticas y societales de la corriente con el entorno histórico en el que se encuentra.

Se ha escogido la década del sesenta para observar las transformaciones de la izquierda marxista a través de su discurso, porque los hechos históricos que contextualizan a la izquierda determinan la existencia de un momento que podría ser catalogado como refundacional. Efectivamente, agotadas las expectativas de un conjunto de percepciones, un hecho externo catalizaría las contradicciones y divergencias endógenas: la revolución cubana, que pone en el centro del debate político marxista latinoamericano la posibilidad de la revolución como algo cierto. Las contradicciones pre-existentes en los distintos partidos encuentran en ese referente la salida para expresarse libremente a través de espacios de participación política nuevos.

El caso es que este proceso implica un debate interno, la exposición de prácticas políticas en el escenario aledaño a la izquierda y una diferenciación discursiva que distingue la presencia de tres corrientes fundamentales que identifican las divergencias de las organizaciones marxistas: una tendencia comunista, heredera de la tradición cominterniana; una escisión maoísta que se constituye en una vertiente comunista nacional diferente; y, una corriente de socialistas radicalizados, expresada en varias organizaciones distintas.

Para reconstruir el discurso de la izquierda marxista de la década del sesenta se recurrió a los documentos oficiales de las organizaciones políticas estudiadas: Partido Comunista, Partido Comunista Marxista-Leninista, Partido Socialista Revolucionario y Movimiento de Izquierda Revolucionaria, así como a materiales secundarios sobre la izquierda de la época. En el caso del MIR hubo que hacer entrevistas a dos ex-dirigentes y a un militante de base que fue testigo privilegiado de las decisiones de la izquierda por más de veinte años.

El proceso en el cual estas vertientes llegaron a diferenciarse puede ser rastreado históricamente en los documentos y fuentes teóricas de

cada una de las tendencias a lo largo de casi diez años. En este ejercicio se advierten también las relaciones de la izquierda marxista partidaria ecuatoriana, considerada como conjunto, con el escenario político en el que actúa, así como las complejidades y contradicciones en el terreno de la producción de la creencia -efecto ideológico- de las vertientes que la conforman; luego, se confrontará ese discurso con categorías analíticas de las ciencias políticas para advertir sus funcionalidades en el terreno del llamado sistema interamericano; y, finalmente, se estudiarán sus interacciones en procesos de inclusión o de representación de intereses en conflicto cuyas enunciaciones legitiman formas violentas de participación política.

La indagación fue abordada de la siguiente manera: primero, se ubicó en términos teóricos la noción de discurso político con el fin de justificar las categorías con que se operó, que son básicamente el concepto de discurso como práctica societal y la posibilidad de que el estudio de las condiciones históricas de su enunciación, otorgue elementos para la comprensión de una dinámica más amplia en que el enunciador -en este caso la izquierda marxista partidaria ecuatoriana- se relaciona con la sociedad, y específicamente con el sistema político.

Con estos elementos se contextualizaron a la época estudiada las fuentes latinoamericanas que alimentan los nuevos discursos durante el proceso de diferenciación de las vertientes -la década de sesenta-; se hizo lo mismo con la dinámica inter-izquierdista en el Ecuador, para confrontar los resultados con otros intentos de clasificación de tendencias de la izquierda marxista y justificar la calificación que es utilizada para diferenciarlas: comunista, maoísta y socialista radical. El paso siguiente fue analizar las diferencias en la lectura del discurso partidario a partir de tres ejes analíticos: la caracterización que las distintas tendencias hacen de la formación social ecuatoriana, la inferencia que a partir de esa reflexión obtienen para descubrir los agentes sociales -las clases- que aquellos perciben como actores relevantes al proceso político ecuatoriano, y finalmente las prácticas que proponen como instrumentos de participación, cuya discusión está condensada por un elemento central: las formas de adhesión o no a la idea de la lucha armada.

El objetivo de este trabajo es deducir las relaciones que rodearon al proceso de enunciación de ese discurso, para intentar un estudio crítico del mismo.

Como es inevitable, el autor al igual que todo el mundo, está constituido en un sistema de creencias y valores, y tiene una forma de ver la realidad; sin embargo, se ha procurado el necesario distanciamiento para evitar sesgos personales de carácter ideológico, en la exposición de los hechos y los procesos.

Este trabajo tiene cinco capítulos y un epílogo. En el primero se habla de distintas perspectivas teóricas para la comprensión del discurso político; en el segundo de los antecedentes en el contexto de la ruptura de las vertientes marxistas en la década del sesenta; en el tercero, se describe el proceso de diferenciación en el Ecuador; en el cuarto se hace un ejercicio de lectura del discurso con los elementos aportados en el curso de los capítulos anteriores; en el quinto se reflexiona en el discurso como expresión de la dinámica de participación política de la izquierda marxista durante aquella época, y en el epílogo se especula sobre los elementos que la década del sesenta otorgó para comprender a ese actor en la actualidad y en la proyección.

Finalmente, hay un sesgo analítico que atraviesa todo este trabajo, y es el poder hacerlo pertinente y comparable a otros procesos latinoamericanos, en la medida que una de las premisas sustentadas es que el marco temporal, la dinámica específica, y los enunciados analizados, corresponden a procesos ocurridos a lo largo de América Latina; no solo eso, hay evidencias similares de problemas estructurales y culturales, que nos identifican por encima de todas las diferencias singulares.

La utilidad de este trabajo es contingente al lector. Para quien lo escribió fue la posibilidad de desentrañar un tiempo y un actor que siempre le habían fascinado. Como reflexión sobre la izquierda, este documento podría ser asumido para comprender algunas de las prácticas que le atraviesan y que pueden constituir ahora parte de sus límites para disputar papeles centrales y hegemonías en el escenario político; desde otras perspectivas, pueden encontrarse también elementos para levantar una serie de prejuicios sobre el actor y entender, además, los propios límites del sistema político ecuatoriano y de sus procesos de integración.

# CAPITULO I

## PERSPECTIVAS TEORICAS ACERCA DEL DISCURSO POLITICO

### INTRODUCCION

A fin de establecer los conceptos necesarios para el análisis del discurso político marxista, es pertinente hacer un seguimiento general de las distintas nociones que se ha manejado en el proceso de sistematización del discurso político relevante al desarrollo contemporáneo de la teoría.

A partir de la consideración del lenguaje como un hecho social, Ferdinand de Saussure atribuye valores -en un sentido más económico que axiológico a las palabras- al considerar que los signos expresan ideas que pueden equiparse con otras a través de las palabras. De este modo surge una teoría fundamentada en lo que él llama "economía política del signo" que encuentra una estructura, la misma que determina el comportamiento del signo y es el espacio donde se producen los valores que éste porta. A pesar de que esta noción ya ha sido superada, es necesaria para entender que el lenguaje es un hecho remitible a la sociedad, y su estudio implica la posibilidad de acercarse también a ella.

Roland Barthes, que es otro autor al que se hace referencia en este capítulo, plantea una crítica global a los planteamientos saussurianos que abren la puerta para operar con los conceptos de Foucault. Efectivamente, Barthes supera la percepción estructural de Saussure, al plantear que la economía de los signos existe luego de una función previa e

histórica del lenguaje, que reconstruye al conjunto de relaciones sociales y básicamente de poder. El tema es retomado ampliamente por Foucault, de quién se hará una breve reseña para argumentar la posibilidad teórica de operar con el discurso como un referente válido para el análisis de procesos históricos y sociales, concretamente de procesos, a partir de la consideración del discurso como práctica societal capaz de ser pensada como un espacio de condensación de las otras prácticas sociales, y al discurso político como una condensación -precisamente- de las prácticas políticas y por lo tanto de las relaciones existentes en un sistema.

A partir de estos elementos, desde la perspectiva de tres autores contemporáneos se hará un seguimiento teórico de la especificidad, formas y espacios de producción del discurso político, cómo se constituye y participa en la constitución de actores políticos. Se lo diferenciará de nociones como "ideología" y se procurará demostrar que su rango teórico rebasa el espacio de las "superestructuras". Para el efecto se analizan tres autores fundamentales: Eliseo Verón, Emilio de Ippola y Ernesto Laclau. Los dos primeros trabajan con categorías relativas a las condiciones de origen y reproducción del discurso, así como en el establecimiento de conceptos específicos a ese proceso; y el último opera entre las relaciones de la base estructural y la política a través del discurso político, cuyas funciones, en el terreno de la política son analizadas desde una perspectiva neogramsciana, para definirlo como una práctica articuladora que, desde un actor, atravesado por las tensiones de polos estructurales, cumple funciones en la constitución de la hegemonía de un sistema político.

Estas nociones previas servirán para entender que el proceso de enunciación del discurso, en este caso de la izquierda marxista ecuatoriana, puede dar cuenta de su contexto histórico y societal, en tanto práctica que por sí misma es capaz de expresar las dinámicas que le origina, y de las que forma parte.

## LENGUAJE, PODER Y PROCESO POLITICO

La pertinencia del análisis del discurso político como referente válido para la comprensión de la realidad, ha sido cuestionada por la existencia de un lugar común que descalificaba a las "palabras" contra-

poniéndolas con las "prácticas". Esto obedece a una confusión teórica: pensar el análisis discursivo en función de sus enunciados.

En este capítulo se abordarán varias escuelas analíticas y diversas proposiciones teóricas con la finalidad de intentar despejar esta confusión, y constituir al discurso político como un objeto, como una "práctica social" cuyo análisis implica pensar en las condiciones sociales que rodean a su producción y, por lo tanto, en la consideración de él como un referente de esas mismas condiciones, para tratar de descubrir que no es sólo un instrumento que traduce o expresa las dinámicas de los sistemas sociales y políticos, sino también una dinámica en sí mismo, un medio y un espacio de transformación, de contradicción y conflicto.

Estas consideraciones pretenden justificar, además, el uso del discurso como una relación social que, condensando históricamente a otras, sirve para explicar más amplios procesos de la sociedad, mientras que su especificidad dará cuenta del escenario, actores y relaciones políticas.

## **PERSPECTIVAS DESDE EL ESTUDIO DEL LENGUAJE**

Para Saussure el lenguaje funciona como un sistema de relaciones, por lo tanto su dimensión social se da por el hecho de que expresa valores que se levantan sobre equivalencias colectivos. Es precisamente este carácter -social- lo que explicaría al lenguaje, no sólo como la articulación de distintos signos que portan un significado y que son usados por los hombres sino que, en sentido inverso, son las necesidades de los hombres las que definen el rol fundamental a partir de su función comunitaria. Sin embargo, Saussure otorga autonomía al lenguaje, desde el punto de vista analítico, y lo caracteriza como algo diferente a otro hecho social o material. El objeto teórico es creado por el punto de vista, y no al contrario (Barbero, 1978: 57).

Ampliando este razonamiento, el lenguaje está atravesado por todas las relaciones que, a su vez, forman la complicada trama en la cual los hombres desarrollan sus intereses, superando de este modo la concepción profana que lo ligaba indisolublemente al pensamiento.

Lo que hace Saussure es plantear una premisa epistemológica: a partir de su sociedad, el lenguaje tiene que ser explicado desde sus

propias leyes, pero al mismo tiempo revela la dinámica más amplia de la que proviene.

Pero el lenguaje en sí mismo es una forma, un sistema que se levanta sobre signos, los cuales a su vez son relaciones específicas entre significantes y significados, relaciones arbitrarias pero que -siendo sociales- implican valores, cuyo estudio construye el objeto teórico de Saussure: la lengua concebida como un sistema de valores (relaciones de significación), los que son susceptibles de ser observados, comparados, enmarcados en leyes de funcionamiento:

"Dos factores son necesarios para la existencia de un valor. Así, para determinar lo que vale una pieza de cien francos hay que saber:

1. que se la puede intercambiar por una cantidad determinada de una cosa diferente, por ejemplo pan; 2. que se la puede comparar como un valor similar del mismo sistema, por ejemplo un franco con un dólar. Del mismo modo una palabra puede ser comparada con otra cosa de su misma naturaleza: otra palabra" (Saussure, 1969: 71).

Puesto que la lengua supone la interacción fundamental de "valores", Saussure considera lícito concebir una teoría que dé cuenta de la "Economía Política del Signo", atribuyendo a la sociedad la dinámica que genera esos valores. Mientras en la economía política el valor es una relación entre trabajo y salario, en la lingüística lo es entre significado y signifiante (Ibid, 126).

Pese a que Saussure no llega a fundamentar una teoría sobre el discurso, su reflexión es básica en esta construcción no sólo porque rompe con percepciones metafísicas, las mismas que son previas a los intentos de sistematización del lenguaje -son pre-teóricas- y que le otorgaban a éste orígenes distintos de la sociedad: don divino, característica de la "naturaleza humana", etc., atribuyéndole el status de relación social autónoma, sino porque es central para las versiones posteriores, por ejemplo las estructuralistas o las foucaultianas. Saussure reivindica el lenguaje como "forma" y alcanza un nuevo status, que ya no perderá en el futuro.

Ahora bien, Saussure no alcanza a describir la heterogeneidad del referente social que generará "los valores". La sociedad es concebida como un concepto homogéneo que se corresponde con el signo, o sea como una "estructura" que determina el comportamiento de aquel. Según Roland Barthes, por ejemplo, el planteamiento de Saussure es extremadamente limitado porque da cuenta de una parte mínima del

lenguaje -los signos-, sin reconocer que las palabras expresan relaciones causales históricas, culturales y determinan, a través de una serie de condicionamientos superpuestos, distintos mecanismos de aprehensión de la realidad, distintas racionalidades incluso, que toman en cuenta no únicamente, ni en forma preferente, lo estructural-económico como referente de "lo social", sino que aluden a deseos, arquetipos, dinámicas de poder, rebasando la explicación del "signo" sólo como el reflejo histórico de las necesidades de los hombres (Heller y Ferenc, 1985).

Barthes contradice a Saussure invirtiendo la proposición. No es la semiología el continente de la lingüística, sino más bien una parte de ésta (Barthes, 1972: 66). Lo que propone Barthes es pensar no solamente en el proceso de comunicación, como la necesidad que da sentido a las significaciones, sino pensar en la comunicación como una relación que se encuentra atravesada, independientemente de los intereses o necesidades concretas que la motiven, de *significaciones que portan por sí mismas cargas históricas y sociales*. En este razonamiento el lenguaje es despojado de su inocencia. Deja de ser neutro, deja de ser sólo un instrumento de comunicación para convertirse en el portador de intereses, de usos de poder, de prácticas simbólicas cuyas implicaciones van mucho más allá de las palabras, representan también el *orden social* y las jerarquías de los hombres.

## LA TEORIA DEL DISCURSO EN FOUCAULT

Para Foucault el discurso político, como las otras prácticas sociales, es susceptible de diferenciación o individualización a partir de categorías que el considera seguras (o casi), como por ejemplo el sistema lingüístico o la identidad del enunciador, lo cual además de constituir al discurso como un objeto teórico específico, abre la posibilidad de efectuar la operación inversa y constituir también, desde el análisis del proceso de enunciación -el contexto histórico del discurso-, a la identidad del enunciador como una singularidad societal. Este proceso se da a partir de la identificación, o sea, de los criterios analíticos que han servido para clasificarlo, para constituirlo como un objeto específico (Foucault, 1983: 65).

Ahora bien, lo que permitiría individualizar un referente total, no viene dado automáticamente por la especificidad de esos criterios, sino

que ellos mismos son constituidos por la existencia de reglas de formación para todos sus objetos. Sin embargo estas reglas no se desarrollan uniformemente, sino en "una relación compleja de desfases sucesivos".

Estas premisas le sirven para superar la concepción del discurso como una simple colección de signos. El problema no se plantea en términos semióticos, sino que la diversidad y complejidad que insinúan los desfases inmiscuyen al conjunto de prácticas y relaciones sociales en la producción del discurso: "una delgada superficie de contacto entre una realidad y una lengua" (Barbero, 1978: 127).

Al contrario, Foucault define radicalmente otros términos conceptuales, pues el discurso no solamente reflejaría las tensiones de la sociedad o de los sistemas de dominación, sino que es parte de ese entorno; es en sí mismo un objeto por el que hay que luchar (Foucault, op cit: 129). Estos antecedentes teóricos conciben al discurso no solamente como el reino de las ideas o de la creación de la subjetividad pura, sino como un espacio de acción de los sujetos atravesado por varios tipos de *relaciones de dependencia intradiscursivas*: las dinámicas y mecánicas de los objetos y conceptos de una misma relación que se dan entre varios discursos distintos que se influyen mutuamente. Es irrelevante el hecho de que esas influencias sean asimétricas; y extradiscursivas, o sea que se refieran a transformaciones que se originan más allá del discurso, en los escenarios sociales, económicos o políticos.

Foucault pretende rebasar las lógicas de causalidad que caracterizaron a las grandes teorías del pensamiento previo, por ejemplo la percepción reducida de los estructuralismos marxistas, la ideología como reflejo en segunda instancia de la base, ilustraría precisamente el tipo de reflexión que se quiere superar reemplazando la asignación mecánica de funciones sociales por el movimiento continuo de las dependencias, a fin de encontrar las fuentes de los procesos en un "haz polimorfo" y evitar concebir a las rupturas y discontinuidades como hechos monótonos e iguales, aunque las circunstancias accesorias de cada una de ellas cambien. Por ello, al hacer el señalamiento histórico de la forma "discurso" Foucault emplea la metáfora del archivo porque lo que se intentaría en esta proposición es encontrar las teorías que definen, no en el funcionamiento íntegro de la sociedad, rastreada hasta la historia inmemorial y proyectada al progreso lineal y ascendente, concepción que de una u otra manera supone una teleología que se moldea

a través de principios éticos (estos sí idealistas), sino que busca apenas los elementos comunes para definir los límites y formas del dominio del discurso; formular nuevas preguntas: cómo se dice, de qué se forma un discurso determinado; si adopta forma literaria, científico-tecnológica ensayística, etc. Los límites y formas de la "conservación y memoria", qué enunciados y por qué causas trascienden un tiempo determinado, qué grupos los portan o los censuran. Los límites y formas de la "reactivación", a partir de qué premisas renacen discursos o reflexiones de épocas pretéritas, qué demandas satisfacen y por qué condiciones sociales, cuáles discursos se abandonan o mueren. Los límites y formas de la apropiación, individuos-clases o grupos en relación con un discurso, cómo se forman y se moldean mutuamente. De lo cual Foucault extrae tres reflexiones centrales:

1. Tratar al discurso pasado no como tema para comentario, sino como un 'monumento' por describir en su condición propia.
2. Buscar en el discurso no como en los métodos estructurales, sus leyes de construcción, sino sus condiciones de existencia.
3. Referir el discurso no al pensamiento, al espíritu o al sujeto que ha podido hacerlo nacer sino al campo práctico en el cual se despliega" (Foucault, op cit: 74).

Con lo cual toma, en primer lugar, distancia de las interpretaciones con cargas éticas o teleológicas, asumiendo que la investigación del discurso opera sobre una materialidad, un hecho concreto y no sobre un producto etéreo e inasible.

El discurso tiene una historicidad propia, que no es necesariamente la causa de efectos previos y que, al mismo tiempo, responde a un complicado tejido de dependencias sociales; la importancia de diferenciar las condiciones de su existencia respecto de las leyes que lo rigen, revela una concepción que no atribuye jerarquías científicas automáticamente sino que concede autonomía interpretativa al discurso, aunque no lo desprende de su entorno.

La percepción foucaultiana complejiza en grado sumo los fenómenos de la llamada "superestructura" sin escindirlos de "la sociedad"; al contrario, los entiende como productos y al mismo tiempo condiciones de ella. Finalmente, define el escenario donde opera el discurso, que no es otro que el de las prácticas sociales. El discurso es, en sí mismo, una práctica y no solamente el reflejo o el vehículo de expresión de las demás prácticas; pero es aún más que eso, es una práctica que puede ser -y de

hecho es- política porque denota unidades ideológicas y condensa la realidad que expresa.

El discurso, desde esta perspectiva, tiene la capacidad de revelar las condiciones de existencia de su entorno más amplio, que son las suyas propias a nivel general, sin que para este ejercicio sea indispensable descifrar los contenidos simbólicos o estructurales -formales del lenguaje-.

Foucault propone la composición de una "historia general" que admita la singularidad de las prácticas y sus dependencias, en vez de una historia "global" que articule todos los elementos en torno a una forma única. Relativiza la existencia de una historia económica, otra política, otra filosófica o médica, para encontrar un mecanismo que describa las condiciones comunes de su existencia y de su formación. Encuentra, entonces, que el discurso es una relación describable con el conjunto de las demás prácticas. La relación fundamental de ese universo por el que decurre la "historia general" es política, pues para Foucault se vuelve indispensable reflexionar en el estatuto, las condiciones de existencia de los discursos y prácticas. En su *Nacimiento de la clínica* (1985), describe la evolución del discurso médico y lo escoge precisamente porque su estructura epistemológica tiene una carga de positividad y complejidad incontestable. Deduce, a partir de este análisis, que la conciencia de los hombres se modifica por los cambios sociales, económicos, etc., y con ello se transforma también su percepción de la enfermedad, transmitiendo esa alteración al andamiaje estructural que corresponde a ese tipo de prácticas.

En la "modernidad" los locos serán reclusos como delincuentes; el cuerpo humano y la idea de la muerte se secularizará, será desacralizada; la medicina para pobres será social y para ricos privada, y una serie de otras consecuencias fueron paralelamente estructurando lo específico del discurso científico, determinando las líneas de investigación, las enfermedades prioritarias, las políticas de salud y las prácticas de las instancias institucionales más amplias, como las estatales. Todo se terminaría adaptando a las necesidades económicas del Capitalismo.

Foucault concluye que alrededor de este ejemplo puede afirmarse que las nociones básicas de la clínica derivan de una práctica política y de una dinámica general -estructural también- de la sociedad. Las premisas de la medicina moderna denotan un proyecto societal que corresponde a una clase emergente (la burguesía), con un discurso utilitario

empiricista, que se enfrentaba a la naturaleza y encontraba en ella su límite.

Este análisis es relevante y posible en todos los demás discursos. Se trata de buscar su modo de existencia y sus relaciones, dependencias y correspondencias a fin de inscribirlos en la urdimbre de esa historia general.

Así, el terreno de su reflexión se dirige a comprender cómo describir las relaciones entre un discurso científico y una práctica política, las que pasan directamente por la conciencia de los sujetos pero no son la expresión automática de una infraestructura económica. ¿Cómo funcionan en esta dinámica las prácticas políticas, las que si bien pueden constituir un discurso científico, no lo hacen arbitrariamente? Ellas no pueden determinar el rigor científico de una ciencia, pero sí su modo de existencia y funcionamiento.

Sobre este mismo tema Gilles Deleuze (1988) plantea que Foucault describe una diferencia entre el "ver" y el "decir", que el problema del conocimiento, no puede resolverse en la atribución de una correspondencia en la realidad respecto de estas dos nociones, sino que hay que acceder a otro nivel que los entrecruza, los teje en un escenario de complejidad social: "Como si el archivo estuviera atravesado por una gran falla que pone en un lado la forma de lo visible y en otro la forma de lo enunciable, ambas irreductibles" y es fuera de las formas, en otra dimensión por donde pasa el hilo que las cose una con otra y ocupa el intervalo, hilo que no es otro que el poder, que se constituye también en el proceso de internalización de los valores.

Pese a que no hay la menor posibilidad de que a Foucault le quepa el apelativo de "idealista", integra la dimensión de la "individuación" o subjetivación como básica para entender el espacio en donde el poder unifica y da sentido al saber. Es el espacio también donde estos procesos sociales generales toman cuerpo *a través del discurso*, esta vez entendido como la colección de enunciados que reflejan las relaciones que están sobre y por debajo de él.

A partir de este razonamiento cobraría un valor específico el discurso "el decir", como un elemento que condensa y forma parte de la complicada trama social en la cual el poder no es un epifenómeno sino un constituyente. Los enunciados son más que la expresión de lo posible, o simple vehículo de manifestación del pensamiento o resultados de un previo proceso de abstracción. Hay en Foucault una verdadera revolu-

ción epistemológica que dota de nueva jerarquía al discurso, pues es por sí mismo real ya que unifica varias relaciones que superan la lectura simple de los contenidos que porta, de modo que para efectos del presente trabajo, por ejemplo, es perfectamente lícito en esta perspectiva teórica, recurrir al discurso para encontrar un punto central de referencia de un proceso histórico y político, sin que necesariamente tenga que hacerse una lectura ideológica de sus contenidos, sino que se vuelve posible encontrar en su historia específica, los elementos que permitan hacer una aproximación bastante certera de la historia de su contexto, sin perder jamás de vista lo político.

De todos estos razonamientos pueden extraerse algunas conclusiones alrededor de la noción foucaultiana del discurso:

En primer lugar, el discurso concebido solamente como la articulación de signos lingüísticos, es una noción insuficiente para captar la profundidad de los procesos sociales que es capaz de evidenciar; no sólo eso, sino que esta concepción le despoja de la cualidad de realidad y lo convierte en una invención, una suerte de ocurrencia didáctica para comprender los intrincados procesos específicos del lenguaje. La reducción absolvería a la sociedad de toda presencia, sobre todo a la evidencia concreta de esa presencia que es el poder.

Las explicaciones estructuralistas más tarde darán status teórico a esta posición reduciendo aún más la complejidad, al convertir al discurso en un reflejo especular de las tensiones de la base.

El discurso existe por sí mismo y tiene una capacidad, una función en el proceso social general. No nace, por supuesto, por generación espontánea, pero tampoco es una hoja en blanco que va siendo impresa con los acontecimientos de fuera; al contrario, forma parte del universo donde estos acontecimientos se desarrollan y es -en sí- un acontecimiento.

No existen planos diferentes, por así decirlo, entre las palabras y las cosas, ni son contradictorias, ni las unas son el resultado de las otras. El proceso no es automático ni siempre igual; las relaciones entre unas y otras podrán o no ser asimétricas. Lo importante para Foucault es que el discurso existe como una *relación autónoma y al mismo tiempo articulada al flujo infinitamente posible de otras relaciones sociales*, precisamente como la conjunción que liga varias de ellas en un proceso, es decir advirtiéndolo que todos los fenómenos son dinámicos, están en movimiento y por lo tanto se relacionan históricamente o sea políticamente, es decir, en torno a las prácticas y usos del poder, cuya expresión

más general y social es el Estado, el mismo que puede leerse también en forma paralela desde una perspectiva histórica.(2)

De modo que en el fenómeno discursivo, para Foucault, las palabras son analíticamente *cosas*, pues el discurso es la conjunción, la red, el cemento que las vincula existiendo como una referencia de totalidad respecto de la sociedad, pero que se realiza en procesos particulares. Finalmente, esta idea supone que no agota la lectura del discurso la exploración de los sentidos ocultos que subyacen a las estructuras lingüísticas, como tampoco lo explica la descripción de las premisas que están fuera de los fenómenos discursivos. El acercamiento al discurso como objeto de conocimiento tendrá que ser el de una relación válida por sí misma para explicarse, naturalmente en referencia con su entorno y con los mecanismos específicos de funcionamiento.

El concepto del discurso como "situación", en la lógica foucaultiana impediría su asimilación a la categoría "ideología", en la medida que este concepto se refiera a procesos condicionados por la estructura económica, por ejemplo. Esto es claro porque el discurso no es un producto secundario que ronda por encima de relaciones condicionantes, sino que para Foucault, como hemos visto, tiene una existencia y un rango fundamental en la comprensión de la dinámica social.

La visión del filósofo francés complejiza en grado sumo cualquier acercamiento teórico a la realidad social, es un punto de partida con status científico que se eleva de las percepciones estructuralistas de la realidad y llega a las ciencias sociales instrumentos de creación, de verdadera *poiesis*, sin que ellas pierdan ni por un instante su rigor, pero abre un nuevo mundo que empieza por despojar del peso peyorativo a categorías especulativas.(3)

## DOS VISIONES CONTEMPORANEAS DEL DISCURSO POLITICO

El marco teórico pensado por Foucault brinda los elementos para superar aquellas reflexiones que no otorgaban autonomía alguna a los fenómenos que ocurren a nivel de lo ideológico, político y lo cultural. El reto actual es reflexionar precisamente acerca de las preguntas legadas por el filósofo francés: ¿Cómo se produce el discurso? ¿Qué relaciones lo subyacen? ¿En dónde reside la especificidad del discurso político? Lo que traslada la cuestión a otros ámbitos: ¿Cómo opera el

discurso en un sistema político concreto? ¿Cómo se movilizan y qué relación tienen con él los actores y los sectores sociales fundamentales en su producción y la generación de la ideología?

Eliseo Verón plantea que es imposible separar el objeto analítico del discurso; es este último el que finalmente construye, para fines sistemáticos y científicos al objeto.(4)

Este enunciado es el fin del presente trabajo, y desde la perspectiva de estos autores, se desarrolla sobre consideraciones teóricas que ubican al estudio del discurso asociado a un campo de relaciones sociales, las mismas que se identifican en mecanismos significantes de los cuales no hay como prescindir para reflexionar sobre la "acción". No cabe deshechar el análisis del discurso porque éste no corresponde con las prácticas, puesto que más que el análisis de contenidos importaría: "Identificar los mecanismos significantes que estructuran el comportamiento social" (Verón y Sigal, 1985: 19). En este contexto esos mecanismos significantes son indispensables para conocer lo que los actores sociales hacen, con mayor razón aún si se trata de actores políticos:

"La distinción entre acción y discurso no corresponde en modo alguno, a la distinción entre "infraestructura y superestructura", no corresponde tampoco a la distinción entre 'hacer y decir', *puesto que la acción social misma no es determinable fuera de la estructura simbólica que la define como tal*". (idem)

En esta misma dirección, las estructuras simbólicas trascienden el proyecto de su realización: no solamente son instrumentos que sirven para comunicar mensajes, sino que reproducen y desarrollan conjuntos de relaciones que se crean históricamente.

La estructura simbólica tiene otros roles que producen procesos de integración y que generan prácticas sociales.(5)

Si bien Verón reconoce que las "condiciones sociales de producción de sentido" -un descubrimiento anterior a él- son indispensables para aprehender el orden simbólico como una de las categorías fundamentales del proceso social, considera que hay que diferenciar la teoría discursiva, en tanto que la primera se remite al punto de vista del autor, mientras que la segunda al del observador. El discurso es una relación compleja entre la producción y la recepción, y su análisis -desde un punto de vista metodológico- supone también concebir la sociedad como

entretejido de discursos, que a su vez remiten a relaciones complejas que los cruzan y se constituyen de ellos al mismo tiempo. (6)

Si el discurso político está sujeto a la indeterminación relativa de la circulación del sentido, sólo un observador podría dar cuenta de este proceso, desde afuera.

Con los antecedentes expuestos, el problema de acción política y su correspondencia (o no) con las palabras no es el problema del discurso como elemento de referencia de la realidad, pues él se remite a la **matriz significativa** que engendra la acción política, no a las ideas de que está constituido. Desde este punto de vista el observador puede situarse en el plano del reconocimiento (repetición en términos comunicativos) de los elementos que, para efectos de nuestro tema central, pueden ser vistos para las condiciones de producción del sentido de la emisión del discurso marxista ecuatoriano cuyos contenidos serían el resultado de una compleja trama de articulaciones sociales, culturales e históricas que se revelaría precisamente el discurso, categoría que analíticamente es más completa que la de ideología. El discurso tiene cualidades que explican las condiciones en las que fue producido (Verón y Sigal, 1985: 21).

Desde otro punto de vista, Emilio de Ippola, al hacer una extensa revisión de las tesis sobre ideología de Althusser y Poulantzas, en boga hace más de veinte años, critica esa reflexión que llevó a pensar que la ideología no tiene historia, en tanto es un producto prácticamente automático de la estructura. (7)

Esta tesis implica la contradicción con la afirmación tradicionalista de algunas versiones marxistas complejizada luego por Althusser-Poulantzas que exilaban lo ideológico a una buhardilla en la superestructura del edificio social como si ese fuera su "topos" natural; en contraposición el autor menciona a Gramsci como un precursor de la distinción ontológica entre base y superestructura.

Son, entonces, las propuestas básicas de Verón las que pueden en este momento ofrecer una pista para articular la producción ideológica como categoría científica, pero asimilada en conjunto con la producción del hecho discursivo, precisamente porque la "dimensión ideológica" opera como el vínculo entre el discurso y las condiciones sociales a través de la ideología que éste porta. De ahí que se pueden identificar sistemáticamente varios tipos de discurso que se diferenciarían por la estructuración distinta de la dimensión ideológica pero, por ejemplo, el

discurso político no es igual al discurso científico porque las condiciones de la producción de ambos son específicas a cada uno.

Al respecto Alvin Gouldner (1974: Cap. I) llega a similares conclusiones desestructurando la tesis weberiana que postula que el discurso científico en las ciencias sociales debe estar despojado de valores (carga ideológica).

Gouldner, usando las mismas premisas metodológicas de Weber, plantea que el grupo de científicos sociales tendría por valores el "despojarse de valores" y que, en consecuencia esta contradicción es insoluble.

La especificidad del discurso político estaría determinada por sus particulares condiciones de producción, es decir por las condiciones que lo forman y al mismo tiempo son el canal por el cual el discurso se revierte a la sociedad. El discurso político de la izquierda marxista ecuatoriana cambiaría según se transforman esas condiciones, si pensamos que una de ellas -fundamentalmente- es el tipo de sistema político en el que fue producido, y si tomamos en cuenta las determinaciones axiológicas de cada época y las expectativas e intereses de aquellos a quienes pretende interpelar; por lo tanto, una periodización de ese discurso, asumiendo estas premisas teóricas, implicaría al mismo tiempo una periodización de la formación social que es su entorno y las modificaciones que ella sufriría se verían reveladas de alguna manera en el discurso de ese agente.

Todas estas categorías tendrían una dirección, y lo que se estaría postulando es no solamente otorgar más peso a la "superestructura" de la sociedad -en términos marxistas- sino la coincidencia plena con Foucault arribando a similares conclusiones con premisas teóricas y metodológicas diferentes pues, en última instancia, provienen precisamente del marxismo. Lo "ideológico" no es un "nivel" de la sociedad. Opera, tiene existencia concreta, como la relación entre los discursos y las condiciones sociales de su producción. En este sentido lo "social", la "base" no sería un caldo de cultivo gigantesco y previo para que surja la vida de lo político y lo cultural; no es un todo extradiscursivo. Al contrario, lo social y lo discursivo serían términos correspondientes, coextensivos. Sin embargo de Ippola hace una salvedad y remite a Levi Strauss:

"Ahora bien, pensar lo social bajo la categoría de discurso equivaldría a incurrir también en una forma de reduccionismo (para el caso discursivista), si no se tomara seriamente en cuenta que dicha categoría debe ser

enriquecida...coincidimos *formalmente* con Levi Strauss: Las reducciones que consideramos no serán pues legítimas y ni siquiera posibles más que con dos condiciones, la primera de las cuales es la de no empobrecer los fenómenos sometidos a reducción y la de tener la certidumbre de que, previamente, sea reunido alrededor de cada uno todo lo que contribuye a su riqueza y a su originalidad distintivas". (De Ippola, 1987: 25)

Este razonamiento da lugar a la elaboración de otra categoría: la de "efecto ideológico" en la que el discurso, actuando como interpelador de agentes sociales, describe al objeto y asume esa descripción como la más correcta, como si fuera la verdad: "El efecto ideológico es la condición de la producción *de la creencia*". Para que un discurso genere creencia, debe presentarse como absoluto. Vemos pues la necesidad de distinguir la *creencia* (asociada al efecto ideológico) del *saber* (asociada al efecto del conocimiento) (Ibid: 171).

El efecto ideológico aparecería en las relaciones que se generan en la producción -emisión- del discurso, no en sus contenidos. De ahí que es metodológicamente incorrecto calificar a lo discursivo como "falsa conciencia" o enmascaramiento de la realidad, puesto que se hace una tosca reducción al suponer que el análisis del discurso es el análisis del "efecto ideológico". Al contrario, es la evidencia de la heterogeneidad del entorno social, lo que se revela en la multiplicidad del discurso, que es al mismo tiempo el eje común entre ciencia e ideología, entre realidad y fantasía, entre arte y tecnología, y sus respectivos discursos.

Siguiendo la línea de razonamiento expuesta, una lectura del "efecto ideológico" de un discurso querría decir el análisis de las condiciones sociales de producción del texto, lo cual abre la posibilidad de operar con él como referente válido para la indagación de las circunstancias que rodearon su emisión. En el caso de discurso político el análisis de las condiciones sociales de su producción, implican pensar en la índole del sistema político y social, el escenario y los actores, así como en el entorno específico -el microescenario- y las dinámicas particulares en donde se gestó.

Ahora bien, las condiciones sociales de producción del discurso se relacionan con éste en el plano de la enunciación, que es "el nivel" del discurso en el que se construye, no lo que se dice, sino la relación del que habla con aquello que dice, relación que contiene necesariamente otra: lo que es propuesto al receptor respecto de lo que se dice (Verón y Sigal, 1985: 20-21).

Esta segunda relación es la que constituye al enunciado.

Por lo tanto en la enunciación, un discurso político desarrollaría su relación con las condiciones sociales de su producción. La "ideología", por otra parte, designa una articulación de enunciados, o sea representaciones, evaluaciones, opiniones de la realidad; pero el concepto "efecto ideológico" supone la consideración del discurso en relación con las determinaciones sociales que rodearon su emisión. Esto implicaría, entonces, que la continuidad histórica, particularidad y coherencia del *discurso* de la izquierda marxista ecuatoriana, no se identificaría a partir de aquello que dicen los textos (el plano de los enunciados), sino en el nivel de la enunciación, o sea, en la reflexión sobre las relaciones sociales que lo produjeron, cuyo énfasis serían las determinaciones políticas, en tanto *es un discurso político*.

Ernesto Laclau, desde una perspectiva neo-marxista, enfatiza en el estudio de los procesos de la superestructura, a la que otorga una autonomía relativa respecto de la base económica. Desde esta visión se acerca a la teoría del discurso, al que se considera una práctica articuladora (Laclau, 1986: 165 y ss).

Luego de criticar diversas escuelas metodológicas que se han acercado al fenómeno del populismo, Laclau propone su discusión desde categorías de clase social para adentrarse en lo que parece ser un objetivo científico: la teoría del discurso político. Constata la existencia de fenómenos de distinta procedencia social y geográfica que pueden ser asimilados al concepto "populismo": peronismo, maoísmo, etc. y plantea que la fórmula vulgarizada del marxismo que ubica al fenómeno a partir de la atribución de roles de clase, no es suficiente para dar cuenta del hecho.

Un ejemplo de esta reducción es la perspectiva economicista que fuera impulsada por la III Internacional, que hacía de las superestructuras un reflejo de la base económica. Ahora bien, Laclau propone encontrar mecanismos teóricos que sin dejar de considerar a la "estructura", o sea las implicaciones del modo de producción en la definición del espacio de lo político e ideológico (lo cual supone pensar en la naturaleza de clase de los movimientos políticos), permitan identificar fenómenos que rebasan la explicación reduccionista que inevitablemente los considera como la instrumentación perversa -o benéfica- de un grupo estructural a través de la "conciencia de clase".

Para Laclau esta interpretación obedecería a no haber diferenciado las *determinaciones* relativas a los polos estructurales que constituyen

las clases, *de sus formas de existencia* en la superestructura o sea, en el nivel de lo político, de lo cultural o valorativo (Ibid: 184).

Esta consideración implica reconocer como un nivel diferente al espacio de la existencia de las clases, con especificidades y comportamientos que no están absolutamente ni especularmente inducidos por la base económica. El hecho, por ejemplo, de que el proletariado sea una clase social que existe estructuralmente no significa necesariamente que también exista como clase política, lo que no necesita más comprobación que observar la conducta política o la decisión electoral de quienes venden su fuerza de trabajo a cambio de un salario. Por otra parte, la participación política de los sectores que estructuralmente se consideran como "clase", se articula a proyectos que definen sus especificidades en torno a expectativas, intereses y recursos que no cruzan necesariamente lo clasista. (8)

Tres conclusiones se derivan de este análisis según Laclau:

En primer lugar, que si las clases no existen obligatoriamente a los niveles político e ideológico, el sello de clase de una ideología se da por su forma y no por su contenido, y la forma no es otra cosa que un "principio articulatorio específico", o sea un discurso que interpela a la sociedad postulando los intereses de clase como si fueran los del conglomerado, concepción que remite a la percepción del sistema social y político bajo nociones gramscianas como bloque histórico y hegemonía. En segundo lugar, la articulación requiere de contenidos no clasistas, pues se interpela en el discurso político al resto de agentes societales de modo que, por ejemplo:

"La ideología de una clase dominante no consiste tan solo en una *Weltanschauung* que expresa ideológicamente su esencia, ya que es también parte del aparato de dominación de dicha clase. La ideología de la clase dominante, *justamente por ser dominante*, no interpela tan solo a los miembros de dicha clase, sino también a los mismos de las clases dominadas. Y la forma concreta en que se verifica la interpelación a estos últimos consiste en la absorción parcial y la neutralización de aquellos contenidos ideológicos a través de los cuales se expresa la resistencia a la dominación". (Laclau, 1986: 187-188)

Esto a su vez lleva a concluir que un discurso hegemónico interpela en su interés de clase a contradicciones no clasistas y que también recoge contenidos presentes en el discurso de las clases dominadas. Lo cual también conlleva el riesgo de que la absorción de demandas de las clases hegemónicas desnaturalice el discurso hegemónico e imponga uno

nuevo al interior de los aparatos del sistema político. En realidad lo que ocurre es que el plano de la política adquiere una nueva dimensión en la resolución de la dinámica social, constituyéndose en el espacio real de confrontación de las contradicciones sociales, pero en términos de autonomía y vida propia; razonamiento que supera de lejos las tesis reduccionistas que ven en la política solamente un reflejo automático e inerte de lo que ocurre en la estructura económica.

La última conclusión deviene del hecho de que la pertenencia de clase no coincide necesariamente con las modalidades de participación y el discurso político, pero si el discurso opera en la forma de articulación de expectativas no clasistas, son los individuos -o las singularidades políticas- los puntos de intersección de las contradicciones.

Ahora bien, esto significa que un individuo puede portar el discurso de una clase a la que no pertenece (Fenómeno de la Alienación) (9). Pero además que el principio articulador proviene de un polo definido por las relaciones de producción contradictorias, lo cual implica que solo los sectores sociales devinientes de ellas son los sujetos políticos con posibilidades hegemónicas, pero la lucha por la hegemonía a su vez supone la existencia en los *niveles político e ideológico*, de lo que sigue que la determinación estructural de una clase no opera sino en la articulación de demandas no clasistas y en la interpelación -a través de ello- de sujetos sociales diferentes.

El instrumento de esta dinámica es el discurso político constituido como principio de instrumento de articulación e interpelación. Es decir como una práctica que condensaría a las otras prácticas sociales.

Partiendo de estas premisas, si la pertenencia a un proyecto de clase que persigue la hegemonía es lo que potencia al principio articulador del discurso político, entonces, las interpelaciones no son el momento que define esa pertenencia, puesto que ellas son heterogéneas y aluden a los otros sujetos estructurales. Ellas serían más bien los contenidos de ese discurso los cuales no tienen necesariamente que revelar el origen estructural del proyecto hegemónico que las liga, puesto que éste funciona como una "forma" en los niveles ideológico y político de la sociedad.

Con estos antecedentes es posible ubicar una conexión de las premisas de Laclau con las de Verón y De Ippola. El proceso de interpelación, definido por la necesidad articuladora de un proyecto hegemónico, correspondería al momento de la "enunciación" del discurs-

so, es decir que estaría definido por las condiciones sociales que son el escenario de su producción.

Los enunciados se vinculan entre sí sobre las expectativas de hegemonía (lucha por el poder) del productor del discurso. Es precisamente la lucha por la hegemonía lo que vendría a constituir "las condiciones de producción de la creencia" (el efecto ideológico) en el discurso político. Los enunciados, las interpelaciones específicas de un grupo estructural a otros diferentes, cumplen el rol de articuladores de demandas heterogéneas, y pueden por tanto ser asimilados de distintas maneras por diferentes actores por las condiciones sociales de distintas épocas históricas en las que son apprehendidos. De hecho la propia lectura de Marx por parte de los partidos que se reclaman sus herederos ha tenido implicaciones muy distintas a lo largo de los últimos treinta años.(10)

La falta de reconocimiento de esta distancia sería, a juicio de Emilio de Ippola, la limitación de la teoría de Laclau.

La clave de interpretación del discurso político, desde el presente marco teórico, se confirmaría en el estudio de las condiciones sociales que rodearon su producción, del mismo modo que ellas serían también la puerta de entrada para estudiar el proceso de recepción de sus enunciados. Analógicamente, el discurso político tiene la capacidad de representar esas condiciones sociales, puesto que ellas son únicas e irreducibles en el momento de su emisión, revelando además las características del proyecto hegemónico (si es que existe) al que se pertenecen sus interpelaciones.

De todo esto colige que, por ejemplo, la exposición de los momentos de ruptura a lo largo de los últimos treinta años, del discurso de la izquierda marxista ecuatoriana, que podrían ser equipados a momentos similares en el resto de América Latina, tendría sin duda la capacidad de evidenciar algunos elementos que componen la dinámica política de nuestra formación social y del Subcontinente.

Al respecto las palabras pueden decir mucho, porque ellas mismas son un producto y una práctica social. La dicotomía entre el discurso y la realidad, entre lo que se dice y lo que se hace, puede resultar falsa si se toman en cuenta los antecedentes teóricos que hemos expuesto brevemente. Como se ha visto, el problema del discurso no radica en sus enunciados, sino en el porqué se produce y cómo se recibe. El discurso tiene un movimiento propio y continuidades que no son otra cosa que la expresión de todas las prácticas sociales que lo constituyen.

Por ello el planteamiento del trabajo que se desarrollará a continuación, no consiste sino en el seguimiento de una práctica social central: la discursiva, a fin de elaborar algunas hipótesis que permitan explicar el proceso histórico y político del actor que la produjo. Desde esta perspectiva, y como queda teóricamente justificado, el objeto no es analizar los enunciados, el plano ideológico o lingüístico de dicho discurso, sino más bien indagar en las particularidades del proceso social que lo sustenta, en la capacidad articuladora que éste tiene; en fin, establecer los elementos para observar su comportamiento en el plano político e ideológico como instrumento contradictor de una hegemonía constituida, a la que pretende reemplazar.

Desde este punto de vista la observación del discurso político es precisamente un referente válido para acercarse sistemáticamente a la dinámica que lo rodea. Vale decir la noción "discurso de la izquierda marxista" ha servido para constituirla como el "objeto" de la presente reflexión.

## **CAPITULO II**

### **LA RUPTURA DISCURSIVA DE LOS AÑOS SESENTA, ANTECEDENTES Y CONTEXTO**

#### **INTRODUCCION**

El proceso en el que se generaron las distintas vertientes de la izquierda marxista es la expresión de una dinámica histórica que hace relación a la implantación de las ideas socialistas en el Ecuador desde principios de siglo, proceso que también es latinoamericano. De la misma manera, la ruptura discursiva ocurrida durante los años sesenta, que es asimilada como el punto de inflexión en donde se diferencian las vertientes que existen en la contemporaneidad, es un fenómeno que ocurre en toda la región, alrededor de hechos concretos que cuestionan el discurso previo, las prácticas, y modifican las expectativas de los actores que se reclaman marxistas.

El propósito de este capítulo es examinar los elementos históricos que explican la situación de la izquierda ecuatoriana antes de su confrontación con los procesos que catalizaron la diferenciación de los 60 de modo que pueda concebirse el discurso en conexión con la realidad que le da origen. Del mismo modo, se intentará delinear un perfil de los elementos de carácter latinoamericano que influyeron en la izquierda marxista ecuatoriana, cuyo devenir histórico es afín al de los otros grupos marxistas del continente, en la medida que sus fuentes teóricas

son las mismas, su proceso de expansión e implantación es análogo y su discurso sufre impactos y modificaciones parecidas.

Este hecho se explica no sólo por el carácter regional de la corriente, sino porque las premisas constitutivas del marxismo fundamentan una visión internacionalista que en el caso de las estructuras orgánicas latinoamericanas encuentra, además, espacios y escenarios comunes en donde se constituye el discurso y se definen las prácticas.

Con estos elementos se describirán brevemente los antecedentes de la década del sesenta del curso del marxismo partidario en el Ecuador, para definir las vertientes fundamentales de la época y las condiciones de producción del discurso en torno a sus referentes: el problema de la Comintern, de la formación social ecuatoriana y de las lecturas socialista y comunista de esa realidad. Luego se enfocará el hecho central que galvaniza las contradicciones internas del discurso político partidario del marxismo latinoamericano: la revolución cubana, con el fin de explicar un proceso que es continental, pero que toma diferentes cauces específicos en cada uno de los países. En el caso ecuatoriano, la ruptura dará cuenta de los antecedentes y de la diferenciación previa de las vertientes marxistas, de acuerdo a sus propias circunstancias, que obtienen un referente que las permite expresar las inadecuaciones de las prácticas con las expectativas de su acción política.

Finalmente, se hará un acercamiento a dos visiones que tipifican las vertientes latinoamericanas en las que se diferenció la izquierda, para encontrar una posibilidad de clasificación, alrededor de elementos discursivos; se reflexionará también acerca de las corrientes en que se conformó la izquierda ecuatoriana en la primera mitad de los años sesenta, tomando en cuenta además sus antecedentes nacionales, para tener una base metodológica que permita, en los capítulos que siguen, hacer un acercamiento, a los elementos que constituyen cada una de las vertientes para poder leerlos desde una perspectiva analítica.

## **SOCIALISMO Y COMUNISMO, ANTECEDENTES GENERALES**

La multiplicidad de vertientes y expresiones de la izquierda marxista latinoamericana no es extraña a una realidad que se caracteriza por la diversidad de escenarios, por la heterogeneidad de sus componentes y por la fragmentación de los sistemas sociales y de las prácticas

políticas. La izquierda marxista ecuatoriana, del mismo modo que los marxismos en todos los países latinoamericanos, nace profundamente involucrada en este contexto, compuesta de distintas fuentes, de actores múltiples y de expectativas y nociones ideológicas diferentes.

Las ideas socialistas vienen de afuera, desde Europa; son introducidas por migrantes, por marineros, por intelectuales acomodados que estudiaron en ese continente o que, orientados hacia afuera, tuvieron nexos con ese tipo de lecturas o se impactaron con los acontecimientos europeos de la década del diez. El caso es que enfrentados a las condiciones propias de la sociedad ecuatoriana, que acababa de realizar una revolución liberal, dieron origen a una expresión orgánica, el Partido Socialista fundado en 1926, compuesto por distintas vertientes: una proveniente del Partido Liberal con elementos radicalizados; otra de origen anarquista, constituida sobre todo en el Guayas con cierta influencia en sectores artesanales y en sectores de trabajadores libres y una tercera que, altamente influenciada por la revolución bolchevique, por el pensamiento de sus dirigentes y por la expresión mundial de ese proceso en el movimiento socialista mundial: la Tercera Internacional o Comintern, hará suya la imagen de Lenin y de la Unión Soviética para definir una adhesión ideológica, en un proceso cuyos alcances originan a su vez, la diferenciación e identidad de una corriente marxista comunista que termina fundando una organización diferente, asociada a la Comintern e influida altamente por ella (Icaza, 1983; Páez, 1986).

La personalidad de los partidos comunistas adquirirá, sobre todo a partir de su relación respecto a la III Internacional, un sello común pues su pensamiento estuvo expuesto a todas las influencias que emanaban de ese vínculo. El discurso político de la izquierda comunista se vio confrontado a la evaluación periférica del Congreso de 1928 de la Comintern, al combate contra los socialismos "socialfascistas", a la política del Frente Popular, al Browderismo (1) en fin a la dinámica incierta del stalinismo, y luego a los procesos siguientes (Aricó, 1980; Sonntag, 1987; Caballero, 1987).

Esta circunstancia no fue óbice para que diferencias de carácter regional, estructural e incluso cultural, se gestaran en esta corriente, provocando fenómenos originales de discurso político, por su alejamiento de la línea trazada en la Comintern.

El caso de Mariátegui, por ejemplo, significa el esfuerzo de establecer una relación inédita y original con la realidad, tanto desde el

pensamiento teórico marxista, cuanto desde la operatividad y las necesidades políticas del socialismo peruano o andino en tanto partido. La presencia del mariateguismo es un hecho discursivo que es actual todavía y puede, incluso, ser analógico en su debate a las propuestas gramscianas, en tanto a lo largo de él se encuentra un claro énfasis en analizar los elementos de la superestructura, así como al parecer influencias teóricas comunes con el pensamiento del dirigente comunista italiano. Su importancia radicaría en el acento "nacional" del comunismo que perseguía:

"El socialismo ordena y define las reivindicaciones de las masas, de la clase trabajadora. Y en el Perú las masas -la clase trabajadora son en sus cuatro quintas partes indígenas. Nuestro socialismo no sería, pues, peruano, -ni sería siquiera socialismo- si no se solidarizase, primeramente, con las reivindicaciones indígenas" (Aricó, op. cit.: XLVII) (2).

En el Ecuador una polémica similar causaría la posición de Ricardo Paredes, también comuista, quien se opone frontalmente a la caracterización de sociedad colonial o semicolonial para el Ecuador, hecha por la Comintern, que plantea la necesidad de una revolución por etapas entre otras varias contradicciones con el centro ideológico mundial.

Sin embargo de la serie de contradicciones y autonomías de los partidos comunistas latinoamericanos, algunas -como hemos visto- de importancia mayúscula en la conformación del discurso político, la incorporación de la III Internacional abre su horizonte hacia una perspectiva universal, la misma que si bien les dota de elementos poderosos para percibir su propia imagen, construir su identidad propia y diferenciarse de aquellos movimientos y partidos que compartieron sus orígenes, así como de los actores políticos tradicionales, al mismo tiempo se escinde del terreno de las prácticas concretas y del reconocimiento del escenario nacional, trasladando el eje de la discusión hacia escenarios, dinámicas y tópicos mucho más amplios, ligados -eso sí- por los principios teóricos generales del pensamiento marxista que eran admitidos en la Comintern. De ahí su febril actividad, por ejemplo entre el proletariado industrial que, en el caso ecuatoriano, fue a partir de la fundación de la CTE hasta finales de la década de los sesenta, el medio natural del PCE, precisamente porque el discurso lo reconocía como la vanguardia del proceso de cambio social que buscaba.

En contraposición a la ideología de la vertiente comunista, el resto de la izquierda marxista, desde su origen, se ha caracterizado por la

variedad de componentes discursivos y orgánicos. El Partido Socialista se funda con miembros de diversa extracción social, portadores de distintas influencias ideológicas, en términos muy generales: una corriente radical, admiradora de Lenin y de la revolución soviética, muchos de cuyos miembros -como el caso del mismo Paredes- más tarde confluirán al PC; otra vertiente -no necesariamente tendencia en términos ideológicos- conformada por liberales radicalizados, humanistas, socialistas, personas que sin adherirse o por desconocer al pensamiento marxista, reconocían la posibilidad de una sociedad futura sin clases, ni explotación, una utopía rousseauniana, en donde el hombre viva en libertad, fraternidad, etc., por ejemplo el coronel Lasso, terrateniente quien regala sus tierras, que se hallaban previamente bajo caución bancaria, a los indios que en ellas habitaban, y una corriente anarquista, informada por los migrantes de la época y con asiento en organizaciones gremiales, fundamentalmente artesanales, de la Costa (Páez, 1986; Icaza, 1983).

Ahora bien, la fundación del PSE se involucra en una realidad social de movilidad y cambio: nuevas clases sociales emergentes, producto de la expansión estatal y societal luego de las reformas resultantes de la revolución alfarista, de las cuales los sectores medios serían su fuente principal. La nueva intelectualidad ecuatoriana se cruza con este proceso político y es afectada, así mismo, por la posterior ruptura del PS, lo que se evidencia en la propia literatura de la llamada "Generación del 30". Probablemente el punto más alto en la historia de las letras ecuatorianas (Bonilla y Páez, 1988).

La revolución juliana, de modernización de la institucionalidad ecuatoriana, fue un antecedente histórico real que demostró la inserción -a niveles de poder- de los dirigentes socialistas y que puede demostrar la continuidad de las formas específicamente ecuatorianas con el momento fundacional del socialismo (Bonilla, 1987: 41-47).

El Partido Socialista se afiliará, finalmente, a la Comintern y cambiará su denominación a "Comunista", y un nuevo Partido Socialista advenirá a esta dinámica cuya identidad y diferenciación, al menos en el momento de su refundación, estarán determinadas por las contradicciones devinientes de un hecho aparentemente externo a la política ecuatoriana: la III Internacional.

Las características de una y otra corrientes primitivas del discurso político del marxismo ecuatoriano se conforma en medio de las especi-

ficcidades internas, por ejemplo el hecho regional de que el PC se asiente en Guayaquil y el PS en Quito, el "pragmatismo" de los socialistas, dispuestos a participar en el sistema político bien sea electoralmente o colaborando en "putschs" militares. (3)

Sin embargo estas mismas características pudieron haber hecho del Partido Socialista, prácticamente desde su fundación, un espacio sumamente heterogéneo, atravesando permanentemente por las contradicciones de la coyuntura, así como por la presencia de múltiples discursos e incluso fuerzas orgánicas, sin contar con las influencias procedentes del mismo devenir del pensamiento político y la acción del marxismo latinoamericano y mundial. De ahí que uno de los hechos más comunes en la vida partidaria haya sido confrontación de facciones, no siempre bien dibujadas ideológicamente, y sus constantes escisiones y divisiones.

Características que constituyeron, además de un "marxismo nacional" la identidad misma de esta vertiente (4). Esto implica, sin embargo, que las distancias entre las corrientes socialista y comunista del marxismo partidario ecuatoriano se reduzcan a la coherencia o no de las organizaciones y a sus prácticas políticas. De hecho, en 1931 los que posteriormente serían refundadores del Partido Socialista justifican su actitud levantando un programa alternativo nacional al de la Comintern y propugnando un cambio radical que excluye la revolución por etapas decidida en Moscú.

Tal vez el documento más gráfico de esta corriente de pensamiento es un discurso pronunciado en 1952 por Manuel Agustín Aguirre, en donde plantea las diferencias de táctica y estrategia que históricamente han diferenciado a ambas organizaciones y sitúa, pese a que esta intervención ha sido muy poco conocida en los medios de la izquierda, las bases ideológicas y discursivas de la crítica que posteriormente se hará a la ortodoxia del PC desde las corrientes socialistas radicalizadas, levantando posiciones respecto a la "vía socialista" de la revolución, a su carácter nacional.

De otro lado, ambos partidos estuvieron vinculados a los sectores gremiales. Si bien el Partido Comunista heredó buena parte de los gremios fundadores y en las décadas posteriores construyó su propio espacio social y fuerza orgánica en sectores de intelectuales de capas medias y obreros, el Partido Socialista tuvo una influencia definitiva en la ampliación institucional del Estado hacia las nuevas

demandas: las más importantes leyes laborales y de protección social, así como los órganos encargados de su ejecución, todavía vigentes en el Ecuador, son iniciativas de este partido, el cual tuvo también una influencia definitiva en la intelectualidad ecuatoriana sobretodo de la Sierra.

En realidad los espacios de participación política de ambas organizaciones fueron distintos prácticamente desde su ruptura, por lo cual los puntos de confrontación fueron más bien escasos en las décadas del 30 al 60, lo cual no quiere decir que, mirados desde una perspectiva más amplia, no hayan podido ser complementarios en sus prácticas, elemento que debe pensarse también frente al hecho de que por las características anotadas, el Partido Comunista, al menos hasta que pudo hacer pesar su fuerza sindical (la CTE se funda en 1944 y la FEI en 1945), fue un sector periférico del escenario político ecuatoriano, mientras que el Partido Socialista estuvo involucrado en la dinámica del poder, aunque subordinado a otras hegemonías.

El Partido Socialista no dejó de participar en todos los espacios de inclusión en el sistema político, aun los informales. Presentaba listas de candidatos, luchaba gobiernos locales y seccionales y se envolvía en las conspiraciones y revueltas; el PC, por su parte, dada la homogeneidad ideológica de su discurso y de sus prácticas, como en otros países de América Latina prefirió levantar proyectos orgánico-partidistas en aquellos sectores sociales que la teoría marxista consideraba fundamentales: obreros, campesinos y artesanos. Desde esta óptica podría decirse que intentaba actuar con visión estratégica.

Si bien los partidos marxistas participaron activamente en casi todos los conflictos del sistema político ecuatoriano del segundo tercio de este siglo, no lograron hegemonizar un proyecto societal alternativo alrededor de sus propios discursos. El punto de lucha social más alto, desde esa perspectiva, fue la participación en "La Gloriosa", insurrección popular en contra del gobierno liberal de Carlos Arroyo del Rfo, al que dirigieron en coalición amplia (eran justamente los tiempos del Browderismo) con sectores empresariales y políticos conservadores, y que terminaría con la instauración de Velasco Ibarra en el poder, quien expulsaría y perseguiría a la izquierda apenas un año después de su triunfo.

A lo anterior hay que anotar que si bien la izquierda marxista no condujo o provocó crisis alguna en el sistema político, tampoco estuvo

excluida de él en forma sistemática. Salvo el caso de aquellos avatares en los cuales los socialistas se involucraban conspirando con la consiguiente persecución posterior si fracasaban (los gobiernos de Martínez Mera, Federico Páez o Velasco Ibarra p.e.). El Estado no impidió la existencia de la organización o promoción partidaria ni de socialistas, ni de comunistas, lo cual no significa que no se hayan desatado -como en toda América Latina- grandes campañas ideológicas en contra del marxismo y de represión en contra de la fuerza social que ellos movilizaban. De algún modo esto marcaría una característica particular en el Ecuador que constituye a la izquierda como un actor incluido en la institucionalidad política y social, puesto que no hay evidencia de la existencia de una voluntad explícita y persistente a lo largo de la historia, por parte de los grupos políticos hegemónicos -como política "estratégica" estatal -de disolver a sus organizaciones, ni a los gremios que ellos construían y movilizaban, lo cual no quiere decir -desde luego- que los comunistas no hayan tenido, por ejemplo, que enfrentarse duramente y en todos los terrenos a la Iglesia Católica y al Partido Conservador así como a los de los gremios que ellos patrocinaban, del mismo modo que era cosa corriente el exilio, la cárcel o la agresión física, para los políticos socialistas (Ayala, 1988).

La izquierda marxista ecuatoriana se constituye, entonces, como un actor integrado al sistema político a lo largo de sus primeros treinta años de existencia, pero es necesario distinguir que las dinámicas de inclusión fueron diversas para ambas corrientes fundamentales. Mientras que el Partido Comunista se fundamentó en la influencia que tenía sobre los sectores sociales organizados sindicalmente por sí mismo, cuyo reconocimiento por parte del Estado persiste hasta la actualidad y que dieron a dicho partido, a pesar de una fuerza electoral muy relativa a lo largo de su historia, una presencia cierta en el escenario nacional en tanto era el colectivo dirigente de las demandas políticas de los más importantes gremios; el Partido Socialista se inscribe como un actor activo respecto de los canales existentes de participación institucional: Estado, elecciones, etc., en el uso de mecanismos informales, práctica tradicional por cierto del sistema político.

La preferencia del comunismo, especialmente durante la década del treinta, de remitirse al movimiento sindical, no supone su exclusión del sistema político, la adopción de mecanismos eficientes para la participación sin modificar la estructura del discurso.

La acción de los comunistas en los sectores gremiales y clasistas, no impide que desarrollen dinámicas de participación en las otras esferas del sistema político ecuatoriano, mediante la formulación de un discurso que recogía intereses de carácter nacional, pero que se adaptaba a los lineamientos generales que en el sistema internacional asumía la tendencia, tratando de no negar los fundamentos teóricos del pensamiento marxista en su particular interpretación.

Efectivamente, en la intervención inaugural del I Congreso de la CTE, Pedro Saad, quien fuera jefe del PC más de treinta años, expone por ejemplo:

"El congreso de trabajadores es una demostración de la unidad clasista, y yo declaro que será el más rotundo desmentido a las patrañas del falangismo sobre supuestas intenciones de revolución social. Estamos aquí para garantizar el desenvolvimiento de la patria ecuatoriana, reuniendo todos los trabajadores, sin que nos importe ni la tendencia religiosa ni el matiz político de cada uno de nosotros" (Varios autores, 1983: 165).

Al exponer los objetivos de la nueva agrupación, Saad plantea la lucha por el respeto a la libertad política, sentar las bases para la construcción económica del país, la defensa del "Capital Humano"; menciona al sistema político estadounidense como "modelo de las democracias del mundo", finalmente, el apoyo al gobierno de Velasco Ibarra. Ideas que en el contexto del presente trabajo no tienen otro objeto que contribuir a ejemplificar que una de las vías de inclusión y adaptación del PCE en la dinámica política ecuatoriana, probablemente la más importante, fue su acción sindical sin que importen al efecto los contenidos ideológicos que conlleva, pues el discurso político partidario en sus máximas expectativas proclamaba la sociedad socialista. De hecho el problema que intentamos entender es la lógica de participación política en el escenario ecuatoriano del Partido Comunista a través de su acción sindical, para lo cual es útil, en el contexto en que está citada, como parte de un documento inherente a la fundación de la CTE preparado por Primitivo Barreto (dirigente obrero comunista, ex-miembro del ejecutivo de la CTE), esta frase de Marx: "El movimiento político de la clase obrera tiene por finalidad la conquista del poder político para sí misma, y para eso es necesario, como es lógico, que vaya delante una organización de la clase obrera relativamente desarrollada que se ha formado de sus propias luchas económicas" (Barreto, 1983: 192).

Respecto de los mecanismos de participación del Partido Socialista, desde los años treinta a los sesenta, huelga reiterarlo, se encontra-

ban incluidos en el sistema político ecuatoriano, independientemente de si se trataban de procesos electorales o no. Baste recordar una larga trayectoria de campañas electorales, tanto nacionales como locales -muchas de ellas exitosas y muchas también en alianza con distintos sectores políticos-, así como también desarrollaron una participación no menos activa en la preparación y apoyo a formas para-institucionales de resolución de los conflictos políticos en la esfera del Estado como intentonas golpistas, conspiraciones, etc.

Independientemente de sus diversas prácticas, ambas organizaciones proclamaron el marxismo por ideología. El PC estuvo expuesto a las influencias y variaciones del movimiento comunista internacional, y el PS a la coexistencia de interpretaciones diferentes, en donde el discurso se adecuaba para las circunstancias de la confrontación interna o de la participación política. Sin embargo, el marxismo en el Ecuador influye no solo en la constitución de las organizaciones políticas que a él se adhieren, sino también en la vida social general, especialmente en el nivel de lo cultural: la influencia en la universidad ecuatoriana (Alfredo Pérez Guerrero, Juan Isaac Lobato, Manuel Agustín Aguirre, tres rectores "históricos" de la Central fueron, por ejemplo, socialistas, sin tomar en cuenta muchos otros); la incidencia en la intelectualidad de aquellas décadas fue determinante para la constitución de los "momentos" funcionales de una percepción moderna (Bonilla y Páez, 1988; Carrasco, Suárez y Vintimilla, 1988; Sylva, 1981), porque amplió y diversificó el escenario político ecuatoriano; porque facilitó la presencia, además, de nuevos e importantes actores sociales, sectores obreros principalmente.

Hacia finales de los cincuenta ambos partidos habían sido parte del escenario político ecuatoriano por más de treinta años y, pese a las confrontaciones usuales de la lucha política, muchas de ellas referencia de contradicciones externas, como el anticomunismo norteamericano repetido por algunas élites locales, habían logrado constituirse como un actor estable, diverso en interpretaciones y usos del marxismo y distinto también en sus prácticas políticas, pero común en cuanto a la referencia discursiva y sujeto a influencias iguales en ese mismo sentido- tanto de la dinámica interna de la formación social, como de la que podría provenir de afuera.

Sin embargo las dos organizaciones fueron impactadas en distinta medida por los procesos desarrollados a finales de la década de los

cincuenta y principios de los sesenta. Mientras el PC había desarrollado una organización relativamente homogénea, atravesada por un eje discursivo claro y vinculada hacia referentes internacionales que gravitaban determinadamente en la construcción de la ideología, el PS sería más bien el océano común donde nadaban varias tendencias, la mayoría de ellas erigidas en una dinámica interactuante con el marco institucional, contexto en el cual la práctica discursiva era secundaria (Muñoz, 1987), cuyo funcionamiento dependía en última instancia de él, de modo que una alteración de este ambiente determinaba a su vez la suerte del espacio socialista.

Así, las divergencias surgidas dentro del partido a propósito del apoyo o no a Galo Plaza en la candidatura de 1960, significaron prácticamente su liquidación (5). De todos modos algunas de esas tendencias confluyeron en un proyecto político contemporáneo a la revolución cubana (URJE), estableciendo una línea de continuidad en el sujeto político de la izquierda marxista y las analogías significativas con el proceso general que ésta corriente sufriría en América Latina. El socialismo desde ésta perspectiva estaría entendido no solamente en función del partido, que es una de las manifestaciones que asumió -probablemente la más clara, sino que la operatividad política de esta versión del marxismo, estuvo atravesada por un discurso nacional popular (6) y por el marco que caracteriza a la política ecuatoriana.

Si se considera que en condiciones en las cuales el socialismo era básicamente electoral, su articulación con la sociedad civil tuvo que fluir en redes clientelares (7), determinadas por una situación de precariedad estructural que supone la vigencia de prácticas patrimonialistas, caudillistas, etc., en definitiva para- institucionales (Menéndez-Carrión, 1986: Caps. I-II-III), entonces la maquinaria partidaria es relativa, y no excluyente, en la producción del discurso, a diferencia de lo que habría acontecido con el PC cuyo elemento central y distintivo era el partido antes que la sociedad, por todas las consideraciones históricas anotadas.

De esta suerte una definición del espacio socialista haría relación a la dinámica entre un sistema de dominación y la posibilidad de un proyecto societal marcado por la heterogeneidad de la sociedad civil, por lo cual resultaría acertada esta definición de José Aricó, refiriéndose a él como una corriente política histórica y concreta en América Latina:

"El socialismo solo puede ser pensado en concreto como "un movimiento real que supera el estado de cosas existente", el proyecto no puede ser

simplemente la explicitación de un principio ideal, sino más bien una orientación crítica en condiciones de desarrollar proyectos concretos y no totalizantes de gestión y de reforma de la realidad social", (Aricó, 1987: 57)

La izquierda ecuatoriana estaba, de todas maneras, identificada en una matriz discursiva común que era el marxismo y, a pesar de las diferencias articulada a una serie de espacios compartidos tanto en el terreno de la acción social, sindicalismo especialmente, cuanto de la política pues desde la época de los "Frentes Antifascistas", el PC había privilegiado, o se había visto forzado a acercarse a los socialistas. Condiciones que permiten identificar un terreno específico en donde operaría las transformaciones societales posteriores y se evidenciarían también los cambios en el discurso, las prácticas y la ideología.

## LA DIFERENCIACION DE LOS SESENTA

Como en la mayoría de países de América Latina, en Ecuador habría de ser un hecho concreto el que determinaría un cambio significativo tanto en el discurso como en las prácticas políticas e incluso en la composición orgánica de la izquierda. A partir de 1959, la revolución cubana comenzó a influir las corrientes del pensamiento marxista latinoamericano, creando nuevas vertientes y determinando incluso diferenciaciones que, habiéndose gestado con anterioridad, requirieron de un catalizador para manifestarse.

El discurso político de la izquierda marxista partidista ecuatoriana, que con las variaciones naturales devinientes del entorno particular de los actores, se había sustentado sobre referentes a largo plazo, se confrontó de repente a una situación objetiva levantándose sobre una formación social con antecedentes históricos y culturales similares a los del resto de América Latina; también impactó tremendamente sobre sus propios supuestos y modificó las percepciones y prácticas:

"La revolución cubana hizo considerar nuevas fuerzas sociales activas en el campo revolucionario... Jean Paul Sartre pretendió (*Revolución en el azúcar*) que se estaba presenciando el nacimiento de una nueva ideología revolucionaria, forjada al calor de los acontecimientos, inventada como resultado de una experiencia histórica *sui generis*" (Rama, 1986: 85).

"Este proceso político conmueve además al sistema interamericano: Contrastando los cambios rápidos y radicales de la revolución cubana con los obstáculos que encuentra la modernización desarrollista, se constata la inviabilidad del modelo capitalista para América Latina y, en

consecuencia, la "necesidad histórica" de una ruptura revolucionaria" (Lechner, 1986: 26).

Efectivamente, el modelo de Cuba en menos de dos años de revolución se declara "socialista", proviniendo de un movimiento radical y reformista, y desata una lucha anti dictatorial e inscribe -incluso- las adhesiones de la mayoría de gobiernos, hasta el de Estados Unidos. En un comienzo desarrolla un violento proceso social y político, entre cuyos actos más representativos se destacan la disolución del antiguo ejército y la reestructuración del aparato estatal, una política de nacionalización de las empresas de servicio público, la ampliación de los subsistemas valorativo e institucional de la sociedad expandiéndose hacia los sectores periféricos, y una serie de medidas de carácter simbólico. Fue una dinámica que por fuerza involucró a la mayoría de fuerzas sociales y políticas del subcontinente.

Mucho habría tenido que ver, en esta dimensión, la confrontación y posterior ruptura del régimen cubano con el gobierno de Estados Unidos. La posición beligerante de los cubanos, sin duda, fue un elemento concentrador de adhesiones, pero al mismo tiempo sirvió para definir la identidad de ellas, las mismas que se redujeron y también potenciaron en la izquierda marxista latinoamericana.

El objetivo exterior de la política cubana, bajo estas condiciones, fue mantener su presencia continental -de la cual fue excluida por la presión norteamericana- aun a costa de promover intervenciones en otros Estados, bien sea apoyando directamente a los grupos que le eran solidarios, o auspiciándolos, en una dinámica cuya violencia rayaba en condiciones parecidas a las de guerra con Estados Unidos y sus aliados, razones que le llevan también a adherirse a la política soviética, todo lo cual plantea un panorama extremadamente diverso y original: mientras por un lado admitía y retribuía el apoyo de grupos nacionalistas, de la izquierda "Jacobina", de marxistas -incluidos apóstatas como los trotskistas-, por otro lado las necesidades de política exterior la fueron configurando como un aliado ideal de la URSS, la única potencia que en esas circunstancias tenía capacidad efectiva de sostener la posición política cubana, con las consecuencias inevitables en la conducta de los partidos comunistas, y, por ende de toda la izquierda marxista.

Estas características de la política exterior habrían creado también el entorno adecuado para los procesos de diferenciación de la propia izquierda marxista alrededor de un referente mucho más concreto que la teoría de los clásicos y que, por ser común -a pesar de diverso y

contradictorio al mismo tiempo- y admisible de interpretar en líneas diferentes, determinó incluso los matices de rupturas exógenas, como la del maoísmo, posición con la cual también fue solidaria. (8)

Estas primeras condiciones, gestadas en los años iniciales de la revolución cubana, tuvieron que definirse en un política múltiple que involucró a los intereses de todos los grupos, de las potencias extracontinentales, y del objetivo nacional cubano, cuya dinámica y contradicciones internas fueron también las de la izquierda marxista partidista latinoamericana y causa principal de sus identidades posteriores, a partir de las circunstancias que rodearon a ese país:

"La política exterior de Fidel Castro, en suma, atenta contra los intereses básicos de EE.UU., porque sus objetivos regionales y globales sólo pueden lograrse en una constante oposición a EE.UU., y con el apoyo soviético, tanto aquellos que responden a la agenda propia como aquellos que sirven a los intereses soviéticos.

El dinamismo internacional de Fidel Castro resultará la piedra angular para quebrar el fatalismo geográfico en el área. La privilegiada situación de Cuba (tercermundista, socialista y latinoamericana) le posibilitará desarrollar una estrategia exterior fluida, donde con extrema facilidad se desplazaría simultáneamente en los planos diferentes de ser miembro del bloque soviético hundido en el conflicto Este-Oeste, presentarse como un militante tercermundista del no-alineamiento y asumir el papel de subdesarrollado ante los polos industriales, en el diferendo Norte-Sur de la América Latina" (Bennemelis, 1988: 142).

Sin embargo, aún hasta después de la Crisis de los Misiles en 1963, las relaciones de Cuba con la Unión Soviética no son incondicionales, y menos aún cuando se trata de asuntos latinoamericanos, especialmente aquellos que tienen que ver con las relaciones entre el gobierno cubano y los grupos y partidos que lo apoyaban. Primero la cercanía cubana a la República Popular China, en momentos en que las relaciones sino-soviéticas se encontraban en un punto crítico, y más tarde la organización y auspicio de eventos como la "Conferencia Tricontinental" y la OLAS, Organización Latinoamericana de Solidaridad, espacios en donde Cuba si bien tuvo que ceder a la presión soviética para alejarse de China, levantó también un instrumento autónomo para influir sobre la política de las organizaciones latinoamericanas y tercermundistas fuera de la hegemonía de los partidos comunistas, que se vieron forzados a integrarse a ellas en condiciones minoritarias.

Sin embargo de ello, tanto la "Tricontinental" (Enero de 1966) como la OLAS (9), su filial latinoamericana, eran ya una demostración

palpable del progresivo alineamiento cubano con la Unión Soviética y del gradual papel de intermediación que los partidos comunistas alcanzarían con respecto al resto de la izquierda marxista, a propósito de Cuba. Efectivamente, en 1964 hay una conferencia de partidos comunistas de la región en La Habana con el fin de sentar líneas para resolver las confrontaciones con Cuba y los grupos no comunistas pero radicales y marxistas que apoyaban la revolución. Este hecho habría supuesto la discusión de las zonas en las que los comunistas sí habrían estado dispuestos a apoyar los levantamientos armados, y una separación de aguas muy clara con trotskistas (10) y maofistas, proceso que significaría también la creación de tensiones serias en el contexto de las agrupaciones marxistas latinoamericanas, pues detrás de las líneas, la declaración de los PC sentaba un precedente de ruptura:

"Habiéndose reunido para intercambiar experiencias, reafirmar su decisión de trabajar activamente por la unidad del movimiento comunista internacional, basado en los principios formulados por Marx y Lenin y en los programas de 1957 y 1960, los partidos comunistas de Latinoamérica consideran: ... toda actividad divisionista -de cualquier clase u origen- debe ser rechazada categóricamente... deben tomarse rigurosas medidas para asegurar la unidad del movimiento comunista internacional, patrocinando reuniones bilaterales o multilaterales y una conferencia o conferencias de todos los partidos marxistas-leninistas".(11)

Cabe anotar que el PC cubano, llamado Partido socialista Popular, no participó en la revolución liderada por Fidel Castro, pero luego de 1960 ya formaba parte del gobierno y se había fusionado con el Movimiento 26 de Julio y recién en octubre de 1965 se bautiza el "Partido Comunista Cubano", con todas las implicaciones políticas e ideológicas que tal denominación supone, pocos meses antes de la "Tricontinental".

Uno de los más famosos documentos de la época que ilustran esta serie de contradicciones fue la carta del dirigente comunista boliviano Oscar Zamora a Fidel Castro, en donde le acusa de haber claudicado a la presión soviética para evitar la lucha armada y para romper con China, así como de una equívoca dirección de las acciones en Bolivia sin contar con la evidencia de contradicciones con Ernesto Guevara sobre la política hacia los PC. (12)

Lo que a continuación describe Héctor Béjar, importante dirigente peruano del ELN, típico grupo no comunista procubano, parece ser una característica común a la izquierda latinoamericana en aquella época:

"Se decía unitaria (la izquierda marxista), pero se mantenía fragmentada en múltiples grupos que se combatían violentamente uno a otros; señalaba a fuego la tendencia del Partido Comunista a guiarse por planteamientos ajenos a la realidad del país, pero no hacía ningún esfuerzo sistemático por estudiarla y, en general, podía decirse que la desconocía; repudiaba al stalinismo pero aplicaba sus métodos en sus luchas y fragmentaciones internas" (Béjar, 1969: 40).

Ahora bien, el impacto cubano tuvo distintas formas de influencia; de hecho se involucró con procesos nacionales, pero su carga simbólica, así como la innegable presencia directa en el ámbito de la izquierda marxista hizo de ella la piedra de toque, no solo para las transformaciones, sino para las escisiones y producción de nuevos discursos. Los elementos que se introdujeron en el discurso provenían de la cercanía de la experiencia y de la evidencia concreta de la realidad. La revolución cubana fue la justificación necesaria para emprender las rupturas que ya se habían venido configurando (Ribeiro, 1982: 235-281).

Darcy Ribeiro clasifica las tendencias de pensamiento dentro de la izquierda marxista en tres corrientes: "La nueva izquierda", los "PC y sus herejías", y los grupos insurreccionales. Carlos Rama (op cit: 117-133) hace una distinción similar: nueva izquierda, "vieja izquierda": comunismos y socialismos nacionales.

Los contenidos, sin embargo, distan mucho entre sí. Para Ribeiro la *nueva izquierda*, es una especie de autorretrato en la época en que él escribe su ensayo: izquierdismo de vanguardia, intelectualizado, sin partido y proveniente de sectores medios. Para Rama, en cambio, sería la que se estructura luego de la revolución de Cuba tanto por fuerzas insurgentes, como marxismos nacionales, en fin la izquierda radical, no comunista.

Esta denominación, sin embargo, proviene en realidad de Estados Unidos y hace referencia al fenómeno producido en medios estudiantiles, durante la década de los sesenta, que supuso el cuestionamiento general del sistema social, pero cuyo énfasis principal estuvo dado sobre las formas y concepciones valorativas. Por esta misma causa, la composición orgánica del movimiento habría sido sumamente dispersa y sin una referencia clara que permita su identificación a partir de elementos políticos, es decir, que haga relación a discursos y prácticas que operen sobre la institucionalidad y los procesos de toma de decisiones, de tal suerte que las similitudes entre esta corriente, cuyas identidades obedecen a actitudes frente a la axiología dominante de la época, que final-

mente fueron asimilados por el sistema social y el modelo de dominación vigentes (Newfield, 1969; Lewis, 1969), y la izquierda marxista latinoamericana, son muy relativas, no solo porque los procesos históricos y culturales tuvieron distintas formas y orígenes, sino porque esta última es un actor político que puede ser constituido alrededor de referentes específicos, tales como el discurso, las prácticas, etc.

Respecto del caso latinoamericano, y si el eje analítico es el discurso, es más operativa la clasificación de Darcy Ribeiro, con la salvedad respecto del término "nueva izquierda" ya anotada, y con modificaciones respecto de los "PC y sus herejías", y también a propósito de los grupos insurreccionales.

Ahora bien, en el caso de los partidos comunistas, definidos por Ribeiro a partir de dos factores -su extracción social de capas medias intelectualizadas a nivel de dirección y con bases provenientes de asalariados no marginales, se habría configurado una línea política burocrática y economicista antes que revolucionaria; y un segundo elemento, dado por condicionamientos históricos de sus prácticas, habrían generado una dinámica legalista e institucionalizada, a la par que sujeta a influencias de los centros internacionales de dirección política: Moscú para los comunistas ortodoxos y Beijing para los maoístas.

El autor concluye que características como reformismo, ambigüedad, debilidad teórica y carencia de estrategia, serían efectos de las características mencionadas.

Las herejías comunistas serían disensiones de estos grupos, que se trasladaron al polo insurreccional y los doctrinarismos tales como trotskismos y maoísmos. Por otra parte los "grupos insurreccionales" se caracterizarían por el radicalismo político y la combatividad, aparte de la exégesis de la violencia como forma de participación política, elementos a los cuales se añadiría también la falta de una estrategia clara y el voluntarismo, pese a que en ese tiempo habrían sido el elemento más dinámico de la izquierda. (Ribeiro: 235-281).

Al respecto es necesario diferenciar claramente a los PC de sus herejías desprendidas en esa época, principalmente las que provinieron de la ruptura sino-soviética, puesto que los trotskismos fueron anteriores, aunque sin duda se potenciaron a partir de la revolución cubana y la crítica general del stalinismo. A propósito de este último fenómeno es muy clarificadora la evolución política del MR13, grupo guerrillero guatemalteco, dirigido por Yon Sosa, que habiendo sido en un principio

"nacionalista y antiimperialista", llega al trotskismo sin que esto importe mucho a Cuba ni a Ernesto Guevara, a la sazón muy amigo de Sosa. De todos modos, en este caso, que podría ser análogo al de otros países latinoamericanos (el FIR de Hugo Blanco en Perú, por ejemplo) el trotskismo pudo haber actuado como un canal ideológico que promovió la crítica y el antagonismo contra la ortodoxia comunista, antes que como una línea política y estratégica alternativa que se remitía a las diferencias entre Stalin y Trotski en los años 1924 y posteriores.

Sosa planteaba, desde esta posición, contradicciones similares a las del otro tipo de insurgencia-guevarista o maoísta: el objetivo final era el "socialismo", no la revolución por etapas, autodefensa, propaganda armada, sindicalización, etc. (Lamberg, op cit: 82-83).

Regis Debray, testigo privilegiado de la época resumiendo a la ideología trotskista dice:

"Las masas trabajadoras anhelan también el socialismo, pero todavía no lo saben porque están en manos de las burocracias stalinistas (...) el movimiento guerrillero no es la forma más elevada de lucha revolucionaria; debe instituirse el "poder dual" desde las bases... bajo la consigna de la revolución socialista deben alzarse inmediatamente contra el poder del Estado, sin intermediarios o destacamentos especializados. La revolución surgirá de las luchas económicas existentes o latentes, que se agudizarán hasta transformarse en insurrección masiva: paso directo de la acción sindical a la insurrección".(Debray, SF: SP)

El propio Debray comenta la referida tendencia: "los trotskistas atribuyen una gran importancia al carácter socialista de la revolución, a su programa futuro, y desearían ser juzgados por esta cuestión puramente fraseológica, como si el declarar mil veces que la revolución debe ser socialista la hubiera de hacer realidad". El caso, como ya se ha anotado, es que estas herejías, siendo una de las expresiones de la época, se manifiestan en estas circunstancias como diferentes y contradictorias con los comunismos, en un proceso que se va definiendo además por una intensa lucha política en todo el escenario latinoamericano y que involucra a las demás contradicciones y diferencias, tanto que su anatematización por parte de Cuba solo se da luego de la "Tricontinental".

Respecto a los comunistas maoístas, en la mayoría de países en donde estos movimientos surgieron, el proceso fue el de una disidencia de la matriz PC. A raíz del vigésimo congreso del PCUS y de la posición asumida por Jrushov en contra de Staliu, a lo cual debieron sumarse las diferencias ocasionadas por tensiones devinientes del interés nacional

de China y la Unión Soviética, el PCCh asume posturas cada vez más distantes hasta la ruptura definitiva, consecuencia de esto es la constitución de un segundo eje mundial de referencia de los PC, -el pensamiento de Mao Tse-Tung- que al igual que el trotskismo, serviría de fuente alternativa para canalizar las discrepancias con la ortodoxia, que eran compartidas por toda la izquierda no ortodoxa de ese entonces. Sin embargo, en el caso de los maóismos las peculiaridades de sus fundaciones los ligan de forma inmediata e institucional a la historia de los PC, pues son disidencias que provienen desde dentro, que estuvieron inscritas en el juego político cotidiano de los comunismos y también dentro de las jerarquías. De hecho las denominaciones de estos grupos siguen siendo las de "Partido Comunista", que se diferenciaban de los tradicionales porque además se identificaban como "marxista-leninistas".

Efectivamente, entre 1962 y 1964 más de diez PC latinoamericanos sufren escisiones de corte maóista, no todas de importancia. En la mayoría de los casos fueron pequeños grupos los que dejaron el proyecto original, pero es interesante saber que al menos en el área andina las divisiones comprometieron a elementos importantes de los comités centrales, y a buena parte de la fuerza orgánica. Es el caso del Perú, cuya disidencia maóista terminará originando el PCP (Sendero Luminoso) de los años 80; en Colombia una nueva agrupación guerrillera en 1964, el Ejército Popular de Liberación, brazo armado del PCML de Colombia; en Ecuador el PCMLE, hacia los años 80 el partido marxista numeroso, fundado en 1964; y en Bolivia el mayor problema de la política de Cuba hacia los PC, pues fueron disidentes maóistas quienes denunciaron el boicot de los dirigentes del partido a la guerrilla del Che (13). No en vano en 1964, el año de la Conferencia Latinoamericana de Partidos Comunistas, es también el año en donde la mayoría de rupturas maóistas se produce.

Las discrepancias de esta vertiente, si bien atravesadas por un eje común que era las actitudes frente a la revolución, tuvieron un carácter mucho más complejo porque evidenciaban un proceso internacional y una real diferenciación discursiva dada alrededor de la interpretación sui géneris que Mao hacía del marxismo y que tenía poco que ver con la soviética. De todos modos la piedra de toque de las discrepancias seguiría siendo constante: la ambigua actitud de los PC respecto al problema de la violencia, la dirección burocratizada del partido y el

rechazo a la política de coexistencia pacífica que preconizaba el PCUS de ese entonces.

A cambio se propondría un lenguaje guerrillero con acento campesino, extraído del pensamiento de Mao, la recuperación de las formas "leninistas" de organización (14), y un antiimperialismo radical. Por supuesto que las discrepancias van mucho allá de esto, y se tienen también con las variables particulares de cada nación.

La inserción en sectores sociales donde existía una presencia previa, la relativa continuidad institucional, la adscripción a un referente externo de ideología y pensamiento, que eventualmente era operativo, pues cientos de maoístas latinoamericanos viajaron a China y establecieron redes comunes, hablan de un actor diferente a los PC, con una cultura política distinta en formación y con prácticas que los iban diferenciando de la matriz original. Es difícil admitir la tesis de que los maoísmos puedan ser considerados como una "variante o herejía" del comunismo, y consecuentemente con parámetros de análisis similares. Al contrario, si bien su procedencia es de los PC, los maoísmos implican un momento central de diferenciación de la izquierda marxista latinoamericana, pues aunque ese momento haya sido común al de las fuerzas insurgentes o de los socialismos radicalizados, y los tópicos del debate hayan sido más o menos los mismos, las particularidades relatadas hacen necesaria su especificación como tendencia.

Esta última conclusión es válida también para discriminar a los maoísmos de las otras fuerzas insurgentes y socialistas. Mientras estas últimas adhieren desde el principio a la imagen simbólica y a la ayuda estructural proveniente de Cuba, y no llegan a tomar nunca una postura decididamente antisoviética aunque sí anti-PC, los maoísmos, típicamente soportados por los cubanos, romperán definitivamente con ellos luego de la Tricontinental, y atacarán violentamente a la Unión Soviética. De otro lado, mientras los insurgentes y socialismos radicalizados están cruzados por una serie de diversidades provenientes de su vocación por lo "nacional", los maoísmos establecerán redes propias y levantarán un internacionalismo paralelo sobre premisas de la política exterior China. Finalmente, mientras insurgentes y socialismos radicalizados tendrán en el marxismo una referencia, así como su apoyo a innumerables líneas políticas que principalizaban las actitudes frente a la revolución como problema político y existencial a la vez, los maoístas se remitirán a los clásicos en la versión de las "tres espadas": Marx, Lenin, Mao, y el uso

político y discursivo de esa teoría será maximalista pero fundamental en la estructuración de su discurso para lo coyuntural.

Para concluir, aunque Ribeiro describe acertadamente las características de los grupos insurreccionales; sin embargo en muchos de los países latinoamericanos hay una identidad verdadera entre el discurso político levantado por ellos y aquel que es portado por agrupaciones que de distintas procedencias, terminan declarándose socialistas pero asumiendo actitudes mucho más radicales que las de los partidos así denominados hasta las décadas de los cincuenta.

Efectivamente, agrupaciones como el MIR peruano (desprendimiento del APRA en 1960), el MIR venezolano (disidencia de AD en 1960), el MOEC y FUAR colombianos (escisiones del "gaitanismo" 1961-62, que más tarde accederán al ELN y FARC), asumen posturas insurreccionales muy parecidas a las de los brotes guerrilleros tradicionales en la década del 60; su discurso y motivaciones son las mismas, pese a la distinta procedencia. Del mismo modo, organizaciones como el Partido Socialista Chileno, con una tradición de varias décadas, como el MIR boliviano (desprendido de un proyecto demócrata-cristiano 1966) o el PRIN (dirigido por Juan Lechín, escisión del MNR), todas ellas "socialismos latinoamericanos", no llegan a participar en acciones armadas pero las identidades políticas fueron muy similares a las de las insurgencias. De este modo puede ser posible hablar de una tercera gran vertiente de la izquierda marxista latinoamericana constituida tanto por los grupos insurreccionales como por los socialismos radicales, tanto más que en un momento posterior del desarrollo político, a partir de la década siguiente, los proyectos ideológicos de aquellos socialismos radicalizados y de los movimientos insurgentes serán similares. Los fenómenos de participación política violenta, por ejemplo aquellos que se dieron en el Cono Sur, proviniendo de esta corriente, se enfrentarán a condiciones distintas, pero pueden ser considerados parte de esta gran tendencia latinoamericana socialista radical.

## CONCLUSION

El proceso de diferenciación de la izquierda marxista en la década de los sesenta es un fenómeno de carácter latinoamericano que se explica por orígenes históricos similares y por un devenir común. De otro lado, los espacios compartidos por dichas organizaciones no se remitan

únicamente a las condiciones de la realidad regional, sino que existieron lazos orgánicos y escenarios comunes entre ellos prácticamente desde su fundación en los años 20.

La revolución cubana es el proceso que condensa las contradicciones intradiscursivas y se vuelve un referente común cuya influencia no es solamente simbólica, sino que dadas las condiciones de existencia del régimen isleño, su política exterior contempla la intervención directa en los escenarios políticos de los países latinoamericanos apoyando los proyectos insurreccionalistas de la izquierda marxista. Este fenómeno se expresa con mayor fuerza, entre otros hechos, en la ruptura de la tendencia comunista y en la diferenciación de las vertientes de la izquierda.

El proceso de diferenciación de la izquierda ecuatoriana es análogo al que ocurre en toda América Latina, lo cual se explica también por el hecho de que la inserción de los partidos marxistas ecuatorianos en su propio contexto societal también es comparable en la fase previa a la revolución cubana, y además porque los discursos y prácticas sostenidos tenían también un carácter regional. Siu embargo de esto, el proceso histórico ecuatoriano tiene particularidades que otorgan a la asimilación de los referentes externos un status propio, surcado por el curso específico del marxismo partidario ecuatoriano. Es así como las clasificaciones de la izquierda latinoamericanas desarrolladas por Carlos Rama o Darcy Ribeiro, si bien ofrecen un esquema de base para su aplicación, no son suficientes para definir las vertientes en las que se constituye la izquierda marxista ecuatoriana.

En el Ecuador la vertiente comunista encontrará continuidad, en tanto es uno de los partidos matrices, como en el resto de América Latina. No es admisible asimilar a esta tendencia la "herejía maofsta" en la versión de Ribeiro, porque esta última nace absolutamente diferenciada expresando una ruptura de carácter mundial y proclamando prácticas distintas a las de su matriz. Los años posteriores demostrarán, por otra parte, la profundización de la fractura y la constitución de prácticas de reproducción política distintas, conclusión que puede extenderse al caso latinoamericano.

Tampoco existió en el Ecuador una "nueva izquierda" apartidista cuya principal práctica sea la búsqueda de opciones novedosas en el desarrollo del marxismo y de la participación política, conformada básicamente por intelectuales. Durante la década del 60 la intelectuali-

dad izquierdista ecuatoriana estuvo vinculada a las agrupaciones con proyectos orgánicos, que eran las que presentaban formas alternativas a las prácticas tradicionales de los partidos marxistas, especialmente el comunismo, de modo que esta percepción de Ribeiro, tampoco es aplicable en la realidad de este país.

Finalmente la izquierda insurreccional, en términos del discurso, no se identificó únicamente con la proclamación de la violencia como forma de acceso al poder, sino también con planteamientos que hacían relación a la concepción de la formación social y de la vía de la revolución. En tal sentido maoístas, socialistas e incluso comunistas planteaban la "insurrección", de modo que no sería ese un criterio de clasificación válido para distinguir a la izquierda ecuatoriana.

Por su parte Carlos Rama habla de una vieja y de una nueva izquierda, clasificación que no da cuenta en el Ecuador de fenómenos en los cuales la "vieja izquierda" se reproduce en expresiones insurgentes; o al contrario, en que la "nueva" se expresa a través de mecanismos tradicionales, de modo que no serviría para describir la riqueza de las expresiones que se diferenciaron.

El problema que ambas visiones tienen es que no hay un referente metodológico que centre el punto del análisis, pues no se sistematiza una o varias prácticas que den cuenta de los procesos. Se confunden las actitudes con la ideología y no se distinguen las prácticas unas de otras. En contraposición, este trabajo toma como referente al discurso político, que puede ser analizado desde elementos comunes a todas las vertientes que se conformaron históricamente durante ese período, con el fin de encontrar los matices y distancias que les identifican respecto de los objetivos, modos de concebir la formación social y los actores políticos. De esta manera, a partir del proceso de enunciación del discurso, de su análisis y lectura se podrán inferir elementos pertinentes para avanzar en la diferenciación de esas corrientes, que es lo que se hará en el siguiente capítulo.

## CAPITULO III

### LA IZQUIERDA ECUATORIANA EN LOS AÑOS SESENTA Y SUS VERTIENTES

#### INTRODUCCION

La izquierda marxista ecuatoriana sufre, durante la década de los sesenta, un intenso proceso de diferenciación política a partir de la revolución cubana que se refleja en las transformaciones del discurso político, y que da origen a varias vertientes, las mismas que proviniendo de un mismo pasado político similar, adquieren identidades distintas respecto de hechos y referentes atinentes no sólo al desarrollo de la formación social ecuatoriana, sino a fenómenos que atravesaban el escenario mundial y particularmente el latinoamericano.

Desde esta perspectiva, la izquierda ecuatoriana presenta analogías con el desarrollo y evolución de sus similares del continente latinoamericano, en la medida en que las influencias a que estuvo sujeta fueron comunes. Este hecho se explica tanto por la existencia de una realidad estructural y política relativamente análoga, cuanto porque el desarrollo de la propia izquierda tiene varios puntos de contacto y orígenes comunes (Ribeiro, 1982; Lechner, 1986; Moulian, 1986).

Sin embargo, es necesario señalar que, al igual que en otros casos latinoamericanos, la forma como este proceso de diferenciación se desarrolla tiene particularidades y especificidades propias del escenario político ecuatoriano. Si bien la ruptura del discurso tradicional y la

estructuración de nuevos enunciados toma referentes comunes, este proceso se ve filtrado en el Ecuador por elementos tales como regionalidad, debilidad institucional del sistema político, cuyas consecuencias son hegemonías levantadas en base a prácticas clientelares o patrimoniales, que ofrecen características propias a los partidos y a las dinámicas políticas. (1)

La diferenciación del discurso político de la izquierda ecuatoriana asumiría como referentes centrales, a nivel externo:

- La revolución cubana.
- La ruptura sino-soviética.
- La guerrilla latinoamericana.

A nivel interno:

- La actualidad del discurso de la revolución.
- La posibilidad de la participación política violenta.
- La caracterización de la formación social y consecuentemente el tipo de instrumentos orgánicos, así como los objetivos propuestos.

A partir de orígenes y prácticas distintas, pero con referentes comunes, la discusión de la izquierda habría de identificar durante los años sesenta tres corrientes principales de pensamiento. Una comunista, que con algunas modificaciones se constituiría en la continuidad de la tradición de la corriente que en los momentos fundacionales del marxismo ecuatoriano se articularía a la Comintern; una maofsta, desprendimiento de esta última, cuyo discurso asimilaría los términos principales del cisma sino-soviético; y una socialista radical expresada en varios partidos, provenientes tanto del PC como del viejo PS, orientada hacia la referencia cubana, como un discurso insurreccionalista, y una táctica que no admitía la transformación por etapas formulada por Lenin.

Hay elementos que permiten considerar la formación en este período de una cuarta corriente, que originándose en este mismo punto de ruptura, no se identificaría sino hasta varios años después, cuyas características se definirían por su adscripción a prácticas que proponen la violencia como forma usual de participación política.

La diferenciación de las corrientes marxistas, ocurrida durante los años sesenta, se levanta sobre contradicciones endógenas, que se catalizan en ese período y que le son previas. Sin embargo, es a partir del quiebre perceptual que produjo la guerrilla castrista del que se eviden-

cion con fuerza al interior de las organizaciones, alrededor de una serie de prácticas impulsadas por dirigentes y militantes en contra de sus direcciones.

Las circunstancias de la realidad ecuatoriana son aprovechadas y todos los espacios de participación política del marxismo se utilizan para la consecución de objetivos que son principalmente internos. Este proceso es especialmente notable al interior del partido Comunista, puesto que el socialismo, dividido y fragmentado casi hasta su liquidación a causa de su tradición institucionalista y electoralista, no es el espacio central en el que se puede observar el proceso de diferenciación del marxismo durante los años sesenta, período en el cual se constituyen los discursos centrales de las tendencias que permanecen hasta la actualidad.

## **EL PROCESO DE CONSTITUCION ORGANICA DE LAS VERTIENTES**

La Revolución Cubana acontece en momentos en que una nueva generación de mandos medios se constituye en el partido Comunista, mientras que en el socialismo las tensiones internas fracturaban al partido, y las posiciones más radicales encontraban puntos de concentración. Philip Agee, uno de los responsables de la Estación Ecuador de la CIA, con la información de dicho organismo a propósito de la izquierda marxista, en momentos en que los Estados Unidos intervienen en América Latina para forzar decisiones contra Cuba, describe a ambas organizaciones en octubre de 1960, del siguiente modo:

"Partido Comunista del Ecuador (PCE). La estación calcula que el PCE cuenta con alrededor de 1000 miembros y con cerca de 1000 miembros adicionales de la JC. Casi todos los miembros residen en Guayaquil. Con respecto a las recientes diferencias chino-soviéticas, los dirigentes nacionales apoyan a los soviéticos, aunque algunos líderes del PC en la Sierra, particularmente en Quito, comienzan a inclinarse hacia la más militante posición china (...). La fortaleza del PCE, sin embargo, no es mensurable en términos de popularidad electoral sino más bien de su fuerza dentro de las organizaciones de trabajadores, estudiantes y organizaciones juveniles, en las cuales su influencia es poderosa.

Partido Socialista del Ecuador (PSE). Aunque mucho más grande que el PCE, el partido Socialista ha cooperado por muchos años con los comunistas en el liderazgo del movimiento obrero. Recientemente, los socia-

listas se dividieron en un ala derecha que formó alianza con el partido Liberal durante la campaña fracasada de Galo Plaza este año, y en un ala izquierda que votó por el PCE y CFP. Debido a su apoyo a la revolución cubana y sus principios revolucionarios violentos, los socialistas de izquierda son peligrosos y hostiles a los intereses de los Estados Unidos. Sus éxitos, sin embargo, se limitan al movimiento obrero y a círculos intelectuales."(Agee, SF: 60-61)(2)

Como resultado de las tareas operativas de la campaña de Antonio Parra y Benjamín Carrión, ex-rector de la Universidad de Guayaquil y cercano al PC, el primero, uno de los más destacados intelectuales ecuatorianos y socialistas, el segundo, ambos apoyados nominalmente por la máquina clientelar CFP, populista en su interpelación discursiva, que haría campaña bajo cuerda por Velasco (Menéndez-Carrión, 1986: caps. 7-8-10), el PC convoca a las otras organizaciones de la alianza a estructurar un amplio movimiento juvenil, que dé cabida a sectores no vinculados a los partidos y que además tenga cierta autonomía respecto a ellos. Este frente sería URJE "Unión Revolucionaria de Juventudes Ecuatorianas".

Efectivamente, en 1959 URJE logra ampliar la inserción de la izquierda marxista sobre todo entre los estudiantes y empieza a promover las inquietudes que dentro de los propios partidos tenía la militancia, básicamente motivada por la Revolución Cubana. Sin embargo, el control político, debido entre otras causas a su capacidad orgánica lo tenía el PC. Pronto las tareas electorales fueron subordinadas a las necesidades de expresión política y a las de solidaridad y apoyo al proceso del Caribe. La estación local de la CIA calculaba en más de un millar sus miembros y sospechaba que varios de sus dirigentes habían viajado a Cuba para recibir entrenamiento (Agee, s.p.: 63).

URJE sería, de otro lado, el espacio privilegiado donde, fuera del partido, los militantes de izquierda tuvieron un punto de encuentro y de activismo que potenciaría la dimensión de la crítica a la estructura de aquel tiempo de sus organizaciones.

Del mismo modo, el contacto internacional relacionaría a los marxistas ecuatorianos con proyectos insurreccionales en marcha en otros países, a la par que abriría una oportunidad para confrontar directamente las contradicciones de los debates internos. URJE fue también el espacio político en donde se dio la diferenciación de la izquierda de los sesentas, proceso que tuvo, sin embargo, vías distintas en las dos vertientes.

El partido socialista confrontaría las tensiones arrastradas por cerca de 15 años, luego del fracaso de la "Gloriosa", entre las distintas formas de participación. Esto se resuelve básicamente a partir de la definición del apoyo electoral. El grupo que va tras Plaza y los liberales no dejará de ser un satélite de esa corriente y fenecerá definitivamente durante la última dictadura de Velasco (1971). Aquel que se involucró con cefepistas y comunistas, fue permeado por el proceso de URJE sólo en sus corrientes más radicales, que poco tiempo más tarde adoptarían el nombre de "Socialismo Revolucionario", propondrían una línea política sumamente radical y -sobre todo- abrazarían el "leninismo" como discurso político. Este último sector operaba en espacios sociales muy parecidos a los del PC y su analogía con los "socialismos radicalizados" de América Latina fue evidente.

Hubo, sin embargo, una corriente de la izquierda del PSE del 60 que apoyó al binomio Plaza-Carrión, más institucionalizada e inscrita en dinámicas de poder regionales que no confluyó al espacio radical y que, en un alejamiento pacífico bajo el nombre de "Socialismo Unificado", persistirá hasta el nuevo reencuentro en los ochenta portando la legitimidad de la representación del nombre del Partido.

Por su parte, el Partido Comunista si bien tuvo en URJE una posibilidad de expansión en momentos en que se desataba una violenta cruzada en su contra desde la derecha política y del Estado, y con el asesoramiento del gobierno estadounidense, tuvo también el mismo escenario que sus partidos hermanos de América Latina: militantes que cuestionaban sus prácticas burocráticas y que apelaban a la necesidad de desarrollar estrategias armadas, quienes en su primer momento serían los mismos que apoyaban una línea pro-china.

Es así como la disciplina del PC es violada varias veces desde la operatividad de URJE: cursos de preparación político-militar fuera del partido; contactos internacionales sin conocimientos de las estructuras de dirección; decisiones procesadas al margen de las vías regulares, son prácticas constantes que se posibilitan precisamente porque el PC pensó a URJE como un frente que, influido por él y constituido por sus activistas, tenga un manejo autónomo (Agee, sf: Entrevistas 1 y 2).

La detención de algunos dirigentes comunistas en operaciones relacionadas con la posibilidad de brotes guerrilleros (Rafael Echeverría y Jorge Rivadeneira, dirigentes del Comité Provincial de Pichincha en 1961, entrenados por un argentino en tránsito a Cuba llamado Adiego

Francia; José María Roura, trayendo 25.000 dólares de China, en 1963, para citar sólo dos de los más importantes casos), evidenciaba la construcción de una o varias fracciones que claramente se diferenciaron por motivos políticos e ideológicos y que producían ya un nuevo discurso.

Sin embargo, un hecho central pondría al descubierto el agitado ambiente político al interior de las organizaciones de izquierda, particularmente del PC: el intento de construir un brote guerrillero liderado por el dirigente comunista de Pichincha Jorge Rivadeneira, que se conocería en adelante como "Las Guerrillas del Toachi" por la ubicación del foco, a 200 km. de la Capital. El hecho en sí no tuvo mayores implicaciones militares. Los jóvenes revolucionarios no duraron ni 48 horas. El ejército, enterado de la localización del campamento, montó un operativo que permitió capturar a casi todos los involucrados sin disparar un solo tiro y la cosa no pasó de allí. Sería al interior de las fuerzas relacionadas con la aventura en donde el ridículo cobraría implicaciones importantes de carácter político. Las acusaciones sobre la dirección provincial de Pichincha fueron inevitables y revelaron públicamente las contradicciones que se arrastraban desde 1959, y sirvieron, además, para identificar las posiciones que más tarde constituirían las tendencias fundamentales de la izquierda marxista.

Efectivamente, obligado a dar explicaciones, el PC y el provincial de Pichincha eludieron cualquier responsabilidad en el acto. La dirigencia nacional de los comunistas, porque no tenía control sobre el manejo de la política al interior de URJE por parte de los mandos medios, y no asumía el modelo armado como política del Partido; y el Comité de Pichincha, porque habría estado en manos de la tendencia maoísta, que tampoco asumió orgánicamente el proyecto del Toachi, pese a que las instancias superiores y regionales del PC tenían conocimiento de lo que se estaba fraguando (Entrevista 3).

El asunto terminaría resolviéndose, por aquel momento, con la sanción partidaria a Jorge Rivadeneira y otros dirigentes, y la posterior ruptura de URJE. Las acusaciones giraron en torno a \$ 40.000 donados por Cuba que fueran mal invertidos en la operación, pero esa ruptura fue solamente el prólogo para la conformación orgánica de la corriente maoísta y de la izquierda socialista y radical.

En términos políticos, para la corriente maoísta, las contradicciones con la línea del PC cobran un sentido total a partir de 1959:

"De 1959 a 1963, la lucha ideológica en el interior del partido giró fundamentalmente en torno a la adopción o no de una línea revolucionaria, en torno a colocar o no la consigna de la toma del Poder Político por la clase obrera y sus aliados como la tarea actual e inmediata y en torno a la vía de la revolución en el Ecuador" (PCMLE, 1979: 62).

El referente que cataliza las desavenencias es, también para esta corriente, la Revolución Cubana, que significa en el debate interno la fundamentación de la Revolución como hecho posible, latinoamericano y actual, así como la reflexión sobre las formas que ese objetivo conlleva. Sin embargo la teoría, que es abundante, tiene finalmente un eje que sintetiza o esquematiza los puntos de diferencia con las direcciones tradicionales: la lucha armada (PCMLE, 1979: 62-71; Entrevistas 1,2,3).

Respecto de lo que en ese entonces significó una línea revolucionaria para los maoístas, independientemente de las diferencias en torno a la caracterización de la formación social, las fuerzas de la revolución, etc, estaba presente un elemento de confrontación de profundo significado simbólico: era un problema de actitudes, de conductas ante la situación, de representaciones visualizadas en prácticas ante la sociedad, antes que de diferencias programáticas, lo que sustentaría las distintas interpretaciones del marxismo que justificarían la ruptura y posterior fundación de un nuevo partido. La línea revolucionaria pretendida tenía que ser "actual e inmediata" y "la única manera de tomarlo es organizando la insurrección armada popular" (PCMLE, 1979: 66).

Estas circunstancias condujeron, finalmente, a la ruptura de la tendencia maoísta que recoge la argumentación política china y el pensamiento de Mao Tse Tung en la interpretación del marxismo. En 1962, un Congreso del PC realizado en marzo asume las posiciones de la radicalidad y proclama la vía armada como la forma de la revolución en el Ecuador, sin embargo la gran mayoría del Comité Central es elegida de entre las filas adictas a la dirección tradicional, asentada en Guayaquil, de Pedro Saad; un año después, en marzo de 1963 un pleno del Comité Central reconoce "retraso en la salida a la crisis" y apenas dos meses luego, en mayo de ese mismo año, un nuevo pleno resuelve la reorganización del Comité Provincial de Pichincha, la expulsión de José María Roura, el dirigente al que la policía había atrapado acusándolo de traer \$25.000 desde Pekín ese mismo mes, y la suspensión de Rafael Echeverría, secretario del Comité de Pichincha y líder de la tendencia maoísta.

Un elemento adicional de las circunstancias de la ruptura fue las acusaciones vertidas sobre la dirección del PC, respecto de relaciones y vínculos conspirativos que se habrían mantenido con organizaciones y personas involucradas en el golpe de Estado del 11 de julio de 1963, que derribó a Carlos Julio Arosemena e instauró un gobierno militar (PCMLE, 1979: 69).

Las desavenencias dentro del PC son el punto de inflexión dentro de la izquierda marxista. Sin duda el partido Socialista tenía una influencia social más extendida, pero su propia constitución heterogénea y una práctica política volcada primordialmente hacia el ámbito institucional, crearon condiciones que no le permitieron erigirse en la fuerza protagonista de las transformaciones discursivas. La escisión de la fracción radical y pro-cubana no pasa por la reformulación del pensamiento partidario sino por hechos de la coyuntura, de modo que el proceso de la adopción de un nuevo discurso es más bien interno. En el PC, al contrario, el fenómeno es observable prácticamente desde el año de 1957 y es análogo a aquel que la izquierda marxista latinoamericana sufre a lo largo del continente.

Efectivamente de los "Lineamientos Programáticos" de 1957, en donde se dice: "Dadas las condiciones actuales del Ecuador las transformaciones socialistas no son inmediatas" (Saad, SF: T, IV-270-271), al VII Congreso que plantea que "La transformación revolucionaria del Ecuador no puede alcanzarse por vía pacífica" (Saad, 1977: 54). Hay un salto que solamente puede ser explicado por la conjugación de factores internos y externos que revelan una dinámica contradictoria en el desarrollo mismo de la organización partidaria.

Desde la visión del PC, una vez que los hechos habrían concluido con la separación del grupo maoísta, éste último habría sido la expresión de una composición aventurera, negadora del papel protagónico de la clase obrera, con una conducta abiertamente provocadora (Saad, 1977: 200 y ss).

Finalmente, en agosto de 1964, luego de casi un año de saldar cuentas en los organismos regionales, se funda el Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador (PCMLE), al mismo tiempo que casi diez organizaciones hermanas en América Latina, desprendidas de un proceso similar de ruptura respecto de los PC. Su entorno no escapa a la confrontación mundial de ejes ideológicos. Este nuevo partido mantiene los lazos con Cuba y esgrime a esa revolución como uno de los

paradigmas de la ruptura. El distanciamiento sería, incluso, tardío a la exclusión del maoísmo de la OLAS, y los vínculos de sus dirigentes continuarían siendo canales de asistencia ideológica y material para quienes se reclamaban como la insurgencia ecuatoriana (Agee, 285: entrevistas 2 y 3).

Otra vertiente, de importancia similar se gesta en medio de estas contradicciones. La ambigüedad orgánica de URJE es el espacio donde los puntos de quiebre político y discursivo toma forma orgánica. Las primeras escuelas de formación de cuadros militares, si bien impulsadas por los dirigentes maoístas, convocan a militantes y dirigentes del PC, especialmente de la juventud, cuyo referente es la revolución como idea central, y subsecuentemente el proceso cubano y la vía armada. De hecho en el brote del Toachi no pudo haber exclusión del Comité Provincial de Pichincha, aunque fuese por inacción. Jorge Rivadeneira, la figura principal, era un aliado político de los maoístas en la lucha contra la dirección tradicional; algunos participantes habrían sido, a la postre, militantes del PCMLE, sin embargo esta corriente no usa sólo el instrumental teórico de Mao para la confrontación, como elemento fundamental; la visión habría estado orientada más bien hacia una relectura de los clásicos marxistas y a la experiencia cubana, y su producción discursiva (Entrevista, 3).

El proceso seguido por esta vertiente encontró distintos cauces. Varias organizaciones filocastristas se constituyen en todo el país, con propuestas más o menos afines. A diferencia del ML los cortes ideológicos no tienen una base tan claramente regional, tampoco resulta una continuidad orgánica que incide profundamente en el PC. El caso representativo de esta vertiente es el MIR, movimiento de Izquierda Revolucionaria, cuyas proposiciones no se diferenciaban mucho de otras agrupaciones como el VM, Vencer o Morir, con orígenes prácticamente idénticos.

Las contradicciones del PC fueron, igualmente, canalizadas a través de la práctica política de URJE. Algunas experiencias comunes en el terreno de la conspiración fueron planificadas y compartidas por todas las vertientes disidentes, sin embargo las identidades irían diferenciándose en la medida que la tendencia maoísta se sustentaba en una divergencia de corte mundial en el campo comunista. En el Ecuador el fracaso del Toachi es el elemento detonante de la separación de aguas. Como se ha descrito, tanto el Comité Central como el del Pichincha,

eluden responsabilidades en las filas del Partido y en la ruptura al interior de URJE, organización que continúa, pero desprendida del PC, y que sirve de matriz para la génesis de nuevos proyectos políticos.

En el caso del MIR, por ejemplo, una disidencia de la juventud Comunista decide separarse del Partido desencantada por el curso de los acontecimientos y la actitud frente al Toachi. El grupo más fuerte, establecido en Pichincha, pronto toma contacto con otra disidencia guayaquileña y con un grupo manabita filomaofista y en un proceso de unidad que dura algo más de un año; la organización es fundada en 1965. Sus distancias con el PC se remiten también a la evaluación de la Revolución Cubana, a la posición sobre la lucha armada, a la conducta política frente a la institucionalidad, pero además, como elemento central que definirá la vertiente durante casi 15 años, a las consideraciones sobre la formación social. Mientras el PC define una táctica centrada alrededor de la constitución de un "Frente de Liberación Nacional", entre cuyas tareas estaba ampliar la participación política de las masas a fin de crear las condiciones necesarias para la revolución socialista, puesto que el Ecuador era concebido como un país con grandes rezagos feudales, con soberanía hipotecada al "imperialismo norteamericano" y con un sistema político no democrático.

De otro lado, el PCMLE asume prácticamente sin beneficio de inventario las tesis de Mao para concebir a China pre-revolucionaria, que son prácticamente las mismas de la Comintern de 1928 para los países atrasados: semifeudal, semicolonial; la revolución pretendida, por tanto, debía ser antiimperialista y antifeudal, pero en todos los documentos de dicho partido hay un énfasis especial en situar la problemática como algo inmediato y dependiente de la voluntad política de los portadores de esa ideología. Una diferencia sutil, pero importante con el PC se daba en la visión de las etapas y de las tareas de las fuerzas sociales apeladas en términos "ininterrumpidos":

"La revolución democrático-burguesa de viejo tipo, será una revolución democrática de nuevo tipo; una revolución de nueva democracia, dirigida firmemente por el proletariado a través de la alianza obrero-campesina, que movilizará a todos los sectores revolucionarios y patriotas, que cumplirá el programa antifeudal y antiimperialista y que avanzará ininterrumpidamente hacia el socialismo". (3)

El MIR, por su parte, se constituye proclamando la Revolución socialista como meta inmediata, alrededor de tácticas insurreccionalistas que en una primera etapa admiten abiertamente las tesis del "foco"

guerrillero diseñadas por Debray. Sin plegar a este movimiento, otras organizaciones izquierdistas ecuatorianas siguen sendas muy parecidas en lo discursivo.(4)

Con una experiencia distinta, la fracción radical del partido Socialista, constituida en el proceso previo de disolución del antiguo Partido luego del fracaso de la campaña electoral de 1960, llamada Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano, bajo el liderato de uno de los más notables ideólogos marxistas del Ecuador, Manuel Agustín Aguirre, desarrolla las tesis expuestas por él en 1951 y define, probablemente en forma más temprana que cualquier otra agrupación marxista, al Ecuador como un país capitalista atrasado y dependiente (Aguirre, sf.), y por lo tanto a la revolución como socialista. Sin admitir directamente las tácticas insurreccionalistas, este Partido se relaciona con las otras organizaciones de lo que se ha definido "socialismos radicales".

Hay, sin embargo de las tres vertientes observadas, la posibilidad de inferir una cuarta que, involucrada en las corrientes principales, parece asumir una identidad propia más allá de los discursos, en cuya configuración, sin duda, participa. Una corriente abiertamente subversiva cuyas implicaciones superan el momento de ruptura discursiva, puesto que, integrándose a la tendencia radical y socialista, asume la consideración de la participación política y socialista, asume la consideración de la participación política violenta como sello de identidad, por encima de consideraciones que atañen a la historicidad de la izquierda marxista, o a los propios supuestos del marxismo como discurso político.

Esta vertiente tiene un momento de constitución similar y una explicación análoga a la de otros grupos latinoamericanos. Sin embargo posee además un punto de diferenciación respecto de las otras agrupaciones, que se expresa en las distintas maneras de asumir el curso histórico del discurso marxista partidario.

Efectivamente, si la ruptura obedece a la distancia del pensamiento tradicional izquierdista en relación con hechos concretos, tales como la Revolución Cubana, y la posibilidad de levantar prácticas transformadoras en el contexto del Ecuador de aquellos años, la diferenciación de las vertientes izquierdistas terminará remitiéndose a las consideraciones teóricas sobre la formación social y consecuentemente a los instrumentos orgánicos e ideológicos que ellas propugnan. Sin embargo esta corriente no llegaría a ese punto de definición y situaría sus prácticas

siempre en el referente de lo violento, articulando una serie de enunciaciones a un problema que no dejará de ser de actitudes.

Prácticas de participación violenta en los sesenta tardíos tendrán organizaciones como el MIR, el VM y una sección del PSRE conocida como el "Tercer Frente".

El movimiento Vencer o Morir, generado desde el espacio de URJE terminaría disolviéndose hacia principios de los años setenta. Sus militantes, que admitían la doble afiliación, terminarían absorbidos por fuerzas parecidas en términos del discurso: el MIR y el PSRE (Entrevista 1).

El MIR sufre la historia típica de los socialismos radicales ecuatorianos. De las acciones de propaganda armada del principio, intenta establecer frentes rurales que fracasan, para terminar aislada de las fuerzas sociales que convoca (básicamente estudiantes), una vez que cambian las condiciones del sistema político, cuando comienzan las dictaduras de los años setenta. Un momento de quiebre discursivo le sobreviene, abandona el foquismo y el carácter militar de la organización, si bien queda en los documentos, no sigue reproduciéndose para los años setenta.

El PSRE, fracción del antiguo socialismo, asume todas las modificaciones discursivas de la década del sesenta, pero no será sino hasta los años finales en que emprenda acciones subversivas como Partido, puesto que algunos de sus militantes, provenientes de URJE o de organizaciones tipo MIR, tenían algunas experiencias. El caso es que un proyecto partidario relativamente autónomo se organiza dentro de esta organización para desarrollar este tipo de prácticas. Es el "Tercer Frente". (El primero y el segundo fueron el laboral y estudiantil, respectivamente). Las principales acciones se desarrollarían durante los años 70, 71 y 72.

Hacia finales de los años sesenta se lleva adelante un proyecto de unidad militar entre el MIR, y el VM y el "Tercer Frente" del PSRE, cuyas direcciones, inspiradas en las experiencias similares latinoamericanas fundau el Frente (o Movimiento) de Liberación Nacional "Rumiñahui"; estructura que con una dirección conjunta habría ejecutado algunas acciones destinadas a levantar un movimiento guerrillero de alcances nacionales en el Ecuador. Cada una de las organizaciones constituyentes mantenía su autonomía organizativa y a cada una de ellas se le asignaban tareas específicas. De esta experiencia, sin embargo,

sería el PSRE la organización más activa. De hecho, a la postre este frente fue el vínculo para que algunos activistas que antes pertenecían a las otras organizaciones, terminaran vinculándose al partido.

El Movimiento Rumiñahui no duraría mucho pero fue el antecedente más importante de la experiencia guerrillera de los socialistas revolucionarios, algunos de cuyos dirigentes serían apresados en 1972, acusados de ser los responsables de una ola de asaltos en el Ecuador.

Por los mismos años, articulado a antiguos militantes del VM, muere en una emboscada policial el médico colombiano Jaime Velázquez García, dirigente nacional del ELN colombiano, quien habría estado aparentemente en el Ecuador organizando un movimiento insurgente.

Estos antecedentes pueden demostrar la existencia de una tendencia subterránea, nacida dentro de la izquierda marxista, pero que en los años ochenta se diferenciará de su tradición, que propugna la participación política violenta como forma fundamental de práctica política. La identidad orgánica de esta corriente es difícilmente discernible en los primeros años, pero parece haber evidencias suficientes para considerar su existencia. Al principio confundida -probablemente era el mismo discurso- con los socialismos radicales, pero cada vez más clara, no tanto como un problema de voluntades sino como expresión del desarrollo de una dinámica política que poco a poco iba generando las condiciones para que los elementos comunes se vayan clarificando nítidamente.

De las primeras escuelas de Adiego Francia, al Toachi, a la fundación de partidos insurreccionalistas, a la constitución de núcleos que no admitieron la "crítica de las armas", a los primeros contactos con la guerrilla colombiana (Entrevista 1), hay más de 15 años que formaron una vertiente de pensamiento con matrices distintas, una militancia constituida en ese tipo de cultura política, que tuvo oportunidades de relacionarse internacionalmente con fuerzas afines, de modo que la diferencia existiría. El punto de origen es, como en los otros casos, la ruptura de principios del sesenta, aunque el proceso de constitución de una identidad propia haya tomado mucho más tiempo que a las otras vertientes de la izquierda marxista, no sólo por razones ideológicas sino operativas.

La posibilidad de identificar esta cuarta corriente, que no asume identidades propias sino hasta la segunda mitad de la década del setenta,

pasa por la observación de algunos hechos en la década anterior, varios de ellos ya señalados:

- Un eje político general que atravesaba la ruptura del discurso marxista en referencia a la lucha armada.

- Una articulación orgánica directa con centros de reproducción política, que en los años sesenta apoyaron ideológicamente y logísticamente proyectos de insurgencias.

- Una cultura política que insistía en el elemento militar de la capacitación política de los activistas.

- Varios proyectos de unidad de acción entre distintas organizaciones alrededor de la violencia política.

- La existencia de un activismo, y de una dirigencia, internalizada en las prácticas de participación violenta.

## CONCLUSION

El tema central de todo el proceso de los años sesenta es el de la revolución, el mismo que atraviesa no solamente el debate, la ruptura discursiva y la reformulación de los planteamientos de los partidos políticos, así como su propia diferenciación, sino también el clima intelectual de la época, cuyos actores estuvieron de una u otra manera involucrados en este proceso en toda América latina. Efectivamente, en torno a los paradigmas que se discutían, cuya utilidad práctica consistía en determinar cuáles eran las características estructurales de las formaciones sociales latinoamericanas, a la necesidad de la ruptura revolucionaria, el debate académico llega a las teorías del subdesarrollo y de la dependencia, antecedentes necesarios e inevitables de la actual producción teórica del continente (Sonntag, 1988; Lechner, 1986).

La diferenciación de la izquierda marxista en los sesenta significó la creación e integración de nuevos actores partidarios a su espectro, como los maoísmos y los socialismos radicalizados, así como también nuevas modalidades de participación política para-legales e institucionales.

El discurso de la lucha armada si bien engendró fundamentalmente una nueva retórica, dio origen por otra parte a una tradición de violencia política izquierdista, minúscula cierto, pero potencialmente creciente.

El fenómeno de ampliación e integración del espacio marxista es observable no solamente por la serie de escisiones y disidencias que

terminarían constituyendo los nuevos grupos y partidos sino por la formulación de nuevos enunciados, de un discurso que se desarrollaba en tópicos distintos y que transformó, además, los códigos y el lenguaje de antes de 1959.

Un elemento adyacente es que la izquierda marxista pasó de referentes bipolares (socialismo y comunismo) a una multiplicidad de posibilidades de interpretación de la teoría política. En cierto sentido hubo una suerte de "apertura intelectual", un tránsito de un marxismo dogmatizado hacia cauces novedosos, aunque es necesario advertir que fue una búsqueda de ejes globalizadores, totalizantes, prácticamente nuevos dogmas, puesto que la apertura teórica y discursiva estuvo condicionada a objetivos predeterminados por el deber ser.

Hay un proceso subsecuente de revalorización de lo político, en tanto la reformulación de nuevos discursos suponen la temática de la revolución como elemento central. Las enunciaciones conducentes a este objetivo se imponen por encima de las consideraciones teóricas, las mismas que son adaptadas para servirlo. Códigos de representación que priorizan las actitudes y que aluden a pulsiones emotivas, fundamentan los discursos rupturistas. Cabe anotar, al respecto, que esta puede ser una explicación del porqué los socialismos radicales hayan fundamentado su ruptura prácticamente sin necesidad de documentación o para que los maoístas hayan asumido las tesis chinas sin corrección.

La diferenciación de la izquierda marxista durante los años sesenta porta las identidades discursivas básicas que constituyen los actores de esta corriente, es decir los elementos propios que cada tendencia elabora en sus enunciaciones y que los distingue de las otras a propósito de las percepciones que usan para justificar las otras prácticas políticas. Los ejes del debate constituidos en este momento, si bien constantemente reelaborados, mantienen vigencia hasta fines de los ochenta y siguen siendo susceptibles de concebirse como instrumentos de interpretación de las otras prácticas que conforman el universo de las condiciones de producción del discurso.

Es decir que el discurso que le es específico a cada una de las vertientes que se han distinguido revela un conjunto de prácticas específicas que también las identifica, no sólo en su intención respecto del sistema político, sino en el proceso mismo de constitución de su discurso que expresa también una memoria colectiva e histórica, una cultura política y una visión del mundo discernible, aunque sea en matices, del

resto de las otras vertientes. De modo que el discurso como práctica singular evidencia la totalidad social en la que se genera y reproduce. Así, el discurso del Partido Comunista es distinguible de aquel que portan los maoístas o los socialistas radicales no sólo en sus enunciadados, sino que ellos mismos dan cuenta de las contradicciones internas de esa organización, de su inserción en el sistema político, y de las diferencias y conflictos librados al interior de la propia izquierda marxista y de los debates con las otras corrientes.

## CAPITULO IV

### LOS REFERENTES DE LA DIFERENCIACION DE LA IZQUIERDA MARXISTA PARTIDARIA. LOS PUNTOS DE ESCISION.

#### INTRODUCCION

Como se plantea en el primer capítulo de este trabajo alrededor de las enunciaci3nes del discurso pueden discernirse las condiciones en que éste fue producido y los procesos en los que adquiere sentido. El discurso puede expresar, por tanto, las relaciones de poder y la forma como los hombres sistematizan la realidad y como transmiten ese conocimiento.

El seguimiento analítico de las transformaciones producidas en el discurso de la izquierda marxista, de las diferencias e identidades discursivas entre los distintos grupos, es un dispositivo válido para advertir la dinámica en la que estos hechos sucedieron. Siendo el discurso por sí mismo una práctica social, no sólo el reflejo de las demás prácticas, un tema específico, en este caso el conjunto de proposiciones ideológicas de los partidos marxistas respecto de su interrelación con la sociedad, puede revelar el contexto en el que fue producido. El discurso no evidencia únicamente las situaciones que le dan origen, vinculadas a los actos de comunicaci3n, sino que organiza sobre una serie de supuestos culturales e ideológicos que transmiten, la historia de la colectividad donde opera (Poloniato y Rodríguez, 1987: 7 y ss).

Así, esa lectura se hará sobre materiales oficiales y textos fundamentales en las distintas corrientes. En primer lugar se examinarán las distintas visiones que sobre la estructura de la formación social -relaciones de producción dominantes- tienen estas vertientes; esto es importante porque de dicha caracterización la izquierda marxista de los sesenta infiere los actores políticos, que en su visión son las clases fundamentales: en una formación social de características predominantemente capitalistas, la contradicción política básica sería otorgada a la burguesía y al proletariado, por ejemplo, mientras que si hubiesen encontrado grandes proporciones de feudalismo, los terratenientes eran un contradictor de su política y una fracción burguesa adquiriría un rol democrático. Estos elementos fundamentan la táctica y estrategia de los partidos y, por lo tanto el tipo de práctica política que priorizaban en ese momento.

Un elemento central de estas definiciones es el atinente a las formas de lucha, y dentro de ello, a la definición que respecto de la participación política violenta asumen las distintas vertientes, cuya inferencia es el resultado discursivo de un análisis previo de las condiciones materiales de la formación social. Es a partir de estos ejes donde se encuentran las diferencias entre las distintas vertientes, las mismas que, contextualizadas al momento histórico y a la dinámica específica de cada uno de los partidos, así como pensadas en el marco de un proceso general similar en América Latina, dan cuenta de un proceso que trasciende en el análisis los límites del contenido que portan los enunciados, para configurar un sistema complejo de relaciones que podrían explicar el proceso político de la izquierda pensado como una totalidad.

Ahora bien, el discurso político en tanto implica una estructura interrelativa que intenta articular distintas expectativas y fuerzas sociales alrededor de una propuesta de hegemonía organizando sentidos emanados de varios polos estructurales, no es único. De hecho un mismo actor puede suscribir distintos discursos dirigidos a diversas clases o grupos sociales o diversas expectativas, cosa que ocurre con la izquierda marxista ecuatoriana. Estas consideraciones han vuelto necesario que en el presente trabajo los cortes analíticos aludan a elementos comunes de los distintos discursos de los partidos, y que se use además para el caso el mismo lenguaje -similar estructura simbólica- que ha internalizado la cultura política de la izquierda marxista: caracterización de la formación social, las fuerzas de la revolución y las de la contrarrevolución; el

carácter de la revolución; la sociedad que se persigue; y las formas de lucha así como el tipo de partido necesario.

El momento central del análisis es el de la diferenciación de las vertientes de la izquierda marxista que, como se ha argumentado, serían tres: la comunista, la maoísta y la socialista radical. Es difícil, para el escenario histórico en que se sitúa el primer momento de ruptura del discurso, concebir como plenamente constituida a una corriente subversiva violentista, si bien los elementos que le dan origen ya están presentes en todas las tendencias, pero particularmente en la socialista radical.

En la medida que el discurso partidario está orientado a generar adhesiones en las fuerzas sociales a las que convoca, y de acuerdo a los supuestos teóricos expuestos en el primer capítulo, para este caso particular, el discurso supone por sí mismo una acción, por ello, además, se ha escogido solamente textos partidarios, a pesar de que el pensamiento político de la izquierda y sus vertientes permea a otras esferas de la sociedad.

De esta forma, los textos del Partido Comunista darán cuenta de esa tendencia; los del Partido Comunista Marxista Leninista, del maoísmo. La línea, si bien fue concluida en marzo de 1970, se elaboró sobre una serie de documentos previos redactados durante la ruptura, muy difíciles de conseguir.

De la tendencia de los socialismos radicales se ha escogido al Movimiento de Izquierda Revolucionaria surgido en 1965, porque el proceso de su constitución y fundación es análogo al de muchas organizaciones parecidas en América Latina, así como porque en esa organización es más fácil distinguir las influencias generales de la época, además porque su seguimiento en las décadas posteriores podría servir para establecer comportamientos generalizables en toda esta vertiente. Esto no quiere decir que esa haya sido la organización más numerosa, ni la más representativa, cosa que probablemente sí fue el PSRE, organización que también será estudiada, pero que por estar atravesada por una serie de elementos heterogéneos desde su desprendimiento del viejo socialismo, y por tener un comportamiento histórico "atípico" desde el punto de vista de esta clasificación, su discurso estaría condicionado en mayor medida a la coyuntura.

Este análisis enfatizará los distintos elementos que constituyen el discurso, a fin de contextualizar el momento en que fueron producidos y de identificar básicamente los enunciados que forman a cada una de

las tres tendencias, que es el objetivo central del trabajo. No es, desde esta perspectiva aualística, necesario hacer una lectura semántica de dicho discurso, ni tampoco la indagación de los elementos de corte simbólico. Sin embargo es preciso señalar que el discurso es el resultado de procesos de interualización de perspectivas míticas que pueden o no ser valoradas, pues en el propio marxismo algunos dogmas asumián la forma de "mitos", con una función interpelativa que cumplir (Heller y Ferenc, 1985).

Para cumplir estos propósitos el discurso marxista será leído en relación a la caracterización de la formación social, lo cual aparece en los documentos remitiéndose al análisis de las relaciones productivas dominantes en el Ecuador, según los partidos de la izquierda marxista. Aquí se encuentran las primeras diferencias y el debate se levanta sobre el grado de desarrollo capitalista y el peso de lo que se llamaban "rezagos feudales", elementos centrales en la percepción partidista para definir una estrategia de "revolución socialista" o una fase intermedia de "transformaciones democrático burguesas". Estas son las premisas que sirven de fundamento a los partidos y vertientes para definir los actores políticos. En términos esquemáticos: el campo popular revolucionario y el campo de la explotación. La segunda fase de este capítulo tratará, pues, de las diferencias que en el proceso enunciativo se observan entre las tres corrientes estudiadas a propósito de cómo evalúan al proletariado, a la burguesía, al campesinado, etc, y el rol político que se atribuye a cada uno de estos agentes percibidos desde la concepción marxista.

Finalmente, la dimensión de las expectativas, las reflexiones sobre la estructura y sobre las clases sociales encuentran un punto de condensación, que además es central no sólo para entender la diferenciación, sino la condición ideológica de la época en la izquierda partidaria, y es el problema de la lucha armada, que en el fondo de los debates articula todas las diferencias discursivas y programáticas, así como las contradicciones históricas y cotidianas, cuestión que se observa en el discurso como elemento del que parece desprenderse el conjunto de prácticas políticas de las organizaciones y la percepción que cada una de las corrientes tiene respecto de las otras.

Cada uno de estos elementos será tratado en forma histórica desde el apareamiento de estas contradicciones y su catalización en el Ecuador, sobre la base de un proceso exterior: Cuba, como se ha afirmado en los capítulos precedentes, hasta completar el proceso de diferenciación

casi diez años más tarde, a través de un seguimiento de las modificaciones y contradicciones de los enunciados del discurso seguidos en documentos y fuentes originales en cada una de las vertientes.

## **LA CARACTERIZACION DE LA SOCIEDAD**

Un enunciado inevitable que es previo a la definición de las condiciones sociales en el discurso marxista partidario es la caracterización del escenario internacional. Al respecto hay que admitir que el pensamiento político del marxismo, prácticamente desde su fundación, ha concebido los procesos políticos nacionales como elementos de un contexto mucho más amplio, un escenario mundial. Buena parte de la tradición marxista y de las divergencias de escuelas interpretativas ha surgido como el resultado de análisis de contextos globales. El propio Marx es protagonista de procesos de esta naturaleza: sus rencillas con Bakunin o Proudhon, pasan por debatir las condiciones del sistema político mundial. La II Internacional y la propia revolución bolchevique son otros tantos ejemplos en donde las distintas versiones del marxismo se definen a partir de este tipo de caracterizaciones.

En el Ecuador, el punto central de la ruptura de 1931 entre socialistas y comunistas es el que hacía relación a la afiliación o no a la III Internacional, hecho que remitía a la caracterización de la Unión Soviética como Estado socialista, pero además de los partidos que así se proclamaban de la Europa Occidental, bien como socialistas o como burgueses.

Este tipo de consideraciones forman parte vital de lo que podrá ser una cultura política marxista. La acción y el discurso de todas las organizaciones siempre tienen una amplia ventana mirando hacia afuera, puesto que el internacionalismo es una de las premisas de la teoría y de la política marxista; las clases sociales, si bien se reproducen en contextos nacionales, pensadas por el marxismo desde su origen económico y no ideológico o cultural, son por principio transnacionales, y son -en la teoría clásica- también actores políticos.

Este punto es relevante al hecho de que el marxismo militante legitima en su visión de la sociedad, la posibilidad de existencia de partidos internacionales porque las condiciones materiales del capitalismo generan relaciones de producción y sistemas de dominación que también son internacionales, puesto que provendrían y generarían rela-

ciones entre clases que, a pesar de los distintos espacios geográficos y culturales, existen por encima de esas diferencias debido a causas que hacen relación a la base económica, a la estructura de la sociedad.

Estas premisas orientaron el desarrollo del Partido Comunista Ecuatoriano. Desde su adscripción a la Comintern, la política exterior soviética, aún luego de la disolución de este organismo, fue también la posición política del PC, al igual que la de la inmensa mayoría de organizaciones hermanas en América Latina. No es insólito, entonces, que una ruptura en la cúspide del movimiento internacional comunista haya afectado a las filiales de los países periféricos; tampoco es extraño el hecho de que la apelación hecha por Cuba a la solidaridad del bloque socialista, ante la política de cerco y boicot de los Estados Unidos, haya internalizado dicho proceso en el seno del movimiento marxista.

En uno de los primeros documentos de evaluación de la Revolución Cubana, el Partido Comunista Ecuatoriano adhiere a ese proceso formulando un discurso levantado en categorías políticas que pocos años más tarde sus propias disidencias y contradictores, desde el mismo espacio de la izquierda partidista, erigirían en su contra: "La Revolución Cubana ha destruido el mito del fatalismo geográfico, que sostenía que los pueblos latinoamericanos no podíamos vencer al imperialismo yanqui...el armamento del pueblo, son ejemplos y orientaciones que las masas ecuatorianas asimilan y que marcan el camino de la salida revolucionaria de la crisis en que nos debatimos" (1). Para ese entonces la percepción que tenía el PC-Ecuatoriano del escenario mundial era bipolar y maniquea, de alguna manera una consecuencia inevitable del conflicto ideológico durante los años de la Guerra Fría: de un lado la Unión Soviética, liderando el bloque socialista cuyos intereses eran comunes con los de las naciones colonizadas y en procesos de liberación nacional; y de otro, los Estados Unidos, la representación más genuina de los intereses imperialistas que se confundían con los de las oligarquías, en el caso ecuatoriano con los sectores tradicionales de la economía.

Un elemento especial constituían las naciones que desarrollaban procesos anticoloniales, que bajo las predicciones de este tipo de análisis tenían un futuro no capitalista.

El PCE adhería abiertamente cualquier declaración que se formulara en la URSS. Sustentaba, entonces, que la superioridad del mundo socialista era inminente, que esa generación soviética viviría el comunismo, que el ritmo de crecimiento industrial del campo socialista

superaría en pocos años al capitalista y que la cooperación socialista devedría en unidad política. (2)

Un elemento interesante es que, siendo el VII Congreso del PC, reivindicado por los maoístas como aquel en el que impusieron su posición, en el análisis de la situación internacional no se menciona a China ni a Mao, y la solidaridad con la URSS tiene la incondicionalidad de siempre.

La Revolución Cubana se convirtió, aparte de la Unión Soviética, en el *Leiv Motiv* de las posiciones internacionales del PC a partir de 1959; el acercamiento que se hace de este proceso es, sin embargo relativo a las contradicciones que ya se desarrollaban en su seno. Efectivamente, en 1960 el modelo cubano aparecía amoldándose a las características que la idea del progreso comunista veía en sus sociedades: Reforma Agraria, defensa de los intereses populares, industrialización, eran virtudes que el PC descubría en esa época y que coincidían perfectamente con los propios objetivos que se planteaban para el Ecuador. (3)

La Cuba de los años posteriores significó un gran impulso para las llamadas luchas de liberación de los pueblos latinoamericanos y sobre todo a partir de la conferencia de PCs Latinoamericanos de diciembre de 1955, sería apoyada oficialmente en un discurso que asimilaba al campo socialista y a la Unión Soviética.

Aparte del señalamiento de ejemplaridad, y de constatar que un país latinoamericano podía mantener políticas contradictorias con los Estados Unidos, para el PC la revolución cubana no fue, al menos directamente, un referente que obligue a cambiar el discurso, cosa que sí acontecería con las otras vertientes. Documentos posteriores analizan al proceso cubano asimilándolo como una demostración de la línea del PC. Esto, como hemos visto, afectó muchísimo más al comunismo. El peso otorgado a la revolución cubana se traslada al análisis de la situación internacional y no se reconoce explícitamente la influencia de la imagen cubana de las diferentes escisiones sufridas a partir de ese hecho histórico concreto.

Es notable, además, observar en la descripción comunista la reiteración en la adhesión a la Unión Soviética. En el proceso de enunciación se otorga un rango superior -sino hegemónico- a la información proveniente de esa nación. De hecho en la documentación oficial de resoluciones del Comité Central y de los congresos, las referencias personales a los líderes soviéticos son mayores que las hechas a los cubanos. De

otro lado, si se compara con la literatura de las otras vertientes, el impacto simbólico de algunas de las imágenes heroicas de la Revolución Cubana, por ejemplo Ernesto Guevara, Fidel Castro, Camilo Cienfuegos, no es suficiente para permear las declaraciones políticas cuya forma aulática no asimila influencias metafóricas o alude a las actitudes. De hecho, la figura del Secretariado General, Pedro Saad, y de un Comité Central adicto a él, parecen invadir la redacción.

Ninguna discrepancia en términos de política internacional se advierte en el discurso del PC, pero el ocultamiento de hechos evidentes, que se hace simplemente sin mencionarlos, tales como la ruptura sino-soviética, demostraría -por suposición contraria- que las contradicciones partidarias eran francamente profundas.

En ese contexto mundial maniqueo, la formación social ecuatoriana es descrita en términos muy parecidos a aquellos que definió el VI Congreso de la III Internacional de 1928, percepción teórica que fundamenta la línea del PC hasta el año de 1978:

"Los países coloniales y semicoloniales (China, India, etc.) y los países dependientes con gérmenes de industria y, a veces, con un desarrollo industrial considerable, insuficiente, sin embargo para la edificación socialista independiente; con predominio de las relaciones feudales medievales o relaciones de modo asiático de producción, lo mismo en la economía del país que en su superestructura política finalmente, con la concentración en manos de los grupos imperialistas extranjeros de las empresas industriales, comerciales y bancarias más importantes, de los medios de transporte fundamentales, latifundios y plantaciones, etc. En estos países adquiere una importancia central la lucha contra el feudalismo, las formas precapitalistas de explotación y el desarrollo consecuente de la revolución agraria, por un lado, y la lucha contra el imperialismo extranjero, por otro". (Saad, T. IV: 264)

Un comentario hecho por Pedro Saad a esta cita evidencia claramente el nivel de influencia de aquellos análisis sobre el PC. Es decir, la Internacional Comunista definía las características de la revolución en estos países como una revolución agraria-antiimperialista, nacional libertadora. El PC, siguiendo esa vieja matriz de razonamiento, definía al Ecuador como una sociedad dominada por el imperialismo estadounidense, no sólo en términos económicos, sino políticos, a lo cual debía añadirse su status de nación agredida pues el PC responsabilizaba a los Estados Unidos de la pérdida territorial en la guerra de 1941 con el Perú. (4)

Otro de los planteamientos de 1961 era la existencia de enormes rezagos feudales, características "dignas de la Edad Media" (Saad, T. IV: 263), sobre todo en el campo.

Finalmente, la forma del régimen político era definida por la falta de democracia. En una frase, existían condiciones para una revolución nacional-libertadora. "Ese es el tipo de revolución que el Ecuador requiere. Pero no sólo el Ecuador: es el tipo de revolución de todos los pueblos *coloniales y dependientes*" (Ibid, 265). El VII Congreso del PC reafirmará totalmente esta caracterización en el año de 1963 (5), y en 1966 el Pleno del Comité Central ratificará estas concepciones.

De la misma manera que en el tratamiento de la problemática internacional, el PC no evidencia sus contradicciones en los documentos oficiales. Apenas una leve referencia a la fracción de Echeverría, calificada de ultraizquierdista y divisionista, da cuenta del proceso de escisión maoísta; y ninguna mención a los grupos que se integran a las vertientes socialistas radicales.

El PCMLE, por su parte rescata explícitamente la línea adoptada por el Partido Comunista en su VII Congreso, pero lo interesante es que ese rescate clarifica los puntos de diferencia que finalmente pesaban, pues la línea del PC no varía sustancialmente desde 1957, y como hemos observado, desde el análisis de la propia III Internacional que fuera discutido en su momento por Ricardo Paredes en el VI Congreso (Páez, 1986). Es decir tanto la caracterización de la formación social ecuatoriana, cuanto las tareas de la revolución pretendida, no habrían sido los puntos de ruptura. El énfasis de aquel proceso está dado en las actitudes: asumir la revolución como un hecho inmediato, y la vía armada, lo cual no implica introducir otros elementos tales como la locación del poder dentro del partido, el manejo de los recursos, el acceso a las redes partidarias, etc.; lo que trasladaría el punto del análisis a las condiciones de reproducción del sistema político ecuatoriano, y a la introducción de elementos para pensar temas como cultura política y forma de régimen (Menéndez-Carrión, 1987; 1988).

Otro hecho definitivo en la diferenciación de la vertiente maoísta fue la adhesión a la política del Partido Comunista Chino en la gran ruptura con el PCUS. De hecho el marco teórico de su acción política tomó el nombre de "Marxismo-Leninismo-Pensamiento de Mao Tse Tung". La Unión Soviética se convirtió en un estado "revisionista" como paso previo a la calificación de "social-imperialista" y "hegemonista",

y la versión maniquea del PC fue reestructurada con la inclusión de la URSS en el lado oscuro (PCMLE, 1970: 112 y ss).

La nueva vertiente identifica los intereses internacionales de la Unión Soviética con los del PC y los describe como "apéndices de las clases dominantes y sirvientes del imperialismo y los reaccionarios". La política soviética se distinguiría desde entonces por sus esfuerzos por sofocar la revolución en todo el mundo.

Estos son elementos nuevos que no aparecieron en los documentos del VII Congreso del PC, el que más bien, con el apoyo de esta corriente menciona a la Unión Soviética en su papel de vanguardia de la revolución mundial.

La Revolución Cubana, que fuera intensamente apoyada por los maoístas, y de cuya importancia en la definición de la corriente fraccional hay evidencia documental, es repudiada también, sobre todo a partir de la "Tricontinental", y de la identificación de Cuba con la Unión Soviética y los PC:

"Pero ya desde 1961, los dirigentes cubanos comenzaron a ceder ante la política revisionista de Jrushov y, posteriormente, unidos con los viejos revisionistas cubanos en un solo partido se entregaron en manos del revisionismo soviético, se solidarizaron con la política de los partidos revisionistas latinoamericanos a los cuales habían combatido en el pasado y comenzaron a frenar el desarrollo de la revolución cubana a la cual finalmente han estancado y hecho retroceder traicionando los intereses del pueblo cubano" (PCMLE, 1970:136).

Este rompimiento supone, también, la separación definitiva de aguas con los otros grupos izquierdistas que se solidarizaban con Cuba. Los principales puntos de contradicción, aparte de aquellos que menciona el papel revolucionario o no de la isla, son concepciones aventureristas y trotskistas -antipartido leninista- que se habrían desprendido hacia los émulos del proceso cubano.

Esta posición política, adicta a la China, supone la creación de redes y lazos orgánicos con el PCCh, el viaje de decenas de cuadros partidarios a ese país, y la inclusión en una suerte de internacional maoísta.

Por supuesto, las tesis sobre la formación social ecuatoriana, cambiaron en su forma de aquellas que habían sido pensadas en el viejo PC y asumieron una imagen más oriental: idéntica a las que Mao formulara en la década del 20 para su propio país. El Ecuador es caracterizado como una sociedad en donde el capitalismo ha tenido un

desarrollo relativo, con rezagos precapitalistas determinantes que permiten calificarlo como "semifeudal". La clase obrera industrial es poco numerosa y el campesinado se reproduce en instituciones de trabajo gratuito, semigratuito y de "usura" (Ibid: 10 y ss).

De otro lado la sociedad ecuatoriana habría sido "semicolonial" por la penetración del capital extranjero desde fines de la Colonia y el norteamericano, especialmente, desde comienzos del siglo XX; se habría impulsado el crecimiento desmesurado de una burguesía comercial que frena el desarrollo del país. Problemas como los del monocultivo, los programas de asistencia, etc, serían la base para demostrar una penetración que controlaría también el sistema político, incluso los partidos. La presencia imperialista llegaría a todos los niveles, lo educativo y cultural, hasta los boy scouts y el Club de Leones habrían sido pruebas de esta caracterización que se definía como "neocolonial", curiosamente hasta 1978, año en que la línea es reformulada.

Los socialismos radicales ecuatorianos, en cambio, admitían a Cuba como el referente internacional principal. Al igual que la mayoría de organizaciones similares en América Latina, la ruptura sino-soviética no fue vista como un problema central, y a pesar de la importancia que tuvo para los PC, los elementos que se desprendieron de ellos no llegaron a cuestionar necesariamente la política de los países extracontinentales. El problema fue de actitudes y de asimilación de las imágenes, de la recuperación y creación de símbolos. Cuba fue el entorno en que una corriente heterodoxa a la que no importaba fundamentalmente el debate internacional encontró los signos que necesitaba para la justificación de la acción directa, entre otras cosas porque la reflexión del marxismo de los viejos socialismos y comunismos, eludía precisamente el contacto con las realidades.

La experiencia cubana habría galvanizado los intereses de una generación de latinoamericanos, y supuso la participación de sectores medios en los objetivos de la izquierda, en fin, la apertura de espacios distintos a los Partidos Marxistas (Rama, 1976: 123).

En términos internacionales la revolución cubana habría vuelto, dentro de esta corriente, los ojos hacia América Latina, desprendiendo -precisamente- del punto de mira de los partidos izquierdistas al contexto mundial y sobre todo a la Unión Soviética, y a la percepción de la presencia norteamericana en América Latina, filtrada con los condicionantes de la Guerra Fría. El antagonismo fue concebido desde entonces,

con los intereses nacionales del subcontinente y no -como antes- con las fuerzas de la revolución a nivel mundial, cuyo adalid era la URSS.

No hay, por tanto, en estos grupos -como en la Cuba de los primeros años- una necesidad concreta que justifique el reconocimiento o la condena de la Unión Soviética o de China, lo que sí existe es una fuerte ligazón hacia Cuba, que por otra parte desarrolla una política de apertura indiscriminada hacia los grupos radicales, sin llegar a diseñar políticas hegemónicas, al menos en lo que a programa o línea política hace relación.

Estos elementos generales se reproducen también en el Ecuador. De acuerdo a los testimonios, la valoración de la experiencia caribeña impacta en el sistema de representaciones del activismo de izquierda, por su contenido latinoamericanista y por la inminencia de la acción política revolucionaria. Hay que anotar, sin embargo, que buena parte de los cuadros que formaron los socialismos radicales dejando el PC pertenecían a la juventud. En realidad eran adolescentes; no ocurre lo mismo con el ala del Socialismo -PSRE- que se escinde con dirigentes nacionales del viejo partido, muchos de los cuales incluso tuvieron representación en instancias de toma de decisión del Estado, mientras que otros fueron dirigentes nacionales y regionales de organizaciones gremiales. En este caso, si bien la adhesión a todas las implicaciones discursivas del castrismo y el guevarismo es igualmente incondicional, existe una elaboración teórica previa al proceso cubano que llega a plantear con claridad tesis que serán discutidas veinte años después. El documento de Manuel Agustín Aguirre, que reproduce un discurso conmemorativo el 1ro. de Mayo de 1952, reeditado varias veces -incluso en los ochenta-, plantea con claridad las diferencias con las versiones comunistas y muestra una base discursiva sobre la que se asentarían los socialismos radicales, si bien, como se ha anotado, el problema de las divergencias se planteaba sobre todo al nivel de las actitudes y representaciones:

"No podemos afirmar que la Sierra sea únicamente feudal sin cometer un gran error; pues, sin contar con la penetración capitalista que significan las empresas más o menos mecanizadas, donde predomina el salario, tenemos que los mismos latifundios de características feudales, no constituyen economías cerradas y de autoconsumo, sino que dependen del mercado y de los precios, ya que no se produce para consumir, característica estrictamente feudal, sino para vender. No se producen valores de uso sino mercancías. Aún la pequeña propiedad, el minifundio, donde

prevalece la economía natural, autoconsumo, está dependiendo del mercado donde se cambian los escasos productos por otros indispensables para la subsistencia del productor" (Aguirre, Sf: 13).

El enfoque que hace Aguirre de la sociedad produce la definición de "Capitalismo Neocolonial", concepción que es asumida por el MIR también por ejemplo, organización que la mantiene hasta el año de 1982. El propio PSRE, y otras organizaciones de la radicalidad socialista matizarían en el futuro dicha noción con el adjetivo "dependiente", pero lo que se describe en realidad es la relación del Ecuador con los Estados Unidos.

Hay una constante a lo largo de las distintas visiones acerca de la sociedad de la izquierda marxista, que es el nexo entre el deber ser sugerido y el análisis, y es la transmisión automática de las características de la sociedad al Estado. Este tipo de acercamiento, además, considera al sistema político como un epifenómeno de la estructura, a partir de la afirmación clásica de Lenin que plantea que el Estado es la máquina de opresión de una clase sobre otra, apreciación que refleja una correspondencia automática entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción como determinaciones unívocas de la superestructura política, lo cual supone el otorgamiento de roles políticos implícitos a las clases, como reflejo de la base económica, concepción que no agota las propias premisas del pensamiento marxista y que ofrece un esquema reducido y estructuralista de la política (Laclau, 1981).

El "leninismo" fue uno de los paradigmas que no llegaron a cuestionarse jamás en la ruptura: sin embargo, la década del sesenta no fue todavía el escenario temporal en que las distintas organizaciones asumieron el debate del marxismo con los clásicos en la mano citándolos a la usanza escolástica. Ese estilo de producción política se daría sobre todo en los años setenta, lo que no quiere decir que, sobre todo en la dinámica de ruptura entre el PC y su fracción maoísta, buena parte de la discusión haya girado alrededor de la preservación de la pureza del pensamiento comunista y de los teóricos reconocidos oficialmente.

La izquierda socialista radical también se proclamaría leninista, pero siendo la suya una visión que delimitaba el escenario en América Latina prefirió llamarse "Guevarista", y se abrió a toda suerte de influencias, no todas ortodoxas, como el propio pensamiento de Ernesto Guevara, de quien sobre todo se recuperarían sus textos sobre la guerra de guerrillas: una carta al seminario *Marcha* uruguayo que se volvería

famosa con el título "El hombre y el Socialismo en Cuba", el "Mensaje a la Tricontinental" y los "Pasajes de la Guerra Revolucionaria" (6).

El MIR, por ejemplo, en aquellos años publicó materiales de autores tan diversos como contradictorios: Henri Lefevre, Ernesto Guevara, Ernest Mandel, Jean Paul Sartre, Herbert Marcuse, Camilo Torres, Mario Vargas Llosa (MIR, 1967; entrevistas).

Pero la declaración de guevarismo suponía también la admisión de las tesis que no otorgaba importancia determinante a la supuesta "feudalidad" del continente. En realidad el problema era la revolución y para que ella no sea caricatura, en palabras de Guevara, tenía que ser "socialista", aserto que se veía respaldado políticamente por la llamada "Segunda Declaración de la Habana", documento en que Fidel Castro hace un análisis de América Latina y que fundamenta las posiciones de los grupos a la izquierda de los PC, llamando abiertamente a la insurrección violenta por el socialismo.

Las consideraciones que los partidos marxistas ecuatorianos elaboraron sobre la formación social estuvieron, también, atravesados por las influencias de carácter externo. En realidad son una muestra más de un proceso político que cubrió a toda América Latina. En esta perspectiva, la diferencia en los análisis revela la construcción de proyectos políticos distintos con referentes que superaban las fronteras, pero esas caracterizaciones tenían por lo menos una segunda lectura e implicaciones más profundas: de la caracterización de la sociedad se desprendían los sujetos sociales de la revolución y sobre todo la vía que ésta asumiría, que parece ser en realidad el tema dominante y la piedra de toque de todas las rupturas. La vía revolucionaria, que tuvo que ser justificada programáticamente por los partidos, de otro lado fue el nexo, la continuidad, entre la tradición histórica y discursiva de la izquierda, con un entorno que planteó definiciones alrededor de las actitudes. El discurso político parece haberse configurado como función de esta exigencia.

## **LOS SUJETOS DEL PROCESO DE TRANSFORMACION**

La separación antagónica de las fuerzas sociales, en donde los matices apenas si tienen cabida, es otra de las constantes de la visión de los discursos partidarios marxistas de la época. La revolución agrupaba sus fuerzas de acuerdo a indicadores estructurales, y la reacción se constituía de la misma manera.

Para el Partido Comunista, con un Ecuador dependiente del imperialismo y en medio de grandes rezagos feudales, existían: (Saad, T. IV: 274)

- Una gran burguesía, vinculada al imperialismo que es su intermediaria.

- Una burguesía media y altas capas de la pequeña burguesía cuyos intereses podrían chocar con los del imperialismo y eventualmente identificarse con los del bloque revolucionario, lo que podría llamarse una burguesía nacional.

- Una pequeña burguesía urbana.

- Una clase terrateniente feudal, políticamente retrógrada, funcional a los intereses de la gran burguesía y aliada estratégica del imperialismo.

- Una pequeña burguesía urbana, que a pesar de ser vacilante, en el contexto de la alianza de las fuerzas populares, puede integrarse a ellas y adquirir dimensiones revolucionarias.

- El campesinado, que comparte los intereses estratégicos de la clase obrera y que es la fuerza más numerosa de la sociedad.

- El proletariado, fuerza motriz del proceso revolucionario, clase dirigente, cuyo papel político -definido por el lugar que ocupa en la producción según la teoría clásica- no se determina por su número sino por la capacidad de adquirir conciencia revolucionaria de clase (Saad, 1977: 96).

En el año de 1962 ya en el PC, cuando Pedro Saad define las clases sociales en el Ecuador, hay una referencia a las posiciones que habrían afirmado que los campesinos serían la vanguardia en la revolución nacional liberadora lo que era impulsado por los maoístas. El papel protagónico del proletariado se reafirma por el hecho de que no posee sino su fuerza de trabajo y tampoco posee ligazones extraeconómicas con las clases dominantes. De la misma manera en el VII Congreso se vuelve a discutir esta temática y parece no haber mayor resistencia a admitir la clasificación de la línea oficial. Sin embargo en los documentos de este evento se mencionan corrientes izquierdizantes, así como de derecha, que habrían impedido la consolidación de la política partidaria planteando tesis políticas rebidas con aquellas del Comité Central (Ibid, T. 5: 96).

De otro lado, una vez producida la ruptura, el PCMLE que había previsto una sociedad semifeudal y semicolonial, distingue las siguientes clases sociales en el Ecuador :

- Los terratenientes, que sin embargo de oponerse al desarrollo de las fuerzas productivas, habrían sido siervos del imperialismo.

- La burguesía proimperialista: banqueros, industriales, comerciantes, quienes habrían conformado una estrecha alianza con los terratenientes y los intereses norteamericanos.

- La burguesía nacional, cuyos intereses chocaban con los del imperialismo, concebida como una fuerza intermedia, que no siendo uno de los componentes del campo revolucionario, durante la etapa antifeudal y antimperialista, por sus propios intereses, eventualmente podría plegar a las fuerzas del pueblo.

- La pequeña burguesía urbana: intelectuales, estudiantes, escritores y artistas, maestros profesionales medios, burócratas, artesanos, pequeños comerciantes y choferes. Esta clase habría tenido las determinaciones estructurales necesarias para participar en el proceso revolucionario, sometida a vigilancia por parte de los estratos populares.

- El semiproletariado urbano, que habría estado compuesto por individuos sin estabilidad laboral y en condiciones precarias de reproducción, explotados por el feudalismo y el imperialismo, cuya situación los habría vuelto susceptibles a conductas lumpen y anárquicas, pero que forma parte de las fuerzas de la revolución.

- El campesinado, que a su vez se dividía en campesinos pobres, campesinos medios y campesinos ricos. Su condición de explotados los habría convertido en una fuerza revolucionaria natural.

- El proletariado, clase dirigente del proceso, con un componente fundamental: los asalariados agrícolas.

El PCMLE enfatiza la necesidad de concebir al campesinado como una clase "principal", del mismo que otorga importancia determinante a los asalariados agrícolas. Por otra parte, la razón más abundantemente expuesta por la que el proletariado ecuatoriano no había asumido su rol revolucionario, era por la presencia de la dirección del PC, a la que acusa de desviar sus objetivos.

Si bien el mapa de los estratos sociales del Ecuador no es idéntico en el caso de ambos partidos comunistas, los razonamientos para otorgar funciones políticas a las clases no difieren demasiado, como tampoco las expectativas que otorgan a esos grupos sociales. En realidad ambas concepciones son muy parecidas. Sin embargo, los hechos particulares que atañen a sus contradicciones se evidencian, con virulencia, sobre todo en el PCMLE.

El esquema planteado por ambos partidos, con estos antecedentes, sigue en términos generales siendo el mismo de 1928. La utilización de la teoría marxista en el discurso tiene, por otra parte, un objetivo movilizador. Los datos empíricos que aparecen en los documentos son escasos, y el lenguaje se caracteriza por la utilización de recursos retóricos. La definición de las clases sociales, además, aparece como una consecuencia inevitable de la previa conceptualización de la sociedad ecuatoriana, como una traslación rigurosa del esquema societal que Marx planteara en el *Manifiesto Comunista*.

La corriente socialista radical opera en forma similar en su calificación social del Ecuador. La percepción de la formación social deviene en la formulación de las clases existentes. Ahora bien, esto que aparece en el documento de Aguirre, debe ser relativizado al hecho (en el que ya se insistió) de que para los integrantes de esta tendencia lo fundamental eran las actitudes respecto de los problemas que planteaba el cambio revolucionario. Desde esta perspectiva el uso de categorías teóricas distintas en el discurso político, más que la fundamentación de la acción, habría tenido una función identificatoria frente a las otras tendencias (Entrevistas).

Los escritos de Ernesto Guevara y de Fidel Castro, por ejemplo, insisten en la necesidad inmediata de desarrollar las luchas revolucionarias, pero el carácter de éstas, definido por el análisis de las formaciones sociales, es secundario al hecho de la existencia de objetos significativos en el nivel de las imágenes, pero vagos conceptualmente; básicamente dos elementos: la opresión de las clases dominantes sobre el pueblo, y la prepotencia de la dominación estadounidense sobre América Latina. El "socialismo" mencionado en muchos de los discursos como característica de las revoluciones del continente, no habría tenido que ver con las características de las sociedades sino con la declaración de "socialismo" hecha por Cuba, luego de la presión norteamericana en Bahía de Cochinos.

Esto no quiere decir que la función identificatoria del discurso no haya provocado un fenómeno paralelo conducente a la búsqueda de elementos para definir la sociedad. De hecho las ciencias sociales latinoamericanas deberían parte de su desarrollo actual a la discusión provocada por esta corriente izquierdista (Ribeiro; Rama; Lechner; Sonntag).

El socialismo revolucionario, a través de distintas versiones, planteaba básicamente los postulados de su dirigente Aguirre cuya visión de

la sociedad tiene una explicación historicista: las clases burguesas, incapaces de llevar adelante su misión, la construcción del capitalismo, puesto que son la prolongación de la clase terrateniente, habrían sido las responsables de la construcción de una sociedad capitalista neocolonial. Desde este punto de vista las clases dominantes tendrían dos posibilidades de constitución: burguesía terrateniente, o terratenientes burgueses, una "semiburguesía" orientada hacia los intereses imperialistas (Aguirre, Sf: 11-13).

Los intereses de la burguesía nacional, en la medida que están estructuralmente vinculados tanto a las formas tradicionales y precapitalistas de producción, como por su articulación a los del capitalismo mundial y del imperialismo, no habrían sido una base material que permita pensar que pudiese desempeñar un rol de apoyo a los procesos de cambio de modo de producción; al contrario, las determinaciones de clase les impedirían actuar políticamente.

De igual manera, las "clases medias o pequeña burguesía", se adscribirían al sistema por su situación estructural, pero como el capitalismo en su curso natural las arroja a las filas del proletariado, tendrían sólo en esa medida cabida en las huestes transformadoras, de la misma manera que los sectores inferiores como el lumpen proletariado.

Solamente el proletariado sería la clase revolucionaria, el mismo que asumiendo un rol dirigente, en alianza con el campesinado, llevaría adelante la transformación de la sociedad, no en etapas, hacia el socialismo.

Sobre este mismo problema los dirigentes cubanos, cuyas declaraciones, escritos y discursos se consideraban automáticamente integrados a la línea de los grupos socialistas radiales, habían hecho algunos pronunciamientos. Sin hacer un análisis exhaustivo de la base económica latinoamericana según las premisas marxistas (tanto Guevara como Castro eran más hombres de acción que de teoría), en la Segunda Declaración de la Habana, Fidel Castro distingue para el continente "una industria subdesarrollada con un régimen agrario de carácter feudal", para inmediatamente hablar de "núcleos de combatientes" en abstracto, sin otorgarles dimensión clasista, al mismo tiempo de masa campesinas que por el estado de incultura necesitarían una dirección revolucionaria y política de "la clase obrera y de los intelectuales revolucionarios" (véase que van asimilados), para concluir:

"En las actuales condiciones de América Latina, la burguesía nacional no puede encabezar la lucha antifeudal y antiimperialista. La experiencia demuestra que en nuestras naciones esa clase, aún cuando sus intereses son contradictorios con los del imperialismo yanqui, ha sido incapaz de enfrentarse a éste, paralizada por el miedo a la revolución social y asustada por el clamor de las masas explotadas" (Guevara, 1977: 236).

Estos textos evidencian nuevamente el carácter latinoamericano de los procesos de diferenciación política, y prueban la actitud aperturista, a veces indiscriminada de Cuba, hacia las agrupaciones heterodoxas latinoamericanas. La imagen de la revolución cubana, supuso, por otra parte, implicaciones que atañían directamente a los fundamentos teóricos sobre los que se levantaban los PC, al tiempo que otorgaba cimientos a prácticamente todos los niveles de la expectativa de las disidencias radicales, pues no sólo se transmitió el símbolo de la guerra como posibilidad de participación política de los marxistas, sino que cierta justificación teórica para sostener las discrepancias, fue emitida en un contexto absolutamente favorable para la asimilación de cualquier pronunciamiento ideológico de ruptura, tanto más si éste tenía pretensiones analíticas.

Ahora bien, es observable que la descripción de la realidad y de los actores sociales que hace la izquierda marxista de los años sesenta en el Ecuador, esté atravesada por las necesidades políticas que exija su micro escenario. El problema no se habría definido alrededor de las perspectivas teóricas para comprender y justificar las prácticas políticas, sino todo lo contrario; en este caso el discurso aparece claramente como una de las prácticas, como el resultado de un contexto en que la enunciación cumple un rol diferenciador, como la evidencia de un escenario mucho más grande, por lo menos latinoamericano, que se cruzaba con las contradicciones del entorno inmediato. Es un discurso que sirve para identificar actitudes previas frente a los procesos sociales y al manejo de los recursos políticos. Si, por ejemplo, la militancia del PC de Pichincha y su dirección hubiese estado motivada por el hecho de que a lo mejor las becas y el dinero se manejaban en Guayaquil a pesar de la insignificante fuerza del Partido en esa ciudad; si, por ejemplo, los cuadros de dirección hubiesen sido reelegidos eternamente en un sistema de reproducción política que legitimaba relaciones informales: compadrazgos, fidelidades personales, etc.; si, por ejemplo, esa militancia habría mantenido contradicciones de cotidianeidad con la dirigencia partidaria; es probable que haya sido susceptible a la influencia de

situaciones exógenas que le habrían permitido canalizar sus inquietudes. Entonces el discurso contradictorio no sería simplemente ideología, sino que habría tenido existencia por sí mismo como práctica conducente a la modificación de una realidad, a la par que como expresión de las condiciones sociales del momento en el que fue pensado, pero también como la red de transmisión de un saber histórico y de relaciones de poder que le son paralelas pues, las condiciones de existencia de los PC en América Latina eran parecidas, las contradicciones de la cotidianidad probablemente similares, y con un origen afín, rastreado históricamente como parte del devenir de la humanidad durante este siglo.

## LA VIA DE LA REVOLUCION

Sin lugar a dudas el punto fundamental a partir del cual ocurre la diferenciación izquierdista es lo atinente a la forma que el proceso revolucionario debería tener en el Ecuador. De su definición dependería el tipo de organización que los marxistas construirían, la formación de la militancia, su relación con la sociedad civil y la acción política frente al Estado. De las evidencias recogidas, se desprende que esta discusión fue anterior a la propia división de los partidos y ampliamente conocida por todos los niveles de las organizaciones; de su resolución dependía la estructura orgánica, la composición de las direcciones, el uso de los recursos, las relaciones internacionales, en fin, fue un elemento que condensaba todo el debate, un punto de inflexión del discurso y de las demás prácticas que involucraba la existencia misma de la corriente y toda la historia previa.

Es interesante observar que por ejemplo dentro del Partido Comunista hay varios cambios de posición, que ocurren en forma paralela a las contradicciones internas. En el Partido Socialista, que era una estructura mucho menos homogénea, si bien tuvieron lugar estos hechos, no lograron involucrar a toda la organización que funcionaba de acuerdo a los estímulos de la coyuntura, dispersa en escenarios fragmentados local y regionalmente. A pesar de ello hay una tradición clandestina a lo largo de toda su historia centrada alrededor de los espacios de inclusión, a los que nunca se negó como partido, provocados por las fisuras institucionales del inestable sistema político.

En el año de 1961 la posición del Partido Comunista es sumamente ambigua: mientras por una parte se plantea que la vía de las transformaciones radicales puede ser pacífica, y que los sectores populares así como la clase obrera la prefieren (Saad, Sf: 349), por otra parte se declara que la elección de la forma del proceso corresponde más que a los revolucionarios a las clases dominantes y se deja abierta la perspectiva de que el proyecto de revolución nacional-liberadora ocurra por medios uo pacíficos (7).

El VII Congreso de marzo de 1962, define con claridad la vía de las transformaciones: "la transformación revolucionaria del Ecnador no puede alcanzarse por la vía pacífica, por mucho que lo deseáramos (...) esto no significa, por supuesto, que la transformación revolucionaria pueda ser el resultado de aventuras o de acciones descabelladas sin preparación" (8). Al mismo tiempo el PC resolvía utilizar todas las formas de lucha y declaraba explícitamente su intención de participar en el siguiente proceso electoral, que debió haberse llevado a cabo en 1964.

En septiembre de 1965 el PC ratifica la línea aprobada por el VII Congreso, pero acusa al aventurerismo de los dirigentes maofístas expulsados y a una corriente ultraizquierdista, que habrían intentado malinterpretar las resoluciones, enunciado que es expuesto al mismo tiempo que se criticaba al Partido Comunista Chino, alinéandose con la URSS (9). En 1968 se vuelve a insistir en el camino no pacífico (PCE, Sf: 45), pero a la vez legaliza un partido para la participación electoral la : UDP (que luego se llamará FAD1). El PCMLE asume que una de las causas fundamentales de la división habría sido la idea de los dirigentes acerca del "fatalismo geográfico", la misma que habría pensado que en el Ecuador un proceso revolucionario hacia el socialismo era imposible por la cercanía a los Estados Unidos; eso impedía que se asuman posiciones exigidas por algún activismo, que luego en el nuevo partido hablaba francamente de tomar el poder por la única vía: la insurrección armada popular.

De hecho el escenario mundial post Segunda Guerra Mundial habría dejado a América Latina como una zona de influencia estadounidense, pero la revolución cubana aportó un elemento desequilibrador en la región. Por otra parte, en los años de la Guerra Fría, el sistema mundo habría sufrido algunos riesgos de recomposición y esto se evidencia en un discurso de Jrushov ante los Partidos Comunistas en el que plantea

la apertura de un nuevo frente antiimperialista antes inexistente: Cuba, en el año de 1961; el PCE, que había asumido entusiastamente las tesis de Browder acerca de la validez del sistema representativo occidental, se enfrentó al hecho de la violencia anticomunista, la misma que no fue solo verbal, y a una serie de provocaciones y atentados dirigidos desde el Estado y desde Norteamérica, con un discurso que todavía reivindicaba la paz, y con una estructura orgánica incapaz de enfrentar inmediatamente la violencia en los comienzos de los años 60 (Agee, sf, sl). Siu embargo, ante un clima agresivo en su contra, con la radicalización de la izquierda latinoamericana, y frente a varias corrientes internas que pregonaban la violencia, tuvo que admitir esa posibilidad, lo cual no fue suficiente para controlar las contradicciones existentes en su seno.

Para el PCMLE la guerra y la toma de poder fueron sinónimos. Ambas eran tareas de ese presente; en tanto éste era un objetivo estratégico, todas las tareas del partido de una u otra manera conflúan en esa dirección en el discurso. Este es un problema que aparece extensamente tratado en sus documentos, aunque las tesis teóricas fueran nuevamente una traslación bastante literal del pensamiento de Mao, con algunas referencias a los mandos del ejército norvietnamés. La guerra, siendo esencialmente campesina, tendría que librarse en todo el país, los organismos del partido deberían ser concebidos como unidades de combate; el proceso, que al principio tomará la forma de la guerrilla, debería luego desarrollar zonas liberadoras para cercar las ciudades y preparar la resistencia a la intervención de tropas imperialistas (PCMLE, 1970: 154 y ss). No hay, sin embargo, evidencias de que este proyecto político se haya implementado en zonas rurales ecuatorianas por dicho partido, sin embargo algunos activistas fueron desplazados a China y a Colombia (Donde operaba la guerrilla maoísta del EPL) para recibir capacitación de carácter político-militar. El poder de fuego del partido, sin embargo, se probaría varias veces en la violenta vida política universitaria que se dio en todo el Ecuador durante la década siguiente.

Esta corriente asume una identidad diferenciada de las otras fuerzas, que veían en el Che Guevara, por ejemplo, la materialización de la violencia antisistema. El PCMLE se distancia de los cubanos y plantea una crítica consistente, desde el punto de vista del marxismo clásico, a las formas de violencia implementadas por la insurgencia guevarista

latinoamericana, en tanto esas formas no tomaban en cuenta el papel vanguardia del proletariado, ni creían en la vigencia de la dirección política del partido leninista, etc. La ruptura sino-soviética, en ese sentido fue también una suerte de fractura epistemológica; se abandonó el aparato ortodoxo del PC para asumir un esquema preconcebido fuera del continente al que se lo adaptó para diferenciarse de las otras corrientes marxistas.

La violencia revolucionaria fue el elemento que identificó a los socialismos radicalizados. Las lecturas de Guevara, de Régis Debray, de Juan Carlos Marighella (Brasileño, quien se hizo famoso por un folleto titulado "Manual del Guerrillero Urbano"), de los hermanos Peredo, alimentaron la actividad política y discursiva de esta corriente. La lucha armada como mecanismo de la conquista del poder fue el referente de la diferenciación con las matrices originarias y el elemento que provocó adhesiones a sus filas. Ernesto Guevara plantea que es la única forma de lograr el socialismo, puesto que aún existiendo democracias de carácter nacional, el poder quedaría en manos de las burguesías, y puesto que el objetivo de los marxistas revolucionarios sería la toma del poder para los sectores subordinados de la sociedad, esa estrategia asumirla como inevitable la guerra como su expresión política más avanzada; pero era una guerra no prevista hacia el futuro, sino inmediata (Guevara, 1977: 225 y ss).

En uno de sus textos más conocidos, el "Mensaje a la Tricontinental", Guevara imagina un balance mundial de las fuerzas en conflicto y pinta un escenario apocalíptico en todos los continentes. El discurso es metafórico, en realidad una arenga de combate llena de enunciados mesiánicos. Fantasea sobre la guerra de los pueblos, elucubra con distintos frentes de batalla, imagina el futuro y el curso de los combates mundiales, y vehiculiza la transmisión de las categorías de "lo humano" y del futuro a la noción de la "guerra" y del "guerrero".

## CONCLUSION

La tradición del marxismo ecuatoriano en su acción política había tenido que reproducirse necesariamente en las condiciones que su interrelación con el medio imponía. Su discurso político tuvo que remitirse a referentes externos. Prácticamente desde la polémica desatada por el problema de la afiliación a la Comintern, fueron los textos clásicos del

marxismo, incluidos los de Lenin, por una parte, y la documentación de los centros ideológicos internacionales, por otra, los elementos sobre los cuales se levantaron los esquemas para entender la realidad nacional. Este problema, es preciso reconocerlo, fue mucho menos importante en el Partido Socialista, en donde se genera una serie de teorizaciones correspondientes al momento político que la realidad ecuatoriana vivía; sin embargo, en la década del 60 el proceso de diferenciación volvería a exigir de todas las corrientes la recurrencia a una base discursiva central, a fin de poder justificar en el discurso los procesos de ruptura. De allí que el "marxismo-leninismo" de los protagonistas principales de la diferenciación, no haya sido cuestionado por ninguna vertiente; al contrario, el problema se planteaba en quien asumía esas categorías con mayor fidelidad.

Sin embargo la versión del marxismo que es desarrollada por la izquierda partidista ecuatoriana supone una escuela de análisis concreta respecto de la sociedad, del Estado y de la política, lo cual es explicable, no sólo por el hecho de que el discurso teórico era un elemento que siendo práctica política en sí mismo, cumplía funciones que iban más allá de lo ideológico -transmisión de la creencia-, sino porque el desarrollo heterodoxo formidable que tuvo la teoría marxista, que se difundiera en la propia década del 60, no era parte del instrumental discursivo de los partidos, cuyos alcances en este sentido admitían básicamente, y en muchos casos no iban más allá de las enunciaciones de dirigentes políticos internacionales de procesos socialistas, o de esquematizaciones como las que se producían en la Academia de Ciencias de la URSS.

Esta forma de entender la sociedad y la política reconocía la preeminencia de las determinaciones económicas sobre la superestructura política, y al nivel estatal el reflejo automático de esos condicionamientos; un epifenómeno, un instrumento de dominación; la sociedad fue concebida en blanco y negro, se estaba por ella o contra ella. El análisis -que eludía lo empírico- de lo que se suponía era la base económica, arrojaba como consecuencia distintas percepciones sobre las clases sociales, el carácter de la revolución y su vía, así como el tipo de sociedad que debía ser perseguido.

El análisis superficial de la formación social ecuatoriana caracterizaría a todas las vertientes de la izquierda marxista, pero es aún menos sutil cuando evalúa al Estado. Efectivamente, el Estado sería visto como el reflejo de la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de

producción dominantes, aseguraría la vigencia de la propiedad privada sobre los medios de producción, etc.; con lo cual su transformación -siguiendo esta lógica- sólo sería posible al cambiar las condiciones de la propia base económica. La otra forma de expresión estatal sería la participación como concepto necesario de la producción del capital, con lo que sería de todos modos un elemento condicionado en términos absolutos a la estructura económica. El problema de esta argumentación es que la política queda colgada a determinaciones absolutas y que la propia expectativa utópica, la imagen-objetivo de la izquierda marxista, no tendría sentido. Es imposible pensar en proponer un Estado socialista cuando las relaciones de producción son capitalistas, porque la base condiciona la superestructura.

A pesar de esta debilidad lógica, una segunda característica se levanta de esta premisa en el discurso partidario: el Estado como instrumento. Esta es la percepción leninista clásica que define al Estado como: "La máquina de opresión y violencia de una clase sobre otra", con lo cual la clase dominante, que se constituye en el nivel de lo económico, usa al Estado como una herramienta exterior para su propia reproducción; sin embargo Lenin, quien sustenta estas premisas, las destruye en el mismo texto (*El Estado y la Revolución*, Cap. 1) cuando plantea que la alternativa para romper la dominación es la destrucción del Estado de la clase dominante. El problema metodológico es que si el Estado es un reflejo de la base, es absurdo que como superestructura dependiente sea condición determinante de la transformación de esa misma base, que es lo que habría ocurrido con la Revolución Soviética, pues Lenin paradójicamente asignó precisamente al Estado la tarea de modificar las relaciones de producción y transformar las fuerzas productivas (Laclau, 1981: 25-60).

La lucha discursiva contra el Estado era para los izquierdistas la lucha contra el modo de producción vigente en la medida que se creía que su existencia aseguraba de hecho todas las condiciones de la reproducción del sistema y que la clase dominante, que se desprendía del análisis del modo de producción supuesto, se convertía en el instrumento de dominación y explotación que había que destruir. Esta visión instrumentalista dejaba sin autonomía a lo político; el espacio de acción de los partidos tenía que asumir una posición por concepto, fundamentalista. Esto probablemente significó la exclusión de algunas dinámicas sociales que involucraban espacios de participación política, cuya

importancia fue soslayada en aras de los objetivos maximalistas. La visión estructuralista de la sociedad se complementaba, de otro lado, con una percepción organicista-evolucionista de la historia, cuya expresión más rudimentaria es el esquema: comunidad primitiva-esclavismo-feudalismo-capitalismo-socialismo-comunismo, desarrollada por Stalin (1970).

Esta percepción resulta en la reducción de la dinámica societal a la expresión de contradicciones de clases sociales diferenciadas desde la base, portadoras genéticas de ideología, política y cultura. La superestructura existiría, entonces, sólo como la expresión de una realidad preexistente, como las imágenes de un mundo colorido reflejadas en la pared, prácticamente las que el hombre de la caverna de Platón cree que son la realidad. De la misma manera que en la concepción teleológica de los griegos, los partidos políticos marxistas emprendieron la búsqueda de la realidad ideal a través de la política. El "telos", el objetivo buscado, era también la condición que otorgaba la cualidad de lo humano. El revolucionario guevarista era el hombre del futuro, el que emprendió la búsqueda para abandonar la caverna hacia el mundo de verdad.

Sin embargo lo que existe, lo que en política se "da", son las prácticas; los hechos, los mismos que se desenvuelven en escenarios históricos concretos y que responden a intereses concretos de sujetos colectivos igualmente concretos. La teorización acerca de las relaciones y modos de producción, como en cualquier otra escuela metodológica, son abstracciones para comprender los procesos que ocurren en la realidad. La caverna misma es la realidad, para continuar con la metáfora, así como el hombre que vive en ella independientemente o no de que emprenda la búsqueda para descubrir el origen de las imágenes que le inquietan. Desde luego que es más fácil asumir lo social como la expresión de una lógica tranquila que se despliega automáticamente sobre las rieles resultantes del desarrollo de las fuerzas productivas.

Sin embargo el propio desarrollo del pensamiento marxista, cuyas premisas pueden encontrarse vislumbradas fragmentariamente en los clásicos, con hegemonía de interpretaciones estructuralistas como las del Althusser o Poulantzas en los 60, da cuenta de por lo menos dos posibilidades, que años más tarde se convertirían en rupturas: de un lado la percepción de la economía como un nivel modificable también desde la superestructura y no como un todo homogéneo hiperdeterminante; y de otro, la negación de las clases sociales como actores que habrían de

actuar automáticamente como agentes políticos, ideológicos y culturales solo por su situación respecto a los medios de producción. Esta nueva visión ubicaría, entonces, al problema de lo político en una percepción que concibe un universo atravesado por contradicciones e interrelaciones que se desprenden de los intereses concretos de los actores reales, cuya especificidad no puede generalizarse, mediatizarse, a una sola determinación. Las clases sociales concebidas por los partidos marxistas, y sobre todo las cualidades políticas que se les otorgó, difícilmente existen o existieron en la realidad. Las burguesías nacionales o las proimperialistas tienen poco que ver con un escenario que supone una economía mundo, en que los términos de las relaciones asimétricas, de la diversidad de actores, canales, interconexiones y procesos, complejizan en grado sumo el escenario. Así, los sectores definidos como monopólicos entraron durante esos años en contradicción con el imperialismo al que se suponía apoyaban (10).

La situación en el agro, igualmente, no arrojó los resultados de feudalismo proclamados, como se desprendió luego de una década de investigaciones de la temática (11). Del mismo modo, la dependencia del imperialismo, y la existencia o no de relaciones capitalistas o feudales de producción, es un debate que se desarrolla luego, reconociendo realidades estructurales heterogéneas en América Latina, difícilmente perceptibles con idénticas categorías y conclusiones a las que Marx usa para definir el proceso de desarrollo europeo (12), cuyas implicaciones políticas redundan en la imposibilidad de atribuir roles semejantes a las clases que se definen en el *Manifiesto Comunista*, entre otras cosas porque habría más estratos de los que allí se definen, y porque sus intereses son distintos, precisamente por su localización estructural.

## CAPITULO V

### EL DISCURSO POLITICO MARXISTA COMO EXPRESION DE LA DINAMICA DE PARTICIPACION DE LA IZQUIERDA PARTIDISTA

#### INTRODUCCION

El discurso político es una práctica societal que expresa las relaciones que constituyen el escenario donde fue construido. Desde esta perspectiva, el sesgo analítico de este trabajo apunta a diferenciarlo de nociones generalizantes como "ideología", cuyo uso extendido y sistemático ha devenido en la atribución automática a los actores sociales de funciones predeterminadas.

En este capítulo se hará un análisis del discurso político de la izquierda marxista ecuatoriana, en donde *lo ideológico* es considerado parte del proceso de enunciación discursiva y se refiere concretamente a las *condiciones de producción de la creencia*.

El efecto ideológico del discurso será tratado en términos históricos y confrontado con los elementos críticos que, a propósito de sus enunciados se han desarrollado en los capítulos precedentes, para observar su pertinencia teórica como forma de describir la realidad de la formación social ecuatoriana, en el contexto en que fue emitido. En esta misma línea, se intentará aportar elementos que ayuden a comprender el proceso de mitificación de algunas de las nociones que, siendo consideradas científicas por los enunciadores y por lo tanto premisas del con-

junto de sus prácticas políticas, devinieron en la apelación a realidades inexistentes, a percepciones no sistemáticas y modificaron la creencia y la tensión utópica previas en el proceso de verificación o falsación del discurso.

Con estos antecedentes se hace un ejercicio que confronta el discurso en dos direcciones: una respecto del sistema interamericano (1), pues tanto el proceso de enunciación como los contenidos son una dinámica producida, como se ha constatado, en toda América Latina durante la década de los sesenta, cuanto porque una de las premisas de la autopercepción de ese discurso es su internacionalidad; y otra, en el escenario político inmediato, a propósito de sus funcionalidades para conducir o expresar procesos de contestación y violencia o dinámicas de inclusión en el sistema político.

La perspectiva dentro del sistema interamericano supone observar la influencia del discurso en la constitución como actor periférico del marxismo partidista en dicho espacio, y la respuesta desde el contradictor principal de ese escenario: los Estados Unidos, que enfatizaba el análisis del marxismo como un actor exótico a la realidad latinoamericana, atravesado por la consideración norteamericana bipolar dentro de una estrategia global de contención del comunismo, sin admitir elementos históricos latinoamericanos endógenos.

En la consideración de las expectativas del discurso de contestación y violencia, usando categorías analíticas de distintas escuelas metodológicas de las ciencias políticas, se intentará dar cuenta de las relaciones entre discurso y participación política para escenarios comunes a América Latina. La referencia es el discurso partidario de la izquierda marxista ecuatoriana, para lo cual se plantearán elementos pertinentes al análisis de la estructura de la sociedad y a la constitución de los sistemas políticos latinoamericanos, a fin de exponer las posibilidades en las que este actor puede desarrollar prácticas políticas y disputar hegemonías, a partir de su propia imagen-objetivo, tomando en cuenta las fuerzas sociales a las que apela y el proyecto político que representa, en contradicción con las hegemonías constituidas, lo cual lleva a evaluar la posibilidad de que ese mismo discurso pueda, en circunstancias políticas distintas, tener una doble funcionalidad, así como expresar dos procesos políticos distintos: la violencia como forma de participación política en condiciones estructurales de conflicto, y la inclusión en el sistema desde relaciones de apertura.

## **LA PRODUCCION DE LA CREENCIA EN LA PERCEPCION DE LA SOCIEDAD**

El análisis de las enunciaciones políticas, en el Ecuador, ha tendido a concebir al discurso como un sinónimo de ideología. Todo discurso desde luego, porta una carga ideológica, pero el problema es metodológico. En este caso nos referimos a él como una práctica social, como una relación compleja entre el emisor y el productor, y en esa medida al espacio de lo social como el escenario que se constituye de discursos de distinto orden, de acuerdo a las relaciones diversas que se establecen en torno a la reproducción de la vida de los hombres.

El discurso político marxista no tiene una forma lineal de producción y circulación. Las condiciones en que fue constituido revelan un entorno heterogéneo y la coexistencia de referentes sociales, así como históricos, diversos. El objeto de ese discurso es igualmente múltiple. No se trata sólo de codificar una serie de percepciones de la realidad; no expresa únicamente la necesidad de comunicar una sistematización de ideas políticas, sino que evidencia un proceso de carácter general a través del cual se integraban las nociones previas, las tradiciones y formas de adaptación al sistema político ecuatoriano de esta corriente, el proceso histórico de carácter mundial que formó las condiciones específicas de la enunciación, del mismo modo que el impacto de estímulos latinoamericanos, entre muchos otros procesos y relaciones, de carácter cotidiano, por ejemplo, que sirvieron para constituirlo.

Desde esta perspectiva la ideología llevada por el discurso político marxista designa el proceso específico en el que ese discurso fue creado. Las condiciones de la década del sesenta implicaron una ruptura entre las concepciones previas, provenientes de la III Internacional, frente a un proceso político latinoamericano que las negó: Cuba, y al hecho de que la realidad de las formaciones sociales latinoamericanas era equiparable, desde la visión teórica del instrumental metodológico marxista que se manejaba en ese momento, con esa realidad. En el Ecuador, como en los otros países del continente, eso implicó el anacronismo de los postulados previos, y un proceso paralelo de contradicciones. Esa década observó cómo las condiciones de producción del discurso cambiaron y por lo tanto la necesidad de producir uno nuevo fue imperiosa.

No cambian, precisamente, los referentes estructurales. No es un proceso similar -que se intentó construir teóricamente luego- a las

revoluciones industriales de los países capitalistas desarrollados; tampoco fue una guerra con la consiguiente modificación del esquema de instrumentos de producción y fuerzas productivas. Es básicamente un hecho político lo que da una dimensión de análisis diferente del conjunto de los hechos sociales, y que genera a su vez referentes nuevos en nuevos hechos políticos.

La especificidad del discurso político marxista reside en la permeabilidad que su existencia previa tuvo frente a las consecuencias derivadas de la revolución cubana, más que ningún otro discurso político partidario, pues sus propias premisas de constitución fueron afectadas.

El efecto ideológico de ese discurso fue entonces anacrónico, considerado como una condición de producción de la creencia. Así, elementos como el fatalismo geográfico, como la concepción del cambio por etapas, como la alianza con sectores burgueses, como la versión insurreccionalista vía huelga general para la revolución, como la necesidad del partido leninista, como el papel de vanguardia del proletariado, que era los supuestos de reproducción y difusión de esa creencia, fueron cuestionados en términos totales. Esta negación ideológica implicó también una fractura del instrumental gnoseológico que la acompañaba. El asunto, sin embargo, dado el papel que el discurso político marxista percibía de los sujetos que los elaboraban, se expresó sobre todo en el nivel ideológico, en la necesidad de readecuar las categorías que fundamentan la creencia, pero ello a su vez revelaba una interrelación más amplia con otras prácticas y situaciones, y galvanizó un proceso histórico previo que, aun antes de que el hecho referencial se produjera, ya existía.

Las contradicciones de la militancia de los viejos partidos marxistas, que eran básicamente fundamentadas en el devenir de las prácticas políticas inmediatas y que hacían relación a los usos y a la locación de los recursos y el poder, se expresó en la dinámica de constitución de los nuevos discursos, pero las funciones estaban condicionadas a expresar la relación de lo que se hablaba con los sujetos que lo decían. Es decir, a expresar la historia de las contradicciones y a convertirse en el instrumento que solucionaba, mediante la vía de la diferenciación, la competencia de espacios políticos, y que encontró en el referente externo la posibilidad de romper las condiciones de la realidad del microescenario político marxista.

El discurso marxista de los sesenta fue elaborado como resultado de un proceso de fractura de las condiciones sociales de su enunciación previa, y tuvo una función básicamente de autorreferencia en la diferenciación de las tendencias. En sí mismo, al igual que las guerrillas del Toachi, o la fundación del MIR o del PCMLE, es una práctica y fue producido como eso. No importan, no hay diferencias para los efectos de esta conclusión, si los contenidos tuvieron o no correspondencia con las otras prácticas políticas.

El problema no consiste en si se llevó adelante la lucha armada proclamada, por ejemplo. El punto de este análisis es que la proclamación de la insurrección armada era ya una práctica política, en que la enunciación del discurso consistía por sí mismo evidencia del proceso de transformaciones que se produjo en el Ecuador y América Latina; aún más, una práctica consciente y premeditada, tanto como pudo haberlo sido una acción insurreccional o la expulsión de una fracción del PC o la escisión del Partido Socialista.

Considerado como práctica interpelativa, el discurso marxista de los años sesenta opera antes que nada en el escenario político que le es específico, sin involucrarse en toda la sociedad. Su problema básicamente no fue la toma del poder del Estado, sino la toma del poder de las direcciones de los partidos como paso previo. De esta suerte, el polo estructural fue homogéneo: la representación de los intereses de los sectores subordinados de la sociedad, pero la interpelación apenas si llegó a la periferia de esos sectores por arriba, a las capas medias, porque la hegemonía a disputarse no se encontraba en el Estado sino en los hipotéticos instrumentos que más tarde lo interpelarían, o sea, el partido revolucionario, los frentes de masas, los frentes insurreccionales.

En tanto las circunstancias de la producción del discurso marxista condicionaba la creación de los enunciados a los propósitos de diferenciación entre las distintas vertientes, los elementos analíticos incluidos se subordinaron a los propósitos interpelativos. La interpretación del marxismo y de la realidad fue secundaria a la exposición de imágenes movilizadoras. El futuro pretendido fue preeminente a las consideraciones del presente. El discurso tomó, entonces, un cauce utopista y apló adhesiones desde una retórica emotiva. Fueron las metáforas más que los conceptos los que lo integraron.

La apelación a realidades no existentes en el sentido clásico de la utopía: "no hay tal lugar pero puede haberlo", devino en la utilización mítica del marxismo, es decir de códigos de representación que servían para sustentar el proceso integrador del discurso, pero además para convocar y transformarlo en acción, como una fuerza movilizadora hacia la práctica colectiva de la política. El mito alude a percepciones no racionales, pero no por ello deja de aludir a motivaciones que se desprenden de la realidad histórica de los sujetos sociales e individuales apelados. Independientemente de si se toma o no posición respecto de la pertinencia o validez del uso de este recurso, es incuestionable su existencia, así como la forma en que se constituye no es necesariamente premeditada.

Agnes Heller sostiene que los mitos de la izquierda se constituyen socialmente en el proceso de verificación o falsación del discurso (Op. cit: 58). Cuando las premisas que lo sostienen se vuelven indispensables para la enunciación -lo cual es un proceso histórico y social- se convierten en creencias sin un proceso previo de confrontación con la realidad que están pretendiendo expresar.

No hace falta prueba en el proceso interpelativo del discurso; contradecirlo simplemente causaría la exclusión del contradictor de la comunidad que se erige a su alrededor. Los enunciados son en cierto sentido artículos de fe, pero cumplen una función integradora, identifican al colectivo portador del resto de la comunidad y suscitan prácticas; esto supone también la creación de formas culturales propias. La conversión mítica del marxismo se produce en la fragmentada asimilación de éste, cosa que ocurre desde luego por la relación de la teoría social con las prácticas societales, vía la acción política.

La tensión utópica del marxismo deviene en mitificación: la sociedad comunista del futuro, la insurrección general (Castagno, 1980: 85); el socialismo real, la revolución, la lucha final, el Tercer Mundo y la liberación nacional, son nociones que entre otras, habrían sufrido el proceso de mitificación (Heller, op. cit: 57-117).

El marxismo partidario tiene una historia de cerca de setenta años en los cuales la formulación de propuestas se ha levantado sobre supuestos cuya transmisión admite formas de adaptación y reproducción específicas; una manera de percibir la sociedad y una forma de interactuar con ella, de adaptarse y de transformarla. Es decir, un discurso. Así, estarían constituidas las premisas generales para pensar en una cultura

política particular, conformada desde distintas prácticas, algunas de las cuales -incluso- formarán culturas cada vez más diferenciadas de la matriz. (Este es un elemento que podría ser usado para comprender fenómenos de violencia y contestación, p.e. el PCP, Sendero Luminoso).

La generación de un nuevo discurso tuvo en la izquierda marxista un proceso paralelo de recomposición orgánica al interior de los partidos; pero además cambió también el nivel de lo axiológico-valorativo. La revolución, en realidad operó en ese escenario, puesto que la sociedad, el Estado, el sistema político, no fue contestado de acuerdo a las enunciaciones. El discurso devino en la exposición de enunciados casi emocionales de la sociedad en su conjunto, pero sobre todo, al menos en el caso de los grupos escindidos de los partidos matrices, de aquellos que compartían el mismo espacio político. Esto comprobaría una vez más que la función integradora del discurso, en este caso, operaría por oposición en la búsqueda de la identificación de cada uno de los grupos en relación primordial con el microescenario.

Las palancas de la transformación social fueron indagadas en los elementos que servían de propia referencia, más que en los procesos societales que tenían que involucrar a las prácticas transformadoras. El sujeto del cambio no fue el proletariado contenido en las enunciaciones, ni tampoco en el conjunto de clases consideradas dominadas y explotadas, ni en el acercamiento a las dinámicas del poder. La revolución ocurrió primero en el proceso discursivo, lo cual -es necesario insistir- no es bueno ni malo, ocurrió en ese plano de las prácticas sociales, fue real, no hay rangos distintos entre aquella y otras prácticas, pero los resultados de esa transformación no pudieron permear el ambiente societal en el que fue producida.

Desde el punto de vista analítico, como se ha anotado, la visión del mundo izquierdista usó una metodología instrumentalista; en realidad, la actitud principalista eludió la consideración de lo político como un nivel autónomo y decisivo de la vida social. No sólo que no se elaboró en el discurso una teoría del Estado y de la democracia socialista que se enfrentaran a la funcionalidad del Estado capitalista y que presentaran una alternativa a la percepción dominante del poder y la democracia (2), sino que las condiciones históricas de producción de ese discurso constituyeron un entorno que incluso desconocía versiones del marxismo

político elaboradas varias décadas atrás, como las de José Carlos Mariátegui o de Antonio Gramsci.

La izquierda, entonces, se aísla de la política de la formación social; no participa en los procesos de toma de decisión, no interpela a otros actores políticos y para 1968, por ejemplo, los resultados electorales ubican al PC en el último lugar, mientras que los escenarios para los otros partidos se redujeron a los únicos espacios en los que tenía sentido dicho discurso: medios estudiantiles, y en menor medida, gremiales, en donde la tensión utópica podía convocar adhesiones, porque ella no quebraba, en lo inmediato, las premisas de la reproducción de las relaciones sociales en las que vivían los actores específicos interpelados.

El proceso de alejamiento de la sociedad obedecería, además, a la falta de perspectivas políticas que la interpretación instrumentalista del marxismo otorga a los partidos de izquierda.

Efectivamente, la percepción histórica progresiva, lineal y uniforme de esta forma de entendimiento no asume el hecho de que el Estado podría tener una dinámica capitalista, sin estar necesariamente controlado por lo que se concibe como burguesía, entendida como actor político, del mismo modo que en condiciones de producción capitalista pueden ocurrir procesos de decisión que afecten los intereses de las clases dominantes. De otro lado esta percepción se mira autosuficiente para explicar los fenómenos culturales, ideológicos o de legitimación, pues la autonomía relativa de los procesos sociales se analiza desde la perspectiva automática de la manipulación clasista (Bagley, 1981: 92-93).

A pesar de ello, el pensamiento marxista de la década de los sesenta, es probablemente la única expresión que en la formación social ecuatoriana cataliza la ruptura en el plano axiológico y valorativo que se da a nivel mundial y que es, más tarde, asimilado por las instituciones sociales. Una nueva dimensión ética y cultural se habría alimentado en Sartre, Franz Fanon, Marcuse, La Revolución Cultural China, la literatura de Ernesto Guevara, en fin toda suerte de textos impregnados del izquierdismo revolucionario de la época. Este proceso habría sido especialmente notable en los medios de la intelectualidad ecuatoriana, la misma que de una u otra manera habría estado ligada a los proyectos partidarios de la izquierda marxista, sobre todo de aquellas vertientes que rompieron con las visiones ortodoxas (Moreano, 1987).

## **UNA PERSPECTIVA DESDE EL SISTEMA INTERAMERICANO**

Pero, hay un elemento más que se desprende de la orientación hacia afuera de la izquierda ecuatoriana, actitud que es perfectamente comprensible desde las premisas del pensamiento marxista, puesto que una de sus fundamentaciones es el carácter internacional de las relaciones de producción y de las clases sociales, y sería la inclusión del marxismo partidario como un actor periférico en el sistema de relaciones interamericano, visto como conjunto de organizaciones radicales latinoamericanas.

Los procesos de cambio continuo del sistema latinoamericano, resultantes de la adaptación de la estructura a procesos de industrialización y mercantilización de las relaciones sociales, supusieron efectos de heterogeneidad estructural, movilidad y movilización social, ruptura del núcleo prescriptivo, etc., y generaron consecuencias en la constitución de los sistemas políticos tales como desorganización y dislocación (Eisesntad, 1971: 41 y ss).

El sistema político, por otra parte, se asienta en dinámicas de coerción estructural y de violencia estructural, que suponen esquemas de reproducción social y de dominación sobre relaciones económicas y políticas asimétricas entre los distintos grupos sociales. Siendo esta una realidad latinoamericana, una de las expresiones continentales también de este problema es la existencia de grupos de contestación que se erigen en portadores de las demandas de los sectores dominados y periféricos de la sociedad, siendo la izquierda marxista una de las versiones latinoamericanas más notables de esta presencia política.

En términos de relaciones internacionales, la izquierda marxista sin tener el rango de actor principal como los estados u organismos internacionales, expresa intereses que se constituyen regionalmente por las consideraciones de tipo estructural ya anotadas, y además se inscribe en el escenario de las contradicciones internacionales. En la década del sesenta, en que la Guerra Fría todavía planteaba la continuidad de un esquema bipolar en el sistema mundo, los marxismos latinoamericanos fueron asimilados hacia el polo soviético, desde la perspectiva norteamericana, que no evaluó las condiciones específicas de las formaciones sociales de América Latina, cuya realidad social no solo que presentaba un entorno perfectamente válido para la presencia de esta corriente, sino que además su nacimiento, difusión y crecimiento son hechos internal-

zados y componentes culturales y nacionales de la historia del subcontinente. De hecho los marxismos latinoamericanos son procesos endógenos al sistema político de los países latinoamericanos, y no realidades impuestas o consecuencias de las tensiones entre las potencias. Incluso desde una perspectiva funcionalista, la constitución y dinámica de la izquierda continental puede ser considerada como un subsistema periférico al sistema interamericano; no hay motivo para pensar que ninguna de las características imaginadas por Easton, no puedan ser cubiertas por este actor pues, son el resultado de un proceso histórico y social en el cual se advierten:

"Una serie compleja de procesos mediante los cuales ciertos tipos de insumos se convierten en el tipo de productos que podemos denominar políticas, decisiones y acciones ejecutivas... vida política, que es un sistema de conducta incorporado a un ambiente a cuyas influencias está expuesto el sistema político mismo, que a su turno reacciona frente a ellas". (Easton, 1969: 47)

De las tres vertientes del marxismo ecuatoriano, es la comunista la que cuenta con una vida internacional más intensa. Esa es una práctica que ocurre desde su fundación, en la medida en que se autoconcibe como parte de un movimiento internacional, cuyas articulaciones orgánicas prácticamente lo vuelven un partido internacional. Su papel, en el espacio de las relaciones internacionales -que no es el único en el que se desenvuelve-, fue tradicionalmente el de representante de los intereses del bloque socialista y particularmente de la Unión Soviética, pero durante la década del sesenta, no pudo evitar expandir ese papel y servir de puente para el acceso, sobre todo a la política cubana, a las organizaciones heréticas que se desprendieron de su seno, del mismo modo que la relación partidaria es la que contacta a los militantes que se harían maoístas con el Partido Comunista Chino. Desde esa perspectiva su propia funcionalidad en el terreno internacional, que era uno de los cimientos de la fortaleza orgánica del partido, se ve cuestionada en el momento de la diferenciación. Sin embargo es necesario insistir en el papel jugado por los PC latinoamericanos para el sostenimiento de una política relativamente pro-soviética de las vertientes insurreccionales y socialistas radicales, que actuaron, además, movidas por el grado creciente de relaciones que desarrollaron Cuba y la URSS.

Las vertientes disidentes, maoísmos y socialismos radicalizados, en el nivel del sistema latinoamericano, en cambio, no tuvieron una presencia tan importante, por el grado de dispersión de su horizonte

teórico y por su participación política heterogénea, de modo que su calificación como actor político válido o de influencia directa en el escenario latinoamericano es difícil, por su falta de status y de representación política e institucional.

El discurso contradictor, básicamente respondido desde los Estados Unidos, no dejó tampoco de ser instrumentalista. Esta visión no diferenció los distintos orígenes, tendencias y prácticas de la contestación latinoamericana. Más bien vuelve fundamental la articulación a la Unión Soviética y a lo que llamó "el comunismo internacional" en una evaluación que privó de toda autonomía a la acción del marxismo partidario y que lo desligó del entorno social al que pertenecía, enfatizando, de otro lado el carácter conspirativo y siniestro que éste habría tenido, soslayando el marco cultural y estructural en el que se desarrolló:

"Afirmar que los comunistas escalan el poder en virtud de la competencia política supone, en primer lugar, que no son arrojados a las alturas del poder por marejadas de fatalismo histórico; en segundo lugar, que el éxito de los partidos comunistas está determinado por el talento político de sus dirigentes al aprovechar las oportunidades que se les presentan, menos cuando se imponen en virtud de la ocupación militar; y en tercer lugar que no tratamos de una fuerza histórica amorfa, sino de las actividades de individuos concretos en situaciones específicas". (Kirkpatrick, 1964:13-14)

Esta percepción, también automática, ha sustentado tradicionalmente el proceso de toma de decisiones en materia política internacional por parte de los Estados Unidos en América Latina, proponiendo esquemas de exclusión de la corriente marxista de los sistemas políticos. Los resultados han devenido eventualmente en violencia, disolución de la sociedad civil y debilidad de los sistemas institucionales.

Incluso planteamientos "modernizantes" formulados en la década del sesenta que planteaban, si no la represión, el aislamiento del marxismo por considerar que la competencia de los partidos izquierdistas se nutre de los espacios fracturados que deja el sistema, pero que básicamente el interés perseguido por ellos era reordenar las relaciones de América Latina contra los Estados Unidos y a favor del bloque socialista. Por lo cual, desde esta percepción, la modernización debería crear espacios para que las viejas élites se reconstituyan en organizaciones políticas que construyan verdaderos estados nacionales (Alexander, 1964: 465-504). Sin embargo, nuestras sociedades

son heterogéneas y fragmentadas cuyas condiciones estructurales y políticas no pueden tergiversarse por la eliminación de un actor perfectamente endógeno.

Si se admite que un sistema político implica el desarrollo de varias prácticas sociales colectivas interrelacionadas que se generan y se alimentan a la vez de una memoria valorativa y cultural, entonces el espacio de las organizaciones que practican la contestación como una forma de participación política y que contradicen los intereses y valores del bloque hegemónico, es admisible como posibilidad teórica y ha existido, a través del discurso marxista, en el conjunto de países latinoamericanos.

No hay actores si es que no se identifican intereses, los mismos que aparecen en el discurso izquierdista representando una perspectiva de la idea de "nación" en oposición a lo que se define como "el imperialismo", que se repite en términos más o menos similares en todos los países del área. Desde la revolución cubana, no ha existido conflicto de carácter violento entre los Estados Unidos y América Latina en el cual la izquierda marxista no haya sido uno de los factores políticos protagónicos, de modo que la pertinencia de su consideración como actor sobre todo en momentos críticos en el sistema interamericano parece ser razonable. Ahora bien, las condiciones que la izquierda reuniría para ser definida así en forma permanente: conjunto de prácticas colectivas, imágenes-objetivo similares, no tienen correspondencia en una fuerza social de carácter regional, porque la heterogénea y fragmentada realidad latinoamericana ha enmarcado orígenes históricos diversos, extracción social múltiple, realidades estructurales diferentes, así como la carencia de una institucionalidad o localización de recursos que impliquen la existencia de un poder regional paralelo, que pueda involucrar un rango superior en la escena latinoamericana. Es, por tanto, un actor, pero eventual y periférico.

### **ELEMENTOS PARA LA CONSIDERACION DE LAS EXPECTATIVAS DEL DISCURSO DE CONTESTACION Y VIOLENCIA**

En uno de los aportes clásicos a las ciencias políticas, Gino Germani (1986: 21-58) reflexionaba que lo que él denomina "proceso de modernización" de América Latina implicaba el rompimiento del núcleo

central prescriptivo de las sociedades tradicionales; de esto podría devenir un escenario futuro que, dadas las condiciones de precariedad estructural de la región, tenga que reproducirse mediante sistemas políticos autoritarios y excluyentes. Parece ser evidente, por otro lado, que los sistemas políticos latinoamericanos se fundamenten en dinámicas de coerción estructural (Menéndez-Carrión, 1986: 95), que supone a la vez la implantación de sistemas de dominación, en los cuales la participación política fluye por canales para-institucionales impulsada por los intereses de diversos sectores sociales que se complementan en la precariedad asimétricamente.

Estos últimos planteamientos pueden ser afines a la noción gramsciana que entiende a la sociedad política autónoma pero profundamente interrelacionada con la sociedad civil, en la cual los escenarios políticos son espacios de confrontación de intereses estructuralmente determinados, donde la hegemonía de un bloque histórico impondrá la forma del tratamiento de las demandas sociales con relación a sus propios intereses de reproducción y expansión.

Estos elementos presentan, en términos generales, un panorama en el cual los sectores periféricos o dominados de la sociedad se encuentran ante límites extremos de participación política en condiciones de precariedad estructural. En este escenario la izquierda marxista produce su discurso, reconociendo desde una perspectiva analítica y simbólica propia los elementos presentes en el contexto societal, y no hay ninguna razón para pensar que eventualmente esos enunciados no tengan capacidad movilizadora o se resuman, con éxito en prácticas violentistas (que fue el caso de las guerrillas de los años 80 en Latinoamérica). De otro lado, las posibilidades de reproducción del sistema en contextos de democracia representativa con la exclusión de este actor, podrían devenir en prácticas autoritarias, pues la capacidad de sustentación de ese tipo de regímenes estaría subordinada a la posibilidad de formas consociativas de gobierno, que admitan a los sectores subordinados siempre y cuando el objetivo de las élites sea la continuidad del esquema de Estado-nación (Moulián, 1988).

América Latina, encuentra sin embargo una realidad estructural y una composición orgánica de poder, que no admite esta última alternativa, por lo cual la posibilidad de escenarios conflictivos, en los que el discurso marxista podría servir, como ha servido, para catalizar el descontento social no puede descartarse.

Si uno de los problemas centrales que se plantean algunas perspectivas analíticas respecto de los sistemas políticos latinoamericanos es el de la estabilidad democrática, otro orden de análisis volverá contingente esta temática a los propósitos del sistema en relación con la sociedad, más allá de la preservación del orden y de la reproducción de las élites y de la continuidad de la violencia estructural. La estabilidad supondría, entonces, ampliación de los espacios de participación política y la legitimación de la coexistencia de proyectos societales distintos (Menéndez-Carrión, 1988), elementos que sirven para aventurar la forma de participación de la contestación y el acceso o no a recursos de violencia que pueden ser movilizados por un discurso de corte marxista, o desprendido de él.

El conflicto aparece cuando hay escasez de posiciones y recursos, participación destinada a impedir o atacar una decisión mediante prácticas no solamente discursivas. El conflicto requiere el contacto de los contradictores y la incompatibilidad respecto del uso del recurso que escasea, supone una dinámica en que el beneficio o triunfo de un contradictor implique el perjuicio o la eliminación del otro, y acciones que involucren la fuerza en su ejecución (San Martín, 1989).

El discurso marxista originado en los años 60 no ha variado las premisas fundamentales que teorizan la participación violenta, cumple las condiciones como para que sus portadores sean actores de procesos de esta índole, legitimados por la forma de acceso y flujo de los recursos estructurales y del poder vigente en las sociedades latinoamericanas.

Con estos elementos, el discurso contestatario es un elemento de un proyecto político latente cuyas condiciones de existencia subsisten; es decir forma parte de un conjunto de representaciones, símbolos y sistematizaciones (imagen-objetivo) portados por un actor político histórico latinoamericano que apela al uso de prácticas políticas específicas y a una fuerza social, y que reconoce el conflicto y la posibilidad de participación política no institucional como parte de su identidad. Las conductas internalizadas por el discurso de la lucha armada, por ejemplo, incluso cuando representaba enunciados contra-culturales, son correspondientes a formas de ejercicio de dominio en espacios sociales que, bien sea por su limitada disposición de recursos, o por las prácticas políticas de las élites, generan formas de reproducción del sistema que se caracterizan por tensionar la sociedad. La violencia política existe en un contorno en el que paralelamente viven otras formas de violencia,

y sus efectos involucran a todos los estratos sociales, sin que se pueda diferenciar su intensidad (Varios, 1988: 17-30).

Ahora bien, el discurso político marxista -incluso el de la década del 60- no excluye la posibilidad de concebir un proyecto societal de contenidos democráticos, aunque los referentes formales no sean los mismos del pluralismo de Dahl y McPherson, elecciones periódicas, libertad de disensión, derecho de expresión, organización, etc., alternabilidad en el poder. Las premisas de la democracia del marxismo invocan la preeminencia de lo social sobre lo político, pero no hay elementos discursivos que sobre esa base nieguen la posibilidad de competencia política, aunque es necesario reconocer que la locación del poder al interior de las organizaciones partidarias, sobre todo en las vertientes comunista y maofsta, reprodujo más bien prácticas autoritarias, cosa que no ocurrió en los socialismos radicalizados de América Latina.

El discurso marxista, en realidad, carece de definiciones sobre el problema de la democracia. La retórica que libra el asunto planteando que es un problema "formal" no reconoce que no existen formas sin contenidos. No hay una cultura política propia en el discurso marxista ecuatoriano -o latinoamericano- que se haya desarrollado sobre esa noción. El tópico, desde luego, no puede tratarse ahora desde perspectivas valoritarias o ideologizadas, sino que tiene que ver con la reformulación del discurso hacia definiciones nuevas de la sociedad política y la superestructura, en su propia perspectiva.

La confrontación se localiza alrededor de los enunciados; se trataría de superar las visiones instrumentalistas e hiperdeterminantes del estructuralismo, de admitir la posibilidad de existencia de los sistemas políticos como un conjunto de relaciones de dominación en un período histórico concreto, con expresiones específicas y diversas de concebir a los instrumentos institucionales de dominación como espacios de confrontación entre las fuerzas políticas y sociales, es decir relativamente autónomos; de percibir a los polos clasistas de las relaciones de producción como fuerzas que no se constituyen automáticamente en sujetos políticos, y que por lo tanto, la difusión del discurso depende de la capacidad articuladora de otras fuerzas, admitiendo demandas sociales de grupos estructuralmente distintos, lo cual pudiera implicar, también, la admisión de dinámicas de inclusión en el sistema político de la sociedad que se pretende transformar, a fin de generar precisamente ese proceso.

Las condiciones para la construcción de una fuerza social que se adhiera a ese proyecto, y que vuelvan al discurso marxista un elemento generador de una dinámica que ubique a esta corriente en el centro de la sociedad, por la disputa de la hegemonía, no han dejado de existir; pero tampoco aquellas que usando el mismo instrumental discursivo vuelquen la participación política hacia el campo del conflicto. El futuro de la corriente supera las percepciones que los actores tienen de sí mismos, involucra a la sociedad entera de la que forma parte, aún pretendiéndose diferenciar de ella, porque es una de las expresiones de su cultura y de su historia.

## EPILOGO

Treinta años luego de que el proceso de diferenciación del discurso marxista ecuatoriano dio comienzo, es pertinente preguntarse cuán relevante ha sido para el desarrollo de las otras prácticas políticas, y del proyecto societal portado por esta corriente. Las circunstancias han cambiado enormemente, es cierto, pero también lo es que no ha disminuido la presencia social ni política de actores y movimientos sociales influenciados por ella. El discurso ha sufrido, desde luego, muchas transformaciones, pero los elementos básicos formulados en la década de los sesenta, continúan siendo parte de su estructura actual.

Dos hechos de carácter simbólico han marcado los límites del discurso de los sesenta. El primero, la muerte de Ernesto Guevara, ocurrida en Bolivia en 1967, que en los años posteriores trascendió de la tragedia épica hacia la potenciación de la ideología radical en prácticas violentistas sostenidas más que por presencias sociales por tensiones éticas. El segundo, la muerte de Salvador Allende y la caída del gobierno izquierdista que él presidía en Chile de 1973. Estos dos eventos, en términos de las fronteras del pensamiento izquierdista, se verían complementados por el fracaso del proyecto Sandinista, al menos en los términos en que fue planteado originalmente.

Ambas situaciones agotaron los supuestos que sostenían las expectativas de poder de la izquierda latinoamericana, y también la ecuatoriana. Se trataba de dos dinámicas distintas, una de contestación y violencia erigida sobre una concepción instrumental del Estado y la política que justificaba la acción directa para la consecución de los fines, y otra que admitió la posibilidad de inclusión en el sistema, pero que fue rechazada

y vencida. Sin embargo, ninguno de esos acontecimientos significó la desaparición del marxismo izquierdista, sino su readecuación. En un ejercicio de prospección que dé pistas para un eventual devenir futuro de la corriente es necesario hacer una reflexión sobre los ejes discursivos fundamentales que se han transformado durante los últimos veinte años, y de los hechos históricos que puedan o no haber influido en ese cambio. El punto es distinguir cómo se han desarrollado, cuáles han sido las variaciones en el contexto de las otras prácticas políticas. Para el efecto, desde la perspectiva usada en este trabajo se aventurará a manera de epílogo una breve reflexión prospectiva que tome en cuenta los escenarios y los espacios de influencia sobre el discurso tanto a nivel externo, como en el plano internacional, para hacer una evaluación actual del discurso de las tres vertientes, distinguir hasta qué punto ellas mismas se han transformado -o si han surgido nuevas-, para proponer un nuevo intento clasificatorio, cuya prueba necesariamente debe ser objeto de un trabajo posterior. Así, hay hechos como los ya relatados en Bolivia y Chile, como la Revolución Nicaragüense y su derrota como la modernización china o el colapso del sistema político en el Bloque Socialista del Este Europeo, que marcan desde afuera al izquierdismo marxista ecuatoriano. Los escenarios de ampliación y de autoritarismo son los otros elementos pertinentes a las modificaciones asumidas por ese discurso.

## LOS EJES FUNDAMENTALES

El tema del discurso de los años sesenta es sin lugar a dudas, el de la revolución. Es la posibilidad de transformación total del sistema, no solamente político, sino social, lo que atraviesa todos los documentos de la izquierda. Los objetivos se vuelven maximalistas, la necesidad de la ruptura es percibida como inevitable, y de este fenómeno nacen -incluso- las escisiones ante la incapacidad de dar respuesta, por parte de los partidos marxistas tradicionales, a la exigencia que la época detona. La sociedad civil es, en la visión del discurso político marxista, desvalorizada o confundida por entero con la sociedad política. En realidad el problema es la revolución social; no se pide lo posible, todas las metas son últimas; no se toma en cuenta la institucionalidad y sus límites, ellos son la concreción de la perversidad capitalista; no hay lugar a mediaciones, hay una polarización de todas las relaciones y de

la percepción de los actores; la inclusión en el sistema era -en el mejor de los casos- sólo una táctica para su destrucción. A esta época de las ciencias sociales, por ejemplo, corresponde la etapa del dependentismo. Cuando las razones de la ira eran buscadas en el análisis de la estructura a fin de encontrar los elementos que prueben sistemáticamente la opresión y legitimen los objetivos de liberación nacional y socialismo.

En los ochenta ese panorama cambió: el discurso ha dejado el jacobinismo; ni siquiera los grupos armados se plantearon el socialismo como objetivo. La noción que atraviesa el discurso de todas las vertientes es el de la democracia, concebida desde luego en términos muy distintos a los de los pluralistas. El cambio propuesto no es un cambio total: la posibilidad de la revolución social es una expectativa de plazo ni siquiera designado, la prioridad de lo inmediato se ha vuelto revolucionaria -en el más radical de los propósitos- al sistema político: ampliación de la democracia, vigencia de las libertades ciudadanas, redistribución de los recursos, etc.; en lo social, los objetivos plantean una lucha de reformas -profundas eso sí- pero reformas.

Los objetivos son ahora, cuando en los 90 está claro que la crisis no es coyuntural sino permanente, los mínimos. El discurso es el discurso de lo posible. La sociedad civil y la sociedad política se han divorciado nuevamente y los partidos políticos tienen que desarrollar estrategias para participar en el sistema político vigente, y tratar de insertarse, al mismo tiempo pero como espacio separado, en el seno de los movimientos sociales, cuyos dirigentes -por ejemplo- tienen que separar muy claramente sus prácticas ya sea que actúen como líderes sindicales, ya como representantes políticos. Es el reino de la esquizofrenia, pues los planes no son la vida eterna sino el sobrevivir, pese a que todos los discursos de todas las tendencias sigan proclamando el paraíso en sus programas.

Los actores y las relaciones sociales han dejado de ser polares y extremas. La izquierda admite mediaciones, matices, espacios intermedios. Las ciencias sociales, mucho más sofisticadas ahora, se han diversificado y especializado, se han fragmentado, y han reconocido que no es científico cargar de valores a un análisis, pero que la neutralidad tampoco existe. Los temas son gobernabilidad, intercambio desigual, deuda, diversidad, identidades, entre otros. Se trata de conocer cómo sobrevivir.

La última batida en contra del izquierdismo socialista radical, la heterodoxia más creativa de las que surgieron en la década del sesenta, fue la Guerra del Cono Sur. La derrota fue política en los términos que habría imaginado Lenin, es decir considerando a lo militar como una continuidad de lo político. Las consecuencias fueron múltiples, pero en el plano discursivo probablemente lo que se evidencia con mayor fuerza es una readecuación de la izquierda latinoamericana, de la ecuatoriana en particular, para admitir la diversidad y la pluralidad de las relaciones de la sociedad como un hecho con el que hay que contar, pero al cabo de 30 años. La izquierda no es, hay que reconocerlo, la más permeable de todas las fuerzas políticas a este tipo de categorías, pero no es menos cierto que ahora las acepta, no sólo por el fracaso de los proyectos "proletarios" -en el discurso- del Cono Sur, sino por la evidencia que aportó la Revolución Sandinista, a pesar de su derrota posterior, o, paradójicamente, precisamente por ello.

La imagen de la revolución sandinista no tuvo la misma importancia ni el impacto de la cubana. No planteó, como aquella, el problema de la posibilidad de la transformación total, no implicó otro esquema societal a ser reproducido, no supuso el sacrificio de objetivos sociales mínimos a cuenta de la transformación de estructuras, no implicó crisis interuacionales del sistema-mundo, no creó nuevas formas sociales organizativas sino periféricamente. Los diez años de la revolución sandinista han implicado, por el contrario, la dolorosa constatación de que la tenacidad del pueblo no es invencible, además de que un cambio revolucionario político no tiene que ser necesariamente social. La guerra, la intervención, los límites de la economía, la pobreza estructural previa de Nicaragua, han definido un proceso en que la estabilidad del régimen durante 10 años fue el principal, sino el único logro y propósito del proceso sandinista.

Sin embargo de ello, la imagen sandinista pudo haber operado en un proceso de diferenciación periférica dentro de las vertientes de la izquierda, y es que los usos de lo nacional, de lo "no marxista", de lo popular, identifican a las escisiones de principios del ochenta que, desprendidas de los socialismos radicalizados, han intentado construir un discurso -además de otras prácticas- de la lucha guerrillera. Ciertamente es que en este proceso imagen nicaragüense se alimentó de un parecido

sentido nacionalista levantado por organizaciones colombianas, especialmente el M-19, pero el punto es que esa diferenciación en el seno de la izquierda marxista ecuatoriana, ha llevado a cuestionar por parte de los grupos que se reclaman subversivos a las propias premisas del marxismo, y a casi toda la cultura política previa que fundamentó la existencia del marxismo partidista a lo largo de los últimos treinta años.

Un elemento adicional es la transformación del sistema de relaciones interamericanas y la debilidad, respecto de hace tres décadas, de la hegemonía norteamericana que permitió la realización en los 80 de uno de los intereses del Estado cubano, que ha sido su reinsertión en el espacio internacional latinoamericano. Esto ha condicionado, como es obvio, la política cubana y también su apoyo logístico a las organizaciones marxistas y ha mediatizado, del mismo modo, los objetivos últimos de revolución que marcaron la década estudiada. La expectativa hacia el futuro, luego de la imposibilidad estructural para mantener la intensidad de la relación entre el bloque de Europa Central y el Estado caribeño, probablemente matizarán aún más las relaciones de Cuba con el resto de América Latina, así como también el referente principalista y simbólico para la propia izquierda probablemente se debilite.

El derrumbamiento del viejo orden en Europa Central ha evidenciado, entre otras cosas, la transformación de las condiciones políticas que regían el sistema internacional posterior a la Segunda Guerra Mundial. Un escenario cruzado por conexiones múltiples, por diversos canales de comunicación, en donde los estados-nación no son los únicos actores, y en donde el equilibrio de poder no descansa necesariamente en la capacidad de autoayuda de los estados -definida por sus recursos bélicos-, ha planteado la necesidad de transformar las creencias sobre la realidad social en relación con el sistema-mundo. En ese sentido, la reciente historia latinoamericana proveerá algunos elementos nuevos, sobre todo en lo que hace referencia a la derrota electoral sandinista y a la difícil situación cubana, ambos símbolos paradigmáticos del izquierdismo marxista latinoamericano, todo lo cual permitirá vislumbrar un cambio de referentes como requisito para la sobrevivencia y un volteamiento nuevo hacia lo nacional que encontrará más facilidades en procesos de inclusión antes que de disrupción del sistema político.

Esta proyección es, sin embargo, relativa a las distintas tendencias. Mientras que para el comunismo ecuatoriano, cuya solidaridad ideológica y vinculación orgánica con partidos similares, y cuyo centro polí-

tico fue Moscú, es evidente, los eventos internacionales tendrán un serio efecto probablemente negativo; para las otras dos corrientes contemporáneas los procesos de adaptación a la circunstancia internacional, podrán potenciar elementos del discurso que precisamente servían, desde antes, para diferenciarlos. Así, el socialismo insistirá en su carácter nacional, del mismo modo que la corriente originada en el pensamiento maoísta. La radicalidad de los sesenta, que expresaba una instancia de adquisición de identidad en un momento refundacional, si bien presente en la retórica discursiva, no parece ser un elemento funcional a dinámicas de inserción y de ampliación en el conjunto societal; ni siquiera en los actores sociales tradicionalmente apelados, como por ejemplo el proletariado industrial.

Esa cuarta corriente subterránea, caracterizada por su apelación a la violencia, tiene posibilidades estructurales de subsistencia; esto es, que las fracturas económicas de la sociedad en contextos que hacen presumir una crisis larga y permanente, no dejan de crear condiciones para su reproducción. Sin embargo el espacio social en el que antes se movía, sectores estudiantiles principalmente, no parece ser el escenario del futuro. La violencia política como forma de participación no puede ser eludida en prospección, pero su explicación tiene que remitirse a procesos endógenos puesto que el escenario internacional no ofrece condiciones favorables para su reproducción. Concretamente, ni Cuba, ni otro país pueden jugar papel alguno en esta dinámica y, de otro lado, las conexiones de los ochenta con la guerrilla colombiana del M19 no podrán continuar dado el cambio de actitud de lo que fue el centro político de la pequeña guerrilla ecuatoriana. No obstante los grupos violentistas que permanecen en los dos países limítrofes, podrían funcionalizar los intereses de la insurgencia latente ecuatoriana. La política de apertura soviética y la reformulación, revisión o exclusión del marxismo clásico en la misma, es probablemente el referente que más influencia tendrá en el discurso futuro de los partidos latinoamericanos, especialmente los comunistas, durante los próximos años, puesto que su impacto es inevitable.

## LOS REFERENTES INTERNOS

La década del setenta, autoritaria en la forma de régimen ecuatoriano, pero con una dinámica integradora y aperturista a los sectores

periféricos de la sociedad, no encuentra una izquierda radicalizada en el conjunto de sus prácticas. El fracaso de la política foquista, el trauma de la caída chilena, obligan a buscar refugio en el discurso de las fuentes teóricas clásicas del marxismo militante; de esta manera, el espacio del debate partidista se habría caracterizado por la búsqueda de identidad de las tres vertientes originadas en la década pasada, a partir de los supuestos doctrinarios utilizados para comprender a los clásicos.

El debate es fantástico, traslada el campo histórico de la realidad ecuatoriana hacia la Rusia pre-revolucionaria, por ejemplo, y las discusiones versan sobre la conducta de Marx o de Lenin en un momento determinado de sus pasadas vidas en relación a un hecho político.

Si bien la izquierda marxista logró importantes avances en el movimiento social, especialmente en los sectores sindicalizados, en lo político se autoexcluyó para refugiarse en el discurso esotérico de los procedimientos o intenciones de sus fundadores históricos. A pesar de que los regímenes autoritarios no la persiguieron o excluyeron en términos de una política central del Estado, hubo una clara pérdida del escenario político que no llegó a ser percibida por esta corriente. Aunque en términos de participación política, obviamente quedó afuera, aislada de cualquier posibilidad de influencia en decisiones o procesos, pese a que sus preocupaciones en el Ecuador, no fueron precisamente esas, sino el desarrollo de un debate principalista.

Reducidos los espacios de participación de la sociedad civil durante los autoritarismos de los años setenta, la izquierda marxista pudo tener espacios de intervención a través de las organizaciones sociales en las cuales tradicionalmente había tenido influencia: sindicatos, gremios estudiantiles. El discurso de esos años revelaba, sin embargo, la preeminencia de consensos que la superaban. Los temas o la iniciativa discursiva no estuvieron determinados por la izquierda sino por el gobierno. Así, a la política nacionalizante de las Fuerzas Armadas, le correspondió un discurso antiimperialista izquierdista; igual cosa ocurrió con la reforma agraria y con otras políticas modernizantes. Los enunciados, pese a ello, enfatizaban en los objetivos a largo plazo, apelaban al horizonte socialista deseado, mientras que los partidos de otras ideologías, aunque casi desaparecidos, insistían constantemente en el retorno a la democracia. Los escenarios de participación política contemporánea incluyen a la izquierda marxista partidaria en casi todas sus variantes en términos formales. Sin embargo, en términos reales, estructurales, la izquierda ha

estado excluida de los procesos de toma de decisión relevantes a los proyectos históricos que se han manejado en el país.

Las formas de procedimiento de las demandas que son cursadas en el sistema político a través de redes informales, fundamentadas en la coerción y violencia estructurales, cuya vigencia implica, en última instancia, la reproducción de mecanismos de exclusión; no son, por ello, un actor hegemónico en la formación social ecuatoriana. Pese a ello, esas mismas razones no le han hecho perder vigencia, como una de las formas de representar y canalizar demandas de los sectores socialmente subordinados; al contrario su crecimiento, si bien no espectacular, ha sido constante a lo largo de los últimos diez años. De hecho, el porcentaje de adhesión electoral lograda por esa vertiente, si se suman todas las fuerzas que se reclaman de ese origen ideológico y algunas que le son directamente funcionales, supera el 10% en las tres últimas elecciones y no hay razón para pensar que su índice de crecimiento se detenga o retroceda.

Un elemento interesante de anotar es la inserción en realidades regionales: la presencia del marxismo es importante sobre todo en la Sierra Ecuatoriana, y de ella, la capital y la región central y sur, curiosamente en aquellas provincias en donde la economía está más deprimida. Otro punto que hay que señalar es que la izquierda, ahora más que nunca no es impermeable a las modalidades tradicionales de participación política: caudillismo, clientelismo, patrimonialismo comienzan a ser prácticas utilizadas corrientemente en los procesos de participación electoral, sobre todo. Esto puede implicar dos cosas: la primera, que haya admitido definitivamente la dinámica de inclusión en donde se inscribe al menos la izquierda electoral, y la segunda, que relativiza aunque no niega la anterior, es que haya desarrollado un proceso social de aprendizaje e incorporado a sus prácticas elementos pertinentes a las debilidades estructurales del sistema político, generando una cultura política compatible con el entorno, pero no por ello liberada de sus posibilidades de acción y de conducción o catalización del conflicto, como hecho inevitable ante la carencia o disputa de recursos escasos.

### ¿NUEVAS VERTIENTES?

Las tres corrientes: comunista, maoísta y socialista radical de los años sesenta, han sufrido el impacto de hechos internacionales y de

orden interno que las han transformado. Ahora bien, esas modificaciones pudieron haber tenido pesos distintos de acuerdo a la magnitud del referente para la construcción de la identidad de cada una de ellas.

La vertiente comunista, por ejemplo, articulada históricamente a la Unión Soviética sufre en 1987-88 la escisión más grave de su historia desde la ruptura maoísta, por la salida de una fracción importante, en la provincia donde más presencia tenía: Pichincha, la misma que reclamaba precisamente democracia, comprensión de la pluralidad de clases, interés nacional, entre otras propuestas realmente novedosas en un partido tan tradicional como el comunista.

La vertiente maoísta dejó a Mao cuando en China cayó el Gobierno de la Banda de los 4; se solidarizó con Albania, pero a diferencia de la mayoría de partidos con orígenes similares en América Latina, no se redujo a un cenáculo radical ni optó por el camino de la guerra. Incluida en el espacio universitario del Estado desarrolló redes clientelares especialmente en el magisterio, que le permitieron abordar la sociedad y legalizar un partido de corte radical, que tiene aún la estructura orgánica más grande de toda la corriente marxista ecuatoriana y que levanta a su modo, un discurso de diversidad y nacionalidad antioligárquica. Las expectativas de esta vertiente, están condicionadas dado el carácter de sus prácticas, a lograr ser incluida en el sistema político ecuatoriano, y no al conflicto.

Por último la tendencia del socialismo radical es probablemente la que sufrió en mayor medida la caída de sus paradigmas latinoamericanos. El Che, la imagen revolucionaria cubana, la derrota de Cono Sur, la bancarrota económica y política nicaragüense, demostraron en estos treinta años la debilidad de las expectativas y de ese discurso confrontado a los cambios del entorno. La suerte de esta vertiente ha sido múltiple. Balcanizada, dispersa, se fragmentó durante los años setenta y fue muy débil en los ochenta. Las dos organizaciones citadas en este trabajo, por ejemplo, han sufrido procesos distintos. El MIR se divide en el año de 1980 y se reduce, aún en el ámbito estudiantil, a una expresión mínima. El socialismo revolucionario también se divide varias veces, pero una fracción hegemónica desarrolla un proceso interesante e inusitado de unidad con los remanentes del viejo partido que estalló justamente en la década de los sesenta para articular un proyecto de inclusión en el sistema que es, a inicios de los 90 el espacio marxista más influyente en el sistema político, levantado sobre dinámicas regio-

nales y modalidades de participación similares a las de los otros partidos políticos de distinta ideología.

Sin embargo, en cada una de las tres vertientes, el discurso ha variado poco. En términos de la formación social, comunistas y quienes provienen del maoísmo original, han admitido la preeminencia de las relaciones de producción capitalistas en el Ecuador, pero sólo a partir de 1978. En lo que se refiere a la interpretación de las clases y los actores políticos, el discurso de los tres partidos sigue usando la misma metodología y llega a similares conclusiones que en la década de los sesenta. Una transformación más profunda afecta a la posición respecto a la lucha armada, la que no es tratada sino muy periféricamente, casi como el ritual que ya inservible en sus contenidos, sigue siendo una forma de conservar la tradición, como mecanismo de interpelación y agregación ideológica. En ninguno de los documentos posteriores a 1985 estas organizaciones se refieren a la guerra revolucionaria, salvo para criticar las prácticas de los grupos políticos armados ecuatorianos.

Los grupos que proclaman la violencia como forma de participación política, teniendo un origen histórico discursivo y orgánico que se remonta a la década de los sesenta, se retroalimentan sobre todo de la vertiente socialista radicalizada, a principios de los años ochenta, pero desarrollan un discurso muy diferente que los emparenta lejanamente con el marxismo: los referentes de nacionalidad, libertad, democracia, sustituyen al análisis clasista y se alejan concientemente de él. Aparentemente son un fenómeno distinto aunque el origen es el mismo; sin embargo es necesario precisar que pese a esta nueva diferenciación, son mucho mayores los puntos de contacto con la izquierda marxista, en lo que se refiere al discurso sobre la sociedad, que con las otras formaciones políticas del sistema.

La izquierda marxista ecuatoriana se ha transformado, y ello se ha reflejado también en el discurso. Demandas de pluralidad le han infiltrado desde la sociedad civil; sin embargo, las condiciones estructurales que determinan la distribución de los recursos en situaciones de escasez, no permiten pensar un escenario que pueda eludir el conflicto en dinámicas para las cuales, tanto el discurso como el actor pueden funcionar.

La influencia de los hechos externos sobre el discurso y sobre el actor debe ser pensada en relación a la condición endógena de la corriente, articulada a la dinámica ecuatoriana y, en términos similares,

en el resto de América Latina, por lo tanto es improbable suponer que esas circunstancias conduzcan en lo inmediato a un momento refundacional, o más improbable aún, de desaparición o disolución.

De otro lado, pensado desde cualquier perspectiva, y con la hegemonía de cualquier actor social o político diferente, un escenario de transformación no puede eludir, considerar o incluir a esta vertiente política como parte constitutiva del sistema político ecuatoriano.

Finalmente, la dinámica de inclusión admitida por el marxismo partidista durante los años ochenta, no ha significado un elemento desestabilizador del sistema político. Al contrario, la acción política que hay que relativizar al contexto ecuatoriano, ha apuntalado en cierto sentido la frágil institucionalidad vigente. Si bien es cierto que la izquierda marxista no ha disputado hegemonías centrales, tanto su participación regional, desde usos de poder, cuanto su presencia en el escenario político ecuatoriano, le certifican como un actor válido en el proceso inaugurado en 1979, lo cual no quiere decir que los fundamentos de su discurso hayan cambiado, ni tampoco el horizonte lejano de sus expectativas máximas. Pero ambas cosas se transformarán inexorablemente.

## NOTAS CAPITULO I

- (1) Esta percepción es descrita por el propio Foucault:  
"La teoría como caja de herramientas quiere decir: a) que se trata de construir no un sistema sino un *instrumento*; una lógica propia a las relaciones de poder y a las luchas que se comprometen alrededor de ellas; b) que esta búsqueda no puede hacerse más que poco a poco, a partir de una reflexión (necesariamente histórica, en algunas de sus dimensiones) sobre *situaciones dadas*". (Citado por Deleuze, 1987: 12).  
El discurso se define por la "capacidad de articulación de objetos heterogéneos... no es la expresión de instancias extradiscursivas ni obedece meramente a juego extralingüístico". (Verón, 1983: 28).
- (2) Desde dos percepciones teóricas diferentes, el uso del término "política" para los efectos de este trabajo hará relación a las prácticas colectivas que se organizan, a partir de intereses específicos o condicionamientos sociales, para participar o influir en dinámicas que involucran decisiones de poder o sea que influyan o participen en procesos de forma de decisiones, inscritos a su vez en procesos de carácter histórico que definen hegemonías como resultado de una serie de relaciones complejas que aluden tanto a polos contradictorios de carácter estructural, como a percepciones culturales valorativas, en una dinámica que les atraviesa y determina mutuamente. Al respecto podrían complementarse estas dos versiones metodológicas distintas referidas, sin embargo, a un mismo objeto teórico: "Política significará, pues, la aspiración a participar en el poder o influir en la distribución

del poder entre los distintos hombres que lo componen" (Max Weber, 1979: 84). "De momento se pueden establecer dos grandes capas superestructurales, la sociedad civil... y la sociedad política que corresponde a la función "Hegemónica" que el grupo dominante ejerce sobre toda la sociedad y el "poder de mando directo" que se manifiesta en el Estado y en el Gobierno "jurídico". (Antonio Gramsci, 1984: 30). Este último concepto involucra necesariamente otros como "bloque histórico", "consenso" y "coerción". Ambas visiones coinciden en usar al concepto "sistema de dominación" para referirse al espacio societal del poder.

- (3) "Foucault es un filósofo que inventa la historia con una relación muy diferente de aquella de las filosóficas de la historia. La historia, según Foucault nos circunscribe y nos delimita, no dice lo que somos sino aquello en lo que estamos disintiendo; no establece nuestra identidad sino que la disipa en beneficio del otro que no somos". (Deleuze, 1978: 79).
- (4) "La importancia del análisis del discurso reside en que éste describe estrategias, vale decir, opera en el lugar mismo en que se constituyen los actores sociales". Los actores sociales son entonces identificables y analizables en su funcionamiento y transformaciones. (Verón y Sigal, 1985: II).
- (5) "La función del símbolo político no se agota en comunicar algo... sino que tal comunicación no es más que el supuesto para promover y sustentar el proceso integrador; su función no es solo dar a conocer una significación, sino transformarla en acción". (Castagno, 1980: 12).
- (6) Esta noción implica negar la existencia de una forma lineal de circulación y producción. Puesto que las condiciones de la producción del sentido siendo sociales son al mismo tiempo heterogéneas, el sentido será relativo al contexto en donde el discurso se emite y se reconoce. Verón prefiere usar los verbos emitir y reconocer para referirse al discurso, antes que, "producir" y "recibir", porque estos últimos harían relación a una lógica comunicacional.
- (7) "Lo ideológico no designa a un conjunto de hechos sociales empíricamente recortables, sino a una "dimensión de análisis" de todo hecho social... aunque al formularla nos oponemos a toda concepción "topológica", incluso presentada con ropaje marxista, que pretendiera confinar lo ideológico a un determinado "lugar" del todo social". (De Ippola, 1983: 23).

- (8) Para resolver la necesidad de ubicar la inserción de la pertenencia estructural con la realidad de las prácticas políticas Laclau define a las clases como:  
"Los polos de relaciones de producción antagónicas que, en cuanto tales, no tienen ninguna forma de existencia *necesaria* a los niveles ideológico y político. Afirmemos, al mismo tiempo, la determinación en última instancia de los procesos históricos por las relaciones de producción" (Laclau, 1986, op. cit.: 185-186).
- (9) Laclau se refiere (como un ejemplo), con el término "enajenación" a la falsa conciencia, categoría que en las versiones de divulgación del marxismo designa la colonización ideológica de una clase por otra. Esta sería la percepción Engeliana del proletariado como una clase que tiene "conciencia en sí", mas no "para sí", conciencia que es introducida desde afuera en un proceso que es básicamente político, y que sirvió de justificación teórica a Lenin para diseñar su teoría de "partido de cuadros profesionales" como los portadores que desde afuera de la clase la concientizan. No tiene, pues, este término, relación con la "enajenación" de los escritos filosóficos tempranos de Marx que hacen relación a la pérdida de la condición humana del trabajador que en el capitalismo ocurre cuando es aislado del objeto de trabajo y también del proceso de trabajo, convirtiéndose en un "apéndice de la máquina" (Laclau, 1986: 187 y ss.).
- (10) Según De Ippola: "Ocurre que en el caso de la mayoría de los discursos sociales (esto es socialmente producidos, recibidos y difundidos) existe una gran distancia y una asimetría irreductibles entre sus condiciones de producción directa y sus condiciones de recepción. Esta distancia y asimetría pueden ser de mayor o de menor alcance y de diferente naturaleza, según los casos. Sea como fuere ellas obligan a analizar ambos momentos (producción directa y recepción) como relativamente separados, aunque, por supuesto, no independientes" (De Ippola, 1987: 113).

## CAPITULO II

- (1) La Comintern utiliza el término "socialfascismo" en la primera mitad de la década del treinta para referirse a los partidos socialistas y socialdemócratas con los cuales competía el espacio obrero, especialmente en Europa. El Frente Popular es una táctica definida para

detener a los fascismos o lograr coaliciones amplias que hipotecaban los objetivos socialistas históricos o estratégicos a las necesidades de la coyuntura admitiendo la posibilidad de alianza de los PC con fuerzas calificadas de burguesas. El Browderismo fue la corriente dominante en los partidos comunistas del hemisferio occidental durante la II Guerra Mundial que en aras de la sobrevivencia soviética respaldó abiertamente a los gobiernos de los estados capitalistas aliados; se denominó así porque Browder fue el apellido del Secretario General del Partido Comunista norteamericano, quien cada vez finalizado el conflicto, decidió la autodisolución de esa organización.

(2) Ver: Mariátegui, José Carlos, "La Polémica del Indigenismo", citado por Aricó, op. cit: XLVII.

(3) Por ejemplo la revolución "Juliana" 1925; el golpe de Luis Larrea Alba en 1931, quien fuera militante del PS; el gobierno de Federico Páez -que terminaría persiguiéndoles-; la dictadura de Alberto Enríquez Gallo, 1937; la Presidencia de Mosquera Narváez, 1938; la "Gloriosa", con Velasco Ibarra, 1945, sin contar con innumerables casos de colaboración de afiliados socialistas en otras administraciones, que no comprometían directamente la participación partidaria. Del mismo modo, el Partido Socialista participaría, hasta la década de los sesenta, en coaliciones con partidos no marxistas, cumpliendo un rol activo y no periférico en la política ecuatoriana.

Ejemplo típico sería el "Frente Democrático Nacional" formado por los liberales en 1956 para apoyar la candidatura de Raúl Clemente Huerta; o la alianza con un sector de CFP para las elecciones de 1960.

(4) Sin que las visiones especifiquen con claridad esta problemática, ni sean necesariamente sistemáticas, básicamente por razones proselitistas, los estudios más conocidos del Partido Socialista hasta los sesenta revelan un panorama sumamente conflictivo lleno de tendencias en donde el peso del discurso es inferior al de las necesidades de la participación política que es el eje de la mayoría de los conflictos internos (Ayala, 1988).

De hecho no fueron instrumentos legales de protección social solamente aquellos que fueron inspirados por intelectuales socialistas, sino procesos generales de modernización tales como por ejemplo la institucionalización del sistema financiero ecuatoriano ocurrida a partir de la revolución Juliana. Luis Napoleón Dillon, uno de los fundadores es protagonista central de esos sucesos y

allegado a la misión Kemmerer (Ver diario de Edwin Kemmerer, *Cultura*, 10, 1984). El Código de Trabajo fue expedido en 1937, así como la Ley de Enseñanza Superior durante el gobierno del general Alberto Enríquez Gallo, quien se declaraba socialista y gobernaba en colaboración con el partido. Socialistas crearon el Ministerio "Previsión Social" (1937), así como la Casa de la Cultura Ecuatoriana (1945).

- (5) Por lo menos cuatro facciones disputaban la legitimidad del partido. Sin embargo numerosos políticos participaron electoralmente a lo largo de la década de los sesenta como "socialistas" a pesar de ser auspiciados por partidos de distinto signo ideológico. Precisamente, el socialismo de la década de los ochenta es una confluencia de distintas agrupaciones que tendrían en su mayoría ese origen común, distintas -por supuesto- tras veinticinco años de práctica política.
- (6) Lo nacional popular es una noción desarrollada por la izquierda partidaria; básicamente designa una imagen objetivo constituida por los valores que, proviniendo de los sectores subordinados de la población, se articulan con los intereses de la nación en contraposición a los de una potencia hegemónica imperialista. En el Ecuador el término es frecuentemente usado por Agustín Cueva en trabajos sobre cultura (Cfr. *Entre la Ira y la Esperanza*, 1987) y es retomado por el grupo de investigaciones del IDIS "Ideología y Cultura en los años 30", ponencia presentada al Encuentro de Historia Económica, Banco Central, Quito, 1987.
- (7) La definición más completa de clientelismo ha sido provista por Amparo Menéndez-Carrión (*op. cit.* 1986, p. 94): "(a) Una forma especial de intercambio el cual se da entre actores de poder y estatus desigual (b) eminentemente utilitario y basado en la reciprocidad; y (c) paternalista, particularista y privado. Constituye una forma auto-regulada de intercambio interpersonal vertical entre "patrón" y "cliente" contingente en la retribución que ambas partes esperan obtener a través de la prestación de bienes y servicios a la otra y que cesa el momento en que el beneficio esperado no se materializa".
- (8) El objeto de este trabajo es ubicar en el discurso político los puntos de diferenciación de la izquierda marxista, la misma que es concebida como un todo, en tanto es la suma de organizaciones que se proclaman marxistas y desarrollan líneas orgánicas y discursivas para operar sobre el sistema político alrededor de sus objetivos específicos.

- (9) Se denominó "Tricontinental" a la Conferencia de los Tres Continentes, realizada en La Habana en la fecha señalada, en la que participaron partidos comunistas, organizaciones políticas socialistas radicales, organizaciones sociales con tendencias de izquierda, representaciones gubernamentales y personalidades radicales de Asia, Africa y América Latina. La Organización Latinoamericana de Solidaridad OLAS se constituyó con el grupo del subcontinente (Cfr. Lamberg, Robert, op. cit).
- (10) El Trotskismo no fue una corriente hegemónica dentro de la izquierda latinoamericana, a pesar de que existían organizaciones de este tipo en varios países. La diferenciación política e ideológica de la década de los sesenta le da una nueva dimensión en la medida de que articula y justifica teórica y discursivamente el "marxismo" radical de algunas corrientes socialistas que se distancian de los partidos comunistas. (Cfr. Lamberg, Gott, Debray, op. cit.).
- (11) Comunicado del Encuentro de partidos comunistas Latinoamericanos, "Unidad de principios, unidad en la lucha". (citado por Gott, Richard, op. cit: 393).
- (12) "Cuba dirigió las guerrillas de Bolivia y su fracaso le pertenece íntegramente" (citado por Gott, op. cit: 396; Lamberg, 1969: 36). Debray Regis, *Revolución en la Revolución*, se. sf. sl., p. 39. La Edición consultada fue una publicación del MIR ecuatoriano de la década del 60.
- (13) Cfr. Carta de Oscar Zamora citada en Gott, 1976.
- (14) Básicamente: partido de cuadros, selecto, secreto y conspirativo; centralismodemocrático.

### CAPITULO III

- (1) En contexto de precariedad estructural los sectores subordinados de la sociedad se constituyen en una ética de autopromoción utilitaria que es funcional a sus requerimientos de reproducción y sobrevivencia. De hecho las condiciones que esto supone es la erección de un sistema de dominación sustentado en la coerción, y eventualmente, en la violencia estructural. Estas características engendran un sistema político constituido en redes que operan distribuyéndose recursos materiales y políticos mediante dispositivos informales que rebasan ampliamente la legalidad e institucionalidad, la consecuencia es que dichos sistemas políticos son débiles y se fundamentan en hegemonías precarias e

- inestables. (Amparo Menéndez-Carrión, 1986, primera y segunda parte; 1988).
- (2) A todas luces la edición consultada es una publicación "pirata" de la parte correspondiente a Ecuador del libro *INSIDE THE COMPANY*, escrito por el ex-agente en Londres en 1974. "Resolución del Pleno comité Central del PC", septiembre 1965, en: Saad, 1977, pp. 197-241; "La revolución ecuatoriana y sus características", en: Saad, T. IV, pp. 259-368.
  - (3) Este documento, producto de un evento nacional de dicho Partido, es una síntesis de algunas resoluciones y documentos elaborados desde la fundación. La línea política durante esos años no sufre ningún cambio importante (PCMLE, 1970: 91).
  - (4) Por ejemplo, el "último" URJE o el VM.

## CAPITULO IV

- (1) "Lucha para la transformación radical del país". Resolución del Pleno Comité Central del Partido Comunista del Ecuador Guayaquil, octubre, 1960, en: Saad, IV, (Tomo IV: 119).
- (2) Afirmación suscrita prácticamente en todos los documentos que hablan de la situación internacional durante el período de la diferenciación. Con especial claridad en las resoluciones del pleno del CC. de enero de 1966, prácticamente en forma paralela a la "Tricontinental". Resoluciones del VII Congreso del PC, marzo 1963, en Saad, 19 Tomo V.
- (3) Pleno del CC de 1960, Saad, IV Tomo: 118-119; que fueron diseñados en 1957 como las finalidades de la revolución agraria *antiimperialista*.
- (4) La inclusión de este último elemento, que luego se convirtió en parte de la tradición antiimperialista del marxismo ecuatoriano, coincide con la reactivación del espíritu nacionalista desatado en la campaña electoral del 60 de Velasco Ibarra, quien desde la Presidencia de la República haría de éste un tema fundamental para la conducción política (Saad, T IV: 262).
- (5) Resoluciones VII Congreso del PC, en: Saad, 1987, p. 45. Aguirre, sf, P. 15.
- (6) Cfr. Entrevistas; Lamberg, *op. cit.*: 12-17. Estos textos se caracterizan por una apasionada defensa de la revolución cubana y de la lucha armada, así como por los denuestos contra el sistema capitalista y el

- imperialismo. Si bien no exponen una interpretación nueva o sistemática del marxismo, la forma que adquirieron la diferencia claramente de la literatura marxista clásica y de la producción de los partidos. Las constantes referencias éticas y los recursos metafóricos invitan a la acción inmediata. No dejan de ser textos políticos, pero en ellos la teoría se subordina a la consideración de las necesidades de la práctica; el discurso político está permeado por el literario.
- (7) El PC usa el eufemismo de la "no paz" en todos sus documentos; la palabra violencia no aparece en ellos para definir sus prácticas (Saad, sf: 353).
  - (8) Resolución del VII Congreso. (Saad, T IV: 55).
  - (9) Resoluciones del Pleno del CC. Septiembre de 1965, (Saad, T. V: 197-241). Programa del PC, p. 45.
  - (10) Por ejemplo en la conferencia de Punta del Este, en lo que se conoció como "Guerra del Atún", en el problema del Protocolo de Río de Janeiro, las relaciones ecuatoriano-norteamericanas fueron discrepantes, sino tensas, en varias ocasiones, durante gobiernos cuyos representantes habían pertenecido estructuralmente a la "burguesía proimperialista" según la definición de la izquierda de aquellos años.
  - (11) La FLACSO dio a luz una generación de agraristas durante la década del 70, cuya producción es una de las más importantes en la historia de las ciencias sociales ecuatorianas.
  - (12) Véase, Assadourian, Laclau y otros, (1976); o Sonntag, (1988).

## CAPITULO V

- (1) Esta noción designa el conjunto de relaciones estatales y de otros actores internacionales, en función de la dinámica política entre América Latina y los Estados Unidos.
- (2) Falencias que el desarrollo de la teoría marxista en general no ha podido superar, cfr. Norberto Bobbio, (1986).

## BIBLIOGRAFIA

- ABAD, Ortiz Gonzalo  
1970 "El proceso de lucha por el poder en el Ecuador"  
Tesis de Grado (México: Centro de Estudios Internacionales)
- AGEE, Philip  
(S.F) *La CIA en el Ecuador* (Sl, Se.)
- ALEXANDER, Robert  
1964 "El Comunismo y los Partidos Nacionales de la reforma Social en América Latina". En: Kirkpatrick Jeanne, comp. *La Estrategia del Engaño* (Mexico: Limusa)
- AGUIRRE, Manuel A.  
S.F. *Revolución Burguesa o Revolución Proletaria para América Latina y el Ecuador* (Sl: PSRE)
- ARICO, José  
1980 *Mariátegui y los Orígenes del Marxismo Latinoamericano* (Mexico: Siglo XXI).  
1987 "Asedio al Socialismo Argentino", en Nueva Sociedad, (Caracas), 82.
- ASSADOURIAN et.al.  
1976 *Modos de Producción en América Latina* (Bogotá: Siglo XXI)
- AYALA, Enrique  
1988 *El Partido Socialista en la Historia* (Quito: La Tierra)

- BAGLEY, Bruce  
1981  
"Elitism, Pluralism and Marxism. Positivist and Dialectical Approaches to the study of Political Power and State in Latin America". (Washington: Johns Hopkins), mimeo.
- BARRETO, Primitivo  
1983  
"Apuntes Históricos del Movimiento Obrero y Campesino del Ecuador". En *La Formación de la CTE*, (Quito: CEDIME).
- BARTHES, Roland  
1972  
*La Semiología*, (Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo).
- BEJAR, Héctor  
1969  
*Experiencias Guerrilleras* (La Habana: Casa de las Americas).
- BENNEMELIS, Juan  
1988  
"Fidel Castro: el Condottieri del Caribe, Principios de la Política Exterior", en: *Revista Occidental, Estudios Latinoamericanos*, (Tijuana).
- BOBBIO, Norberto  
1986  
¿Qué socialismo?, (Barcelona: Plaza y James)
- BONILLA, Adrián  
y PAEZ, Alexei  
1988  
"Literatura, Ideología y Sociedad en los Años 30", en: *Nariz del Diablo* (Quito), 11.
- BONILLA, Adrián  
1987  
"La Revolución Juliana: una Ventana a la Modernidad", *Difusión Cultural* (Quito), 6
- CABALLERO, Manuel  
1987  
*La Internacional Comunista y la Revolución Latinoamericana* (Caracas: Nueva Sociedad).
- CARRASCO, Adrián,  
SUAREZ Cecilia y  
VINTIMILLA, María  
1988  
"La Crisis de la Sociedad y la Cultura: La Búsqueda de una Nueva Ecuatorianidad en los Años 30", ponencia presentada al Segundo Encuentro de Historia Económica, (Quito: Bco. Central).

- CASTAGNO, Antonio  
1980 *Símbolos y Mitos Políticos* (Buenos Aires: Ed. Universitaria).
- CUEVA, Agustín  
1989 *Entre la Ira y la Esperanza* (Quito: Planeta).
- DE IPPOLA, Emilio  
1987 *Ideología y Discurso Populista* (Mexico: Plaza y Valdez).
- DEBRAY, Régis  
S.F *Revolución en la Revolución* (sl, se.)
- DELEUZE, Gilles  
1987 *Foucault* (México: Paidós)  
1988 "La Vida Como una Obra de Arte", en *Difusión Cultural* (Quito), 8.
- EASTON, David  
1969 *Enfoques Sobre Teoría Política* (Buenos Aires: Amorrortu).
- EISENSTADT, S.N  
1971 *Modernización, Movimientos de Protesta y Cambio Social* (Buenos Aires: Amorrortu).
- FOUCAULT, Michel  
1983 *El Discurso del Poder*, (México: Siglo XXI).  
1985 *El Nacimiento de la Clínica*, (México: Siglo XXI).
- GERMANI, Gino  
1986 "Democracia y Autoritarismo en América Latina", en: Germani et.al.: *Los límites de la Democracia* (Buenos Aires: CLACSO).
- GOULNER, Alvin  
1978 *La Sociología Actual. Renovación y Crítica* (Barcelona: Alianza Editorial).
- GOTT, Richard  
1971 *La guerrilla de América Latina* (Santiago: Editorial Universitaria).
- GRAMSCI, Antonio  
1984 *La formación de los intelectuales* (México: Grijalbo).
- GUEVARA, Ernesto  
1977 "Tácticas y Estrategias de la Revolución Latinoamericana en: *Obras Completas, Vol.8* (La Habana: Editorial Ciencias Sociales).

- HELLER Agnes, Y  
Feher FERENC  
1985 *Anatomía de la Izquierda Occidental* (Barcelona: Península).
- ICAZA, Patricio  
1983 *Historia del Movimiento Obrero Ecuatoriano* (Quito: CEDIME).
- KIRKPATRICK, Jeanne  
1964 *La Estrategia del Engaño*, (México: Limusa).
- KEMMERER, E. W.  
1981 "Diario Personal de su Permanencia en Ecuador", en: *Cultura* (Quito), 19.
- LACLAU, Ernesto  
1981 "Teorías marxistas del Estado" en: Norbert Lechner, comp. *Estado y poder en América Latina* (México, siglo XXI).  
1986 *Política e ideología en la teoría marxista* (México: siglo XXI).
- LAMBERG, Robert  
1969 *La Guerrilla en Latinoamérica* (Madrid: EDIME).
- LECHNER, Norbert  
1986 "De la Revolución a la Democracia" en: *Sociedad* (México), 2.
- LEWIS, Fever  
1969 *Las Rebeliones Estudiantiles Contra el Establishment* (Buenos Aires: Paidós).
- MARTIN BARBERO, Jesús  
1978 *Comunicación Masiva; Discurso y Poder* (Quito: CIESPAL).
- MENENDEZ - CARRION, Amparo  
1986 *La Conquista del Voto en el Ecuador* (Quito: CEN).  
1988 "La Democracia en el Ecuador: Dilemas y perspectivas". Documento de Trabajo (Quito: FLACSO).
- MIR  
1967 *Cuadernos Revolucionarios* (SI, Se), 1.

- MOREANO, Alejandro  
1987 "De la Etica de la Revolución al Culto del Orden". Ponencia al seminario "Cultura entre Dos Crisis" (Quito).
- MOULIAN, Tomás  
1986 *Democracia y Socialismo en Chile*, (Santiago: FLACSO).  
1988 "La Democracia Diffcil". Documento de Trabajo (Quito: FLACSO).
- MUÑOZ, Leonardo  
1987 *Testimonio de Lucha* (Quito: CEN).
- NEWFIELD, Jack  
1969 *La Nueva Izquierda, una Minoría Profética* (Barcelona: Martinez Roca).
- PAEZ, Alexei  
1986 *El Anarquismo en el Ecuador* (Quito: CEN-INFOC).
- P.C.E  
S.F Programa (SL.SE)
- PCMLE  
1970 *Línea General de la Revolución Ecuatoriana* (sl: se.).
- PCMLE  
1979 "En defensa del partido" en: *Política* (sl.), 9.
- POLONIATO, Alicia  
y RODRIGUEZ, Lourdes  
1987 *Mirando el Poder: Análisis del Discurso Político y Social* (México: Plaza y Valdez).
- RAMA, Carlos  
1986 *Historia del Movimiento Obrero y Social Latinoamericano*, (Barcelona: Leia).
- RIBEIRO, Darcy  
1982 *El Dilema de América Latina, Estructuras de Poder y Fuerzas Insurgentes* (México: Siglo XXI).
- SAAD, Pedro  
S.F. "Pleno del CC. en 1960", en: *Obras Escogidas*, Tomo IV (Guayaquil: Editorial Claridad).

- "Resolución del Comité Central del PC, septiembre de 1965", en *Obras Escogidas*, Tomo IV (Guayaquil: Editorial Claridad)
- "Lucha por la Transformación Radical del País", Resolución del Pleno del CC del PCE, Octubre, 1969, en *Obras Escogidas*, Tomo IV (Guayaquil: Editorial Claridad)
- "La Revolución Ecuatoriana y sus Características", en: *Obras Escogidas*, Tomo IV, Editorial Claridad).
- 1977 "Lineamientos Programáticos de 1957" en *Obras Escogidas*, Tomo V (Guayaquil: Editorial Claridad).
- Resoluciones al VII Congreso del PC., Marzo, 1963 en: *Obras Escogidas*, Tomo V, ed. Claridad, Guayaquil, 1977.
- "Resolución al Pleno del Comité Central del PC", septiembre 1965, en: *Obras Escogidas*, Tomo IV, Ed. Claridad, Guayaquil, sf.
- SAN MARTIN, Alejandro
- 1985 "Esquema para un trabajo de investigación sobre el conflicto en la sociedad peruana" en: *Siete ensayos sobre la violencia en el Perú* (Lima: Fundación Ebert).
- SAUSSURE, Ferdinand
- 1969 *Curso de Lingüística General* (Buenos Aires: Paidós).
- STALIN, José
- 1970 *Los Fundamentos del Leninismo* (México: Grijalbo)
- SILVA, Erika
- 1981 "El Terrigenismo: Opción y Militancia en la Cultura Ecuatoriana", en: *Cultura* (Quito), 9.
- SONNTAG, Heinz
- 1987 *Duda, Certeza y Crisis* (Caracas: Nueva Sociedad).
- TERAN, Oscar
- 1983 "Introducción", en *Foucault, el discurso del Poder* (México: Siglo XXI)

VARIOS:

1988

"Hacia una Visión General de la Violencia Actual en Colombia" en *Colombia: Violencia y Democracia* (Bogotá: Universidad Nacional del Colombia).

VERON, Eliseo

Y SIGAL, Silvia

1985

*Perón o Muerte los Fundamentos Discursivos del Fenómeno Peronista* (Barcelona: Legasa).

WEBER, Max

1979

*El Político y el Científico* (Madrid, Alianza Editorial).

ENTREVISTAS

- |                             |              |
|-----------------------------|--------------|
| # 1. FERNANDO VITERI ZUÑIGA | Octubre 1988 |
| # 2. RAUL BORJA             | Marzo 1989   |
| # 3. CARLOS LUNA            | Marzo 1989   |